

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIII

1º DE MAYO DE 1904

Nº 297

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



EL EMBUSTERO. — Cuadro de W. Löwith

VENUS SILVESTRE

—

Vas por el campo provocando asombros
con el blando vaivén de tu cintura,
y lucas un mantón sobre tus hombros
como una gran bandera de hermosura.

La falda corta que flotando al aire
cuando te mueves voluptuosa gira,
te ciñe en olas de gentil donaire,
como si fueses palpitante lira.....

El duro seno que al amor provoca
bajo la burda tela salta opreso,
como un manjar con que la hambrienta boca
se regalara en el festín del beso!.....

Son tus desnudos piés frescos manojos
de rosas... En su planta hay un hoyuelo,
que teñido de púdicos sonrojos,
es la sonrisa de la carne al suelo.

Te enamoran las aves y las brisas,
te acarician con su hálito las flores;

tu boca es un estuche de sonrisas
y tus ojos museos de fulgores.

Cuando vas en el carro, cuyas ruedas
gimen al paso de los bueyes lentos,
te envuelvo como en púrpuras y sedas
en mis enamorados pensamientos.

Y a veces pienso, al verte triunfadora
y erguida como un lirio sobre el barro,
en poner mi cabeza pensadora
bajo las ruedas del crugiente carro.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

AUN CUANDO!



CONFESAMOS que, en verdad, está guerra es deplorable.

El porvenir se encargará de preguntar cómo ha podido hacerse; cómo se la ha dejado incubar debajo de la ceniza durante

tantos años, y verla estallar, al fin, en medio de la confianza universal. Se preguntará, cómo se han cerrado los oídos á sus detonaciones lejanas, y cómo no se ha inquietado el espíritu público por las complejas consecuencias que debe insensible y necesariamente acarrear.

Las Potencias directamente comprometidas en el conflicto, son precisamente las que debían haber tenido el primero y mayor interés en haberla evitado, y oportunamente conjurado. ¿De qué se trata? ¿De la anexión de unos territorios? Pero, por Dios! Si la Manchuria y la Corea son regiones tales, en que todo está todavía por hacerse; en las que la obra de la civilización no está aún ni siquiera bosquejada; y en las que, por mucho tiempo, y para cualquiera que llegue á ser el poseedor, las tendrá como un cargo, pues la Corea no es más que otra Formosa para el Japón, y la Manchuria una Siberia más lejana para Rusia. Semejantes extensiones no son ventajosas, sino cuando la puesta en fondo para el establecimiento primero, ha sido una puesta pequeña, casi nula. Pero si no se pueden obtener esos territorios sino á trueque de una guerra costosa y colosal, tales adquisiciones se convierten, á no dejar duda, en positiva ruina tanto para el vencedor como para el vencido. Es como un negocio que comenzará por la quiebra. ¡Qué cálculo!

¿Se trata, acaso, de la libertad de los mares? Pero si la paz es normal, de hecho los mares son libres. Son libres, sobre todo, cuando las Potencias rivales determinan amigablemente sus respectivos derechos. ¿Hay en el mundo un canal más importante, que el Paso de Calais? Después de muchos siglos de guerras estériles, los pueblos limítrofes han comprendido que era lo mejor no violentar la naturaleza, y dejar á cada cual señor y dueño de sus destinos. ¿Y qué se ha logrado con esto? Que este pequeño estrecho—tanto tiempo y tan tenazmente disputado,—se tiene hoy como un poderoso instrumento de paz; enseñándonos, aunque tarde, pero con sobrada evidencia, que mejor hubiera sido comenzar por donde hoy nos encontramos.

En la vida internacional como en la privada, rige la infalible regla de que es necesario estar de acuerdo y arreglarse con sus vecinos, por la sencilla razón de que «siempre tendremos vecinos.» Allá, en aquellas tierras remotas, es decir, entre la Rusia y el Japón, es tanto más imperiosa esa regla de conducta, cuanto que son ellos los únicos vecinos capaces de cultivar el campo que está en litigio; y además, que ninguno de los dos puede prescindir uno de otro. El interés palpitante de ambos pueblos,—creo haberlo demostrado ya,—no es, de ninguna manera, el conflicto; es la alianza. Alianza económica, alianza política. Y dígasenos, ¿no es cordura, no es prudencia compartirse la labor, siendo Rusia, por su Trans-siberiano, al convoyador terrestre, y ofreciendo el Japón, con sus innu-

merables puertos, las estaciones marítimas necesarias para el nuevo tráfico, del que será—suceda lo que suceda,—el retentor común?

Luchando, batiéndose y matándose sobre las fundaciones de una obra que no está ni diseñada, siquiera, ninguno de los dos pueblos cumple su misión. Y como todo lo veo oscuro todavía, ocurreseme preguntar, ¡qué ciega fatalidad será la que lanza el uno á arriesgar su vida, tan débil aún, y al otro, á comprometer, ¡quién sabe por cuántos años! las precarias ventajas de su reciente desarrollo!

Las Naciones en tercería que asisten impasibles, hasta ahora, á un choque, á un conflicto que sus esfuerzos hubieran conjurado, (es muy probable), tenían, sin embargo, y tienen todavía, el mismo interés por la paz. No hablo solamente de la perturbación causada, de súbito, en un estado diplomático general, en el que, equilibradas como lo estaban todas las fuerzas, las graves dificultades del momento, se hallaban diferidas. No hablo del alarmante rumor que se oye donde quiera, en presencia de un nebuloso é incertísimo mañana. No hablo de ese algo como muy triste, que hace algunas semanas viene pesando sobre la vida universal. Hablo, sí, de los intereses inmediatos, materiales. Hablo de los intereses de los particulares, del interés de los Gobiernos porque todo eso, y mucho más, está comprometido y en tortura.

La Bolsa, como siempre, ha dado la señal. Y así ha de ser, porque, ¿no es el dinero la medida usual del éxito en los empeños humanos? Cuando los fondos bajan, es porque hay quebranto y desperdicio de fuerzas. Y hé aquí por qué los hombres menos responsables; los menos al corriente de los sucesos; los que se hallen más distante de las esferas en que se debaten estos altos intereses; el último, en fin, de los más pequeños comerciantes del rincón más oscuro del mundo, siente, palpa que su crédito flaquea, que sus recursos disminuyen, y todo esto, porque unos tantos cañonazos se han tirado improvisamente sobre la «Montaña de Oro,» ó la «península del Tigre.»

¿Qué diremos de esas casas en que marchaba á una su prosperidad, con el andar general de los negocios? ¿Qué diremos de las Bolsas metropolitanas, en que las transacciones realizadas compensan los movimientos de este oro internacional, del que decía el viejo barón: «No hay más que un oro»? Por último, ¿qué diremos de esos Estados cuya fortuna la tienen hipotecada, y que es hoy, vela que se rasga y humo al viento, sobre «el vasto espacio de los mares»? ¿No han sentido todas, unas y otras, el rudo golpe, que no ha sido,—en estos días últimos,—más que el primer aviso dado por la intranquilidad general, pero al que seguirán muchos otros, si nos dejamos ir al jugueto, muy peligroso, de: «vamos á ver qué resulta»? Que sería preciso vender muchos cañones, mucho carbón y muchos acorazados, para reparar el hundimiento de la fortuna pública que llegaría al desastre como consecuencia inevitable de duraderas hostilidades.

Además, ¿se han previsto, en otro sentido, los resultados de otro orden, que se presentarían? Recordemos el proverbio: «Cuando veas la barba de tu vecino rapar, pon la tuya á remojar;» ó más directo y aplicable hoy: Si ves la casa de tu vecino quemándose, ten cuidado; la tuya podrá arder mañana. Marchan las cosas en este mundo, de tal modo, que nadie puede considerarse completamente seguro. Por ejemplo: en esta guerra habrá indefectiblemente, un vencedor y un vencido; y entonces veremos resolverse, quizá prematuramente, y en el completo olvido de los moderadores naturales, es decir, tiempo y reflexión, la más ardua materia que nos sea dado pre-

senciar en la historia del planeta; esto es: la cuestión chirra.

Admitamos por un momento, y en condescendencia para el cálculo, que la guerra se prolongue, y queden ambos combatientes debilitados y exhaustos. Cuanto más disputada es la victoria, tanto más considerable es el éxito; porque el ascendiente está siempre, días más, días menos, en razón del esfuerzo.

¿Háse oído alguna vez una palabra más resuelta y altanera, que la que ha resonado en la última comunicación oficial rusa? Fácil es apreciar todo el efecto que habrá producido en los pechos eslavos, con sólo leer aquellas líneas publicadas en el último número de la *Revisita Rusa*, por el príncipe W. Mestcherky, y que al tenor, dicen: «Los Japoneses tendrán la superioridad numérica. Mas, cualesquiera que sean las ventajas que alcancen al estallar ó principiar la guerra,—lo repito hoy,—será esa, no más, que la *ante-guerra*, *tras la cual* vendrá la guerra verdadera. Entonces, no serán únicamente las zarpadas del oso que se defiende, sino todo el oso, que se precipitará contra el enemigo; y esa guerra, sí, será terrible. Porque será inspirada, no sólo por los deseos de la venganza, sino en fuerza del odio que anima á toda la Nación contra esa raza amarilla.»

¿Hay en alguien interés de que esos sentimientos feroces dominen, poco á poco, el inmenso receptáculo de fuerzas pacíficas, (que en tal se ha convertido el imperio del Czar), administrado sobre esa base por sus últimos gobernantes?

No iré yo hasta prever la serie de circunstancias que pueden hacer que las Potencias, una en pos de otra, se vean arrastradas en el conflicto, como vemos que caen las cartas en un castillo de naipes. Semejante estado sería espantoso; y por otra parte, debemos tener confianza en los sentimientos pacíficos que incontestablemente inspiran la política gubernativa; debemos tener confianza en la voluntad bien intencionada de los directores de la cosa pública, y en el justo horror que deben sentir por la guerra, en estos mismos momentos en que los estatutos preventivos, se multiplican por todas partes.

Pero, estas disposiciones, estas buenas voluntades, ni aun los compromisos tan decantados, nos bastan. Las formas é interpretaciones jurídicas, no son en sí mismas soluciones necesariamente humanitarias de los litigios. Y ayer, no más, lo vimos, cuando el Tribunal de la Haya, en el arbitraje relativo á los asuntos de Venezuela, se pronunció, en fin de cuentas, á favor de los que habían empleado la fuerza. Claro está, pues, que aunque se tomen todas estas precauciones, al fin vienen á resultar no más que paliativos, y puros paliativos.

¿Qué recurso queda en esta emergencia? Queda, la obra de la diplomacia; de la diplomacia tan criticada, pero que, por más que se diga, es la obrera y fuente magnífica de la paz. La diplomacia puede siempre intervenir, aun cuando no haya podido prevenir ó prever;—y ahora, que las consecuencias del conflicto están patentes á los ojos de todos, la acción diplomática se hace tanto más urgente, cuanto que es más tardía y meditada.

Tócale á la diplomacia tomar á pechos, los derechos, los intereses equitativos; tócale hacerse la auxiliar asidua de las buenas voluntades aún persistentes; tócale presentar por orden las tesis justas, y reunir los hilos que no se han roto. Es de los resortes de la diplomacia, rebuscar y exponer una porción de argumentos que existen y gravitan en el sentido de la más pronta pacificación; y ella, la que debe hacer oír, á unos y otros, la voz de la pie-

* *

Para un libro del poeta Agosto Méndez.

Un memorable día glorioso y triste llegué al peñón famoso donde se levanta la ciudad-ondina del portentoso Orinoco. Humeantes estaban como pavesas de negros blandones funerales las incineradas cabezas á cuyo holocausto heroico se hizo propicia la victoria; matizaba el suelo todavía la roja floreción de la hecatombe, y la invasión tumultuaria de las aguas ceñía la ciudad como un nimbo trágico de expiación y de martirio.

Fue allí donde conocí al poeta de este libro, incansable cultivador del arte, que ama el arte con cariño delicado y fervoroso, poeta cuyo estro brillante fecunda con sus auras la fresca lozania de la selva guayanesa á orillas de su opulento río imperial.

Unido á él por las simpatías de un mismo culto, el culto del arte, desde lejanas tierras habíame llamado amigo: ahora en su tierra natal, quería estrechar la mano tejedora de bellas filigranas, y entré en el alto casarón que servía de refugio á las víctimas sangrientas de la última batalla.

Allí estaba él, en medio de aquel doloroso cuadro: en lugar del pupitre, la mesa directora; á un lado, no la lira y la pluma, sino la herramienta de cirujía; en vez del haz de frescos madrigales, se abría entre sus manos, como sangriento botón de amapola, la purpúrea incisión del proyectil en el dorso de un chiquitín travieso, exangüe y macilento, cuya nativa alma bélica había desflorado el dios de la guerra, y la mano del poeta, acostumbrada á los tenues estambres del delicado broche lírico, despiadada hundía el bisturi en la carne macerada, buscando, por donde se había entrado la muerte, el milagro de la vida.

Pidióme el cirujano un prólogo esa vez para la floresta lira del poeta, y aunque no conozco el ramillete á que habrán de servir de porta-búcaro estas líneas, sí conozco el verjel donde nació, y escribo no un elogio, que no lo necesita el vate guayanés para la amable sinfonía de los verdes morichales, ni un juicio, que no será yo quien ponga su bella floración bajo la lente del botánico en vez de recoger la apacible caricia del verjel en la corola sutil de los jazmines y el almaraoma del vívido pensil en la púrpura de los claveles.

Recuerdo que de sus primeras colecciones sirvióme de plácido solaz, cruzando á la sazón la silenciosa corriente del gran río, la que él llamó «Bronces y Filigranas,» donde á la verdad que tiene delineaciones de bronceíno medallón su soneto *Amado Nervo* y delicadezas de tenue filigrama su *Tono gris*, «cuando en el altar marchitarse los lirios, desmáyase la lumbre de los cirios, está la alcoba del amor desierta, y al fiero golpe de la suerte ruda, está la lira del poeta muda y está la rubia virgencita muerta.»

Son esas primeras producciones del poeta azules mariposas desprendidas de la vieja crisálida rimica, pero así como con su poderosa influencia la musa egregia del Dante y de Petrarca llevó la poesía castellana del Siglo XIII desde Berceo y el Arcipreste de Hita hasta Boscán en brazos del Marqués de Villena, Don Juan de Mena y el Marqués de Santillana, conducida luego por Garcilaso y



EL EXORCISMO. — Cuadro de H. Horwitz

dad; la que debe pronunciar, en fin, llegado el caso, las grandes palabras, las palabras como mágicas, que no sólo contrapesan las intenciones malévolas, sino que ponen el espíritu en meditación y cálculo.

Desde el punto en que hoy nos encontramos, hasta la más distante y penosa salida que podamos prever, es decir, una paz de postración y aniquilamiento con sus iejanas consecuencias de revancha secular, hay tantos acontecimientos probables; tantas oportunidades de

hacer el bien; tantas combinaciones realizables conforme á los deberes ó compromisos contraídos y ejecutados lealmente, que, no obstante el ataque por sorpresa que ha abierto las hostilidades, yo no creo, ni puedo creer, que se haya dicho la última palabra todavía.

El arreglo de la cuestión asiática se hará por el exterminio ó por la paz. Entre estos dos extremos, que la Europa escoja, y que escoja pronto, para que después no sea muy tarde!

GABRIEL HANOTAUX.

Fray Luis de León hasta el florido huerto de Don Juan de Melara y el dulce cantor de doña Leonora de Milán,—la musa romántica de Hugo, y en pos de ella la parnasiana de Banville, la simbolista de Baudelaire, la decadente de Verlaine, lanzando su soplo revolucionario sobre el viejo bosque lírico de Bécquer y Espronceda, día por día han venido ensanchando la fervorosa peregrinación que busca de Castalia las fértiles riberas de ensueño y de leyenda: de aquí que nada extraño me sería ver al bardo guayanés adscrito a la falange de Jaime Freire en su ideal peregrinación a las riberas de Imer, donde cantan los bardos en lengua de Orga con aquella

«.....voz extraña
que murmura extrañas cosas
por los sueños de la virgen ignoradas,
que penetra suavemente
como una canción musical y vaga
que se enredará en sus trenzas blondas y largas
y á través del oro crespo
de la trenza en sus oídos resonará.»

Yo ignoro la razón de la belleza; no sé de sus contornos, de su forma y su color: amo lo bello porque es bello, y me gustan los versos del poeta guayanés porque su verso dime que «en el vergel es crisantemo, en el violín nocturno que se queja, topacio en el joyel, pluma en el cisne y caricia de nieve en la azucena.»

Inicien pues las páginas del nuevo libro estos renglones, aplauso lejano y sincero de un admirador de la alquimia misteriosa que echa á brillar el oro de la idea en la armonía simbólica del verso; del arte divino que saca á vivir el poema de la luz, de la carne y del arpegio en la gema fulgente del vocablo; del milagroso dón que pone á palpitar el pensamiento, como una arteria sutil, en la epidermis tersa, blanca y blanda de la estrofa.

F. JIMENEZ ARRAIZ.

Caracas—1904.

FLIRT

A Herrera Irigoyen

En la estación del ferrocarril giraba un tumulto heterogéneo. Un silbido y el tren partió, vertiginoso y triunfal, envuelto en su penacho de humo.

Entre los viajeros, asomados á la ventanilla flotaba un silencio de angustia. La tarde vertía en el vagón su clara luz suave. El cielo azul-oscuro era de una placidez tranquila; y allá, en el horizonte, entre la neblina distante y sutil, asomaba la cordillera su perfil, tocado de brumas.

Una norte-americana, leía un catálogo pintoresco, sentada con desgaire encantador. Y su belleza, rubia como un sol estival, su vibrante rostro tocó melancólicamente, como un peregrino, en mi alma.

Sus ojos azules, infinitamente azules, eran dos flores de éxtasis. Un alelamiento adorable vagaba en ellos; y cada mirada era un beso y una insinuación.

Largo rato la miré, pensativo. El tren seguía vertiginoso y triunfal entre dos hileras de montaña. Un astro, ese lucero de las tardes, confidente y dulce, asomó en los cielos plácidos.

Ni una mirada tuvo para mí, su enamorado silencioso. Fijos los ojos en los modelos del catálogo, sus ojos estaban

más lejos, acaso en el Norte glacial, en la hiperbórea región nativa. Acaso idealizando un fabuloso contrato, ó siguiendo con el pensamiento las cosas del Lejano Oriente. Casi me hizo sonreír su desdén; y su belleza casi me hizo llorar. Y amé y odié en ella su raza fuerte y su dollar rubio.

La tarde caía. El tren se detuvo un instante y ella, en una piedad ignotamente sentimental, clavó un segundo sus ojos en mis ojos, sus ojos infinitamente azules; y con una voz trémula, casi respetuosa, se despidió saludándome:

—Good night.

—Good night.

?

A José Enrique Rodó.

Involuntariamente la hallé, un medio día de octubre, en mi ruta. Fue en Santo Domingo, la remota india occidental, perdida, como un oasis, en el Caribe.

Era bella, tenía los ojos negros, unos extraños ojos de amazona y la oí—¿Por qué? No he podido adivinarlo, la oí intensamente.

¿Qué hubo jamás entre ella y yo? Esa desconocida cuando llegué nunca hasta verla? Y mi odio. ¿Por qué?

Recta la nariz, el labio fino, sedoso el cabello, un raro perfil de mujer, ella hacía compras en una canastilla, compras de burguesa. Y al verla, mi odio, como un amor, vibró frenéticamente.

Volvió á mí su faz y nuestras miradas fueron dos aceros que se cruzaron. ¿En una vida anterior, ya olvidada, fuimos acaso dos enemigos jurados ante un imposible? —No lo sé.

Cuando pasó ante mí, de mi rostro surgió un rictus de desdén, y de los labios de ella, de sus finos labios aborrecidos, brotó, por lo bajo, esta palabra insana:

—Miserable.

CIPRES

A Pedro Pablo Figueroa.

Se estaba muriendo, con el mismo tranquilo silencio de su vida y de sus ojos. En las tardes de Otoño que en el azul del cielo natal, ponen luces mortecinas, nos amamos, nos amamos mucho, yo lo cuaz, ella siempre silenciosa, dulce y nostálgicamente silenciosa.

Corrí á su lecho y de todas sus palabras recordaba mirando sus ojos, ya casi apagados, un monosilabo apenas, el ansiado monosilabo de los novios.

Jamás habló ante mi amor desbordante, y su mudez era todo su encanto.

La noche impenetrable hacía aterradora aquella inolvidable agonía. Afuera la lluvia y viento evocaban terrores arcanos.

Y ella silenciosa y lánguida, se moría en el hechizo enigmático de sus veinte años.

Cuando el frío tocó sus piés, abrió desmesuradamente sus ojos, en una mirada de inefable ternura, de ternura suprema; y solita, y huérfana, en su cama del hospital, me dijo, casi al oído: *Ahora sí te quiero.*

Y se quedó dormida para siempre la indiecita gentil, la sublime indiecita adorada.

EMILIANO HERNANDEZ.

San José de Costa Rica.

ESCENAS DE LA VIDA REAL

(VERSIÓN DE «EL COJO ILUSTRADO»)

UN CABALLERO.—Treintitres años.
LA PORTERA.
HORTENSIA, su hija.

Plaza del Palacio Borbón, en Paris.—Es domingo.—La Portera de una de las casas que se avanzan un poco antes de llegar á la esquina de la calle Bourgogne, está, á punto de limpiar la jaula de un loro, en la parte de á fuera, es decir, en la acera, cuando un caballero se le acerca.

Caballero.—¿Tiene usted una habitación que alquile?

Portera.—Sí, señor.

Caballero.—¿La del quinto piso?

Portera.—Cabal; la misma.

Caballero.—¿Está vacía?

Portera.—No señor.—Todavía tiene gente.

Caballero.—(Algo disgustado.)—¡Ah!.....

Portera.—Eso no quiere decir nada.—Podemos verla.

Caballero.—Yo lo decía, porque como es domingo . . .

Portera.—No importa; lo mismo da un día que otro.

Caballero.—Bueno, entonces vamos á verla.—Pero, dígame, ¿yo no la he venido á molestar? (1)

Portera.—No . . . señor, Aquí estamos nosotros para eso.

(Llama).—¡ Hortensia!

Hortensia, (saliendo del cuarto).—¿ Mamá?

Portera.—Coge las llaves de las piezas de la señora Monac, para que este señor las vea.

Caballero.—¿Está ahí esa señora?

Portera.—No.—Ella está ahora en Santa Clotilde, en misa de once.

Caballero.—Mejor.

Portera.—Hágame el favor de esperarse, que esta boba me va á reburujar todas las llaves y no va á dar con la que es.

Caballero.—Aquí la espero, pues.

La portera entra en el cuarto de su hija, y el caballero se dirige al patio de la casa, desde donde se pone á ver las ventanas del quinto piso.—En este intervalo, Hortensia y su madre hablan en voz baja.

Hortensia.—Mamá, ¿tú no has notado este señor?

Portera.—Nó.

Hortensia.—Tiene un cierto aire que no me gusta.—Yo lo estaba viendo, ahorita, desde el cuarto, á través de las cortinas, y me fijé que estuvo como cinco minutos parado en la Plaza, cerca de la estatua, mirando la casa de arriba abajo, antes de resolverse á entrar.

Portera.—¡Ah! yo no ví nada.

Hortensia.—¿Y si es un hombre malo?

Portera.—¡No digas tonterías, niña!

Hortensia.—¿O un ladrón?—O, ¿quién sabe?

Portera.—Yo no sé.—Lo que hay, es que me ha preguntado con cierto tonito de voz, no muy católico, si la habitación estaba desocupada.

Hortensia.—Yo no subo sola con él . . . Me dá miedo.

Portera.—Muy justo. Yo voy contigo.

(1) En el deseo de que la escena conserve, lo más posible, el sabor local del texto, tratamos en la versión que hacemos, darle los giros de la forma usual en la vida de la familia; porque ese lenguaje, si no se atavía con las galas de una clásica sintaxis, sí expresa siempre bien los sentimientos, impresiones y deseos.



EL REY BEBE. — Cuadro de Jordaens

Se acercan ambas al caballero, que permanece en el medio del patio, contemplando las ventananas del quinto piso.

El caballero, (sonreído, pero un tanto contrariado, como todo el que quiere disimular su verdadero pensamiento).—Yo estaba viendo...

Portera.—Si quiere subir, señor. (Suben). La escalera es muy clara, muy bonita, como usted ve.—No hay más que un inquilino en cada piso . . . Para fines de octubre se pone alfombra nueva; porque aquí se cambian las alfombras al vencerse los nueve meses.—En toda la casa no se oye alboroto ninguno, por que, aquí, toda la gente que vive es muy tranquila.—Eso sí, después de media noche, hay la costumbre de dar su nombre al entrar:—es la regla.—El gas, dura hasta las once.—En este segundo piso (porque usted habrá comprendido que el otro que pasamos, es el primero), vive un médico, lo que es muy conveniente, porque, á veces, de noche . . . Aquí, consienten tener perros.—(El tercero). ¿Usted es solo ó casado?

Caballero.—Solo.

Portera.—Entonces, esta vivienda es demasiado grande.—Hay tres dormitorios, una alcoba, dos cuartos con chimeneas.—(El cuarto).—Paciencia, que ya llegamos.—La escalera, cuando uno la ve, así, parece muy alta por la primera vez; pero cuando ya uno coge la costumbre . . .

Caballero.—Sí la conozco, hombre!

Portera.—¡Ah! ¿Usted ha estado aquí otra vez?

Caballero.—Mucho, mucho.

Portera.—¿De manera que usted ha conocido gente que vivía aquí?

Caballero.—¡Cómo nó!

Portera.—¿Hace mucho tiempo?

Caballero.—Bastante.

Portera.—Ya lo veo, si señor.—(Cambia una mirada maliciosa con su hija — Por fin, llegamos al punto.—(Toca la campanilla).—Ahi está la sirvienta; la estoy oyendo.—Hemos podido prescindir de la llave.—¿Usted como que no me ha preguntado el precio?

Caballero.—(Distraído). No . . . ¿cuál es?

Portera.—Dos mil ocho.—Hay una antesala . . . un comedor....(En esto, abre la puerta una sirvienta con su gorrito bretón). Ya usted mismo las va á ver, y á darse cuenta de todo.—(El caballero pasa primero que nadie, precipitadamente).—Aquí tiene, primero, la antesala..... (El señor, que sólo ha dado un vistazo, entra de rondón en el comedor, que atraviesa directamente para pasar al salón).—Va usted que nadie lo alcanza, y así no puede ver nada, caballero.

El caballero (un poco chocado). Pero si..... si . . . El comedor . . . La sala . . . (Entra). Ah! sí la sala! (Mira á todas partes).—Sí . . . Sí . . . (Váse á una de las ventananas y la abre).

Portera.—¡Y un balcón con una vista linda! (El caballero, de pie, con los codos apoyados sobre el pasamanos, se pone á ver mucho tiempo, la Plaza Borbón, los techos, el cielo, sin decir palabra.—¿Quiere ver ahora los cuartos?.....

Caballero.—Bue . . . no!

Hortensia.—Mamá; me parece que se está poniendo pálido.

Portera.—¿De veras?—¿Te parece?—(Vol-

viéndose al caballero).—Este es el primero; el mejor . . .

Caballero.—Sí me parece; pero, no me diga nada . . . no me hable.

Hortensia.—(Hablando bajo á su madre). ¿Qué tiene?

Portera.—Probablemente estará enfermo.

Hortensia.—A mí lo que me parece es que es loco.

El caballero, después de unos tantos minutos de muda absorción, se dirige hacia la pieza inmediata, entra, y cierra tras sí violentamente la puerta.—La portera y su hija se miran una á otra cada vez más sorprendidas.

Portera.—Pero niña, (dirigiéndose á su hija), ¿por qué ha cerrado así la puerta?

Hortensia.—Yo no sé, pero no podemos dejarlo solo en el cuarto de la señora Monac.

Portera.—Entremos.—(Entran).—Encuentran al señor apoyado contra la chimenea.—Tiene los ojos cerrados, y llora, inmóvil, sin una contracción en el rostro).—¿Qué tiene usted, caballero?—(Hace un ademán con la mano como para impedir toda pregunta).—¿De qué sufre usted?—Precisamente aquí hay un médico . . .

Caballero.—No, no.—Yo nací en este cuarto, y mi madre murió allí..... Tenía yo catorce años.....La cama estaba en aquella testera..... Al atravesar la Plaza, ví el anuncio de alquiler, y quise subir á ver..... Por eso..... Dejádme..... Será obra de un momento..... Ya me va pasando.....

CERTAMEN DE « EL COJO ILUSTRADO »

EL PERRO NEVADO

LEYENDA HISTÓRICA

El silencio de los páramos es completo. No hay aves que canten, ni árboles que luchen con el viento, ni ríos estrepitosos que atruenen el espacio. Es una naturaleza grandiosa, pero llena de gravedad y de tristeza. Aquellos cerros desnudos y altísimos, acumulados al capricho, parecen las ruinas de un mundo en otro tiempo habitado por cíclopes y gigantes.

Lo que pasa en alta mar, lo que pasa en la llanura inmensa, eso mismo sucede en medio de los páramos andinos. El hombre se siente humillado ante la naturaleza y se recoge en sí mismo. Por eso la ascensión á las alturas de la Cordillera venezolana no solamente es fatigosa para el cuerpo, sino abrumadora y triste para el espíritu. Bajo las mantas y abrigos que son necesarios al viajero para soportar un frío que acalambra los miembros, el alma también se recoge y busca el calor de los recuerdos, de los pensamientos y de los afectos que le son más caros en la vida.

En una brumosa tarde de junio del año de 1813, se detuvo una escolta de caballería frente á la casa de Moconoque, sitio distante una legua de la villa de Mucuchies, para entonces el lugar más elevado de Venezuela. La casa parecía desierta, pero apenas habrían dado dos ó tres toques en la puerta, cuando instintivamente los caballos que estaban más cerca retrocedieron espantados. Un enorme perro saltó á la mitad del camino dando furiosos aullidos. Era un animal corpulento y lanudo como un carnero, de la raza especial de los páramos andinos, que en nada cede á la muy afamada de los perros del monte de San Bernardo.

Ante la actitud resuelta y amenazadora del perro brillaron de súbito diez ó doce lanzas enristradas contra él, pero en el mismo instante se oyó á espaldas de los dragones una voz de mando que en el acto fue obedecida:

—¡No hagáis daño á ese animal! ¡Oh, es uno de los perros más hermosos que he conocido!

Era la voz del Brigadier Simón Bolívar, que cruzaba los ventisqueros de los Andes con un reducido ejército. Por algunos momentos estuvo admirando al perro que parecía dispuesto á defender por sí solo el paso contra toda la escolta de caballería, hasta que el dueño de la casa, don Vicente Pino, salió á la puerta y lo llamó con instancia.

—¡Nevado!... ¡Nevado! ¿Qué es eso?

El fiel animal obedeció en el acto y se volvió para el patio de la casa gruñendo sordamente. Su pinta era en extremo rara y á ella debía el nombre de *Nevado*, porque siendo negro como un azabache, tenía las orejas, el lomo y la cola blancos, muy blancos como los copos de nieve. Era una viva representación de la cresta nevada de sus nativos montes.

El señor Pino, que era un respetable propietario, se puso inmediatamente á las órdenes de Bolívar y sus oficiales, y obtenidos de él los informes que necesitaban referentes á la marcha que hacían, la continuaron hasta Mucuchies, donde iban á pernoctar. Bolívar miró por última vez á Nevado con ojos de admiración y profunda simpatía, y al despedirse, preguntó al señor Pino si sería fácil conseguir un cachorro de aquella raza.

—Muy fácil me parece, le contestó, y desde luego me permito ofrecer á S. E. que esta misma tarde lo recibirá en Mucuchies,

como un recuerdo de su paso por estas alturas.

Media hora después de haber llegado el Brigadier á la citada villa, le avisaron que un niño preguntaba por él en la puerta de su alojamiento. Era un chico de once á doce años, hijo del señor Pino, que iba de parte de éste, con el perro ofrecido.

—¡El mismo perro Nevado! exclamó Bolívar. ¿Es este el cachorro que me envía su padre?

—Sí, señor, este mismo, que es todavía cachorro y puede acompañarle mucho tiempo.

—¡Oh, es una preciosa adquisición! Dígame al señor Pino que agradezco en lo que vale su generoso sacrificio, porque debe ser un verdadero sacrificio desprenderse de un perro tan hermoso.

El chico regresó á Moconoque aquella misma tarde satisfecho de los agasajos y muestras de cariño que recibió de Bolívar. Este niño fue don Juan José Pino, que llegó á ser padre de una numerosa y honorable familia de Mérida y alcanzó la avanzada edad de noventa y cuatro años.

Bolívar quedó contentísimo con el espléndido regalo, y no cesaba de acariciar á Nevado, que por su parte no tardó en corresponderle las caricias, haciéndolo en ocasiones con tanta brusquedad que más de una vez hizo tambalear al Libertador al echársele encima para ponerle las manos en el pecho.

Averiguando con varios señores de Mucuchies si habría en la tropa algún recluta del lugar conocedor del perro, para confiarle su cuidado y vigilancia, se le informó que en el destacamento que comandaba Campoelías había un indio que era vaquero de la finca del señor Pino, y de consiguiente conocedor del perro y de sus costumbres.

No fue menester más. Inmediatamente despachó Bolívar una orden á Campoelías, que estaba acampado fuera del pueblo, para que le mandase al consabido indio, llamado Tinjacá. Era éste un indígena de raza pura, como de treinta años, leal servidor y de carácter muy sencillo. La orden, despachada á secas sin ninguna explicación, fue militarmente obedecida. El indio se encomendó á Dios, confuso y aterrado, al verse sacado de las filias, desarmado y conducido á Mucuchies con la mayor seguridad y sin dilación alguna. El pobre creyó que lo iban á fusilar.

Era ya de noche, y Bolívar, envuelto en su capa por el frío intenso del lugar, revisaba el campamento acompañado de algunos oficiales, cuando se le presentaron con el recluta.

—¿Eres tú el indio Tinjacá?

—Sí, señor.

—¿Conoces el perro Nevado del señor Pino?

—Sí, señor, se ha criado conmigo.

—¿Estás seguro de que te seguirá á donde quiera que vayas sin necesidad de cadena?

—Sí, señor, siempre me ha seguido, contestó el indio volviendo en sí de su estupor.

—Pues te tomo á mi servicio con el único encargo de cuidar del perro.

El indio estaba tan turbado por la brusca transición efectuada en su ánimo, que no acertó á decir palabra alguna de agradecimiento. Al cabo se atrevió á preguntar tímidamente donde estaba el perro.

—Está amarrado en mi alojamiento, le contestó Bolívar.

—Pues si su merced quiere una prueba del cariño que me tiene Nevado, mande que lo suelten y le respondo que al punto se vendrá para acá, á pesar de la distancia y de la oscuridad de la noche.

Bolívar clavó sus ojos en el indio y se sonrió, manifestando de este modo su increduli-

dad; pero después de reflexionar un poco dió la orden y se quedó en el mismo sitio, advirtiendo á Tinjacá que si la prueba resultaba adversa lo castigaría severamente.

Las calles de la villa se hallaban á aquella hora cruzadas por muchos jinetes é infantes ocupados en procurar á las tropas el rancho y las comodidades necesarias. Bolívar empezó á temer que el perro, al verse suelto, se volviera como un rayo para Moconoque, pero en este momento Tinjacá se llevó la mano derecha á la boca y acomodándose los dedos entre los labios de un modo particular, lanzó un silbido extraño y penetrante, distinto de los demás silbidos que hasta allí habían oído Bolívar y sus compañeros. Algo de salvaje y de guerrero había en aquel silbido que dominó todos los ruidos y algazara de los vivac y debió de resonar hasta muy lejos.

—El perro debe ya estar suelto, dijo Bolívar con inquietud, volviéndose á Tinjacá.

—Sí, señor, respondió éste, y muy pronto estará aquí.

Y seguidamente lanzó al viento otro agudo silbido que hizo vibrar el tímpano á todos los presentes. Hubo un momento de ansiedad. Todos los corazones palpitaban aceleradamente, menos el del indio, que lleno de confianza, esperaba tranquilamente el resultado, sondeando la oscuridad con sus miradas en la dirección del alojamiento del Brigadier, que distaba de allí tres ó cuatro cuadras. Un grito de contento se escapó de sus labios.

—¡Allí viene! exclamó, echando con ligereza un pie atrás para recibir sobre el pecho el pesado cuerpo del perro, que se le tiró encima dando saltos de alegría.

—Ya ve su merced como el perro sí me quiere, dijo respetuosamente Tinjacá dirigiéndose á su jefe.

Todos quedaron admirados del hecho, que vino á aumentar, si cabe, la estimación y afecto que ya Bolívar tenía por su perro. El mismo le daba de comer, porque decía que el perro debe recibir siempre la ración directamente de las manos del amo. El resultado de estas contemplaciones fue que á los pocos días ya Nevado tenía por su nuevo amo el mismo cariño que demostraba por Tinjacá, y que Bolívar aprendió á llamarle de muy lejos con el mismo silbido cuasi salvaje que le enseñó el indio.

Del ingenio festivo y picaresco de algunos oficiales del Estado Mayor, salió la especie de bautizar á Tinjacá con el nombre de *Edecán del Perro*, especie que celebró Bolívar, pero no sus edecanes, á quienes nunca les cayó en gracia el tal nombre.

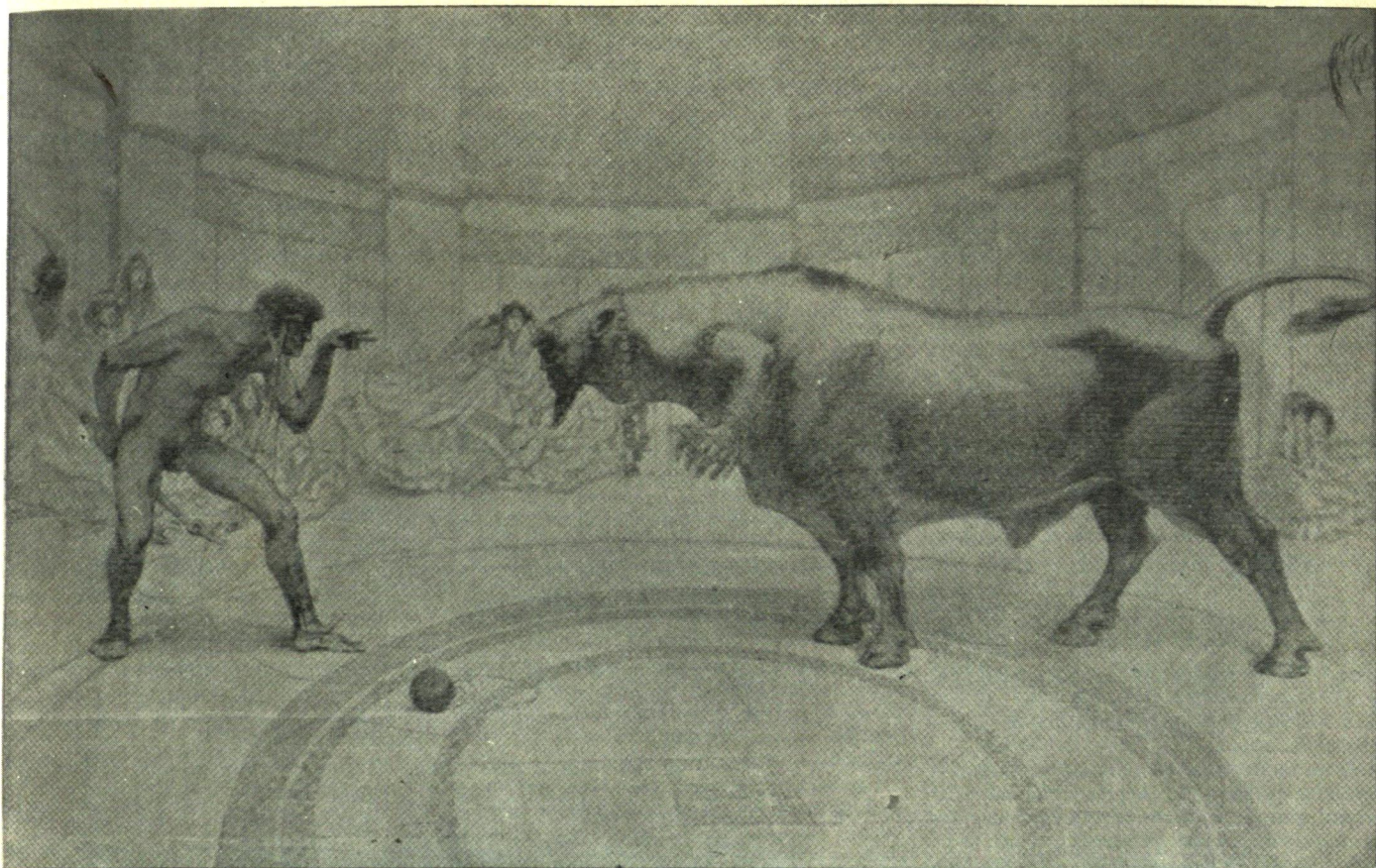
Nevado compartió los azares y la gloria de aquella épica campaña de 1813. Sus furibundos latidos se mezclaban sobre los campos de batalla al redoble de los tambores y estruendo de las armas. Era un perro de continente fiero, semejante á un terranova, pero singularmente hermoso, que se atraía las miradas de todos en las ciudades y villas por donde pasaban.

El siete de Agosto, en la entrada triunfal á Caracas, Nevado, acezando de fatiga, seguía á su amo bajo los arcos de triunfo y las banderas que adornaban las calles de la gentil ciudad. Más de una flor perfumada, de las muchachas que arrojaban de los balcones sobre la cabeza olímpica del Libertador, vino á quedar prendida en los niveos vellones del perro.

El hermoso Nevado era digno de aquellas flores.

*
**

Dice la historia que cuando Nerón vino al mundo se vieron en el cielo nubes color de sangre y otras señales espantosas, lo mismo



MINOTAURO. — Cuadro de A. Hoffmann

que al moverse contra Roma el formidable Atila. Tal así debieron verse en Venezuela en el cielo y en la tierra presagios siniestros cuando compareció en el escenario de la guerra á muerte el terrible Boves. Humillada su vandálica fiera en el combate de Mosquiteros por el intrépido Campoelías, vino á levantarse como un dragón infernal en la triste batalla de La Puerta, donde todo se perdió para la Patria, menos la fe republicana y la perseverancia heroica de Bolívar, que logró salvarse de las garras de su feroz enemigo, acompañado de algunos de sus bravos tenientes, tomando la vía de Caracas con el alma desolada ante aquel inmenso desastre.

Meses antes, sobre el campo de Carabobo, donde habían sido derrotadas por completo las armas realistas, Nevado estuvo á punto de ser lanceado al precipitarse furioso sobre los caballos enemigos. El perro parecía perder el juicio á vista del humo de la pólvora, del choque de las armas y las sangrientas escenas del combate.

Para prevenir este mal, ordenó Bolívar á Tinjacá que tuviese amarrado el perro en las acciones de armas; y esta orden, estrictamente obedecida, fue acaso su perdición en La Puerta, porque sus fuertes latidos, escuchados desde muy lejos, orientaron á los perseguidores, y pronto descubrieron éstos á Tinjacá, que huía siguiendo los pasos de Bolívar, pero entorpecido por el perro, que iba amarrado á la cola del caballo.

El perro y su guardián fueron presentados á Boves como una presa inestimable. Hasta las filas realistas había llegado la fama del noble animal. En los labios de Boves apareció una sonrisa siniestra, y con la refinada malicia que lo caracterizaba se dirigió al atribulado indio diciéndole:

—Has cambiado de amo, pero no de oficio. Te necesito para que me cuides el perro, y por eso te perdono la vida. Yo sé que no te atreverás á huir, porque el perro sería el primero en descubrirte hasta en las entrañas de la tierra.

Boves acarició á Nevado, seducido por su tamaño y rarísima pinta, pensando desde luego aprovecharse de su finísimo olfato para descubrir algún día el paradero de Bolívar y sus más allegados tenientes, á quienes el perro no podría olvidar en mucho tiempo.

Nevado asistió cautivo al sitio de Valencia que Boves dirigía personalmente. Bolívar había ordenado á Escalona que defendiese la ciudad á todo trance; y Escalona y su puñado de héroes así lo hicieron, hasta que reducidos al escaso número de noventa soldados, sin pertrechos ni víveres y constreñidos por los clamores del vecindario, se vieron en la dura necesidad de aceptar la capitulación propuesta por Boves, quien se adueñó de la plaza por este medio.

Pero antes, este sanguinario jefe realista hizo celebrar una misa en su campamento, y adelantándose hasta el altar en el momento solemnísimo de la elevación, juró en alta voz ante la Hostia consagrada que cumpliría y haría cumplir los artículos de la capitulación, los cuales garantizaban la vida y hacienda al vecindario y guarnición de la ciudad heroica. Lo que después sucedió, no habrá historiador que lo relate sin llamar la cólera del cielo sobre aquel insigne malvado.

Tinjacá y el perro fueron incorporados en la guardia personal del feroz caudillo, alojándose con él en la casa del *Zuizo*, recinto lleno de familias patriotas, asiladas allí por temor á los ultrajes de la soldadesca desenfadada.

Muchas damas patriotas, temerosas de pro-

vocar las iras del vencedor, asistieron, llenas de angustia y de sobresalto, al baile que la oficialidad realista organizó en la propia casa del *Zuizo*, residencia de Boves, para obsequiar á éste por el triunfo de sus armas; y cuando este hombre infernal agasajaba con pérfidas sonrisas á las matronas y señoritas allí reunidas, en los hogares de éstas, en las prisiones y en las calles corría despiadadamente la sangre de los patriotas.

Aquel sombrío personaje de la leyenda árabe, el jefe de los Abasidas, que hizo sacrificar á más de ochenta individuos de la ilustre familia de los Omniades, prisioneros que descansaban en la fe de su palabra, y que sobre sus cuerpos todavía agonizantes hizo tender tapices y servir un banquete á los oficiales de su ejército; ese califa pérfido fue sin embargo menos cruel é inhumano que Boves en aquella *sambartolomé* valenciana. Este monstruo llevó su refinamiento hasta hacer que las madres, esposas é hijas de las víctimas danzaran entre músicas y flores en medio del esplendor de las bujías, á la misma hora en que, allá entre las sombras, se retorcián sus deudos más queridos, villanamente sacrificados á lanzazos por una turba de asesinos.

Antes de que llegase á conocimiento de aquellas mártires la tremenda verdad de su infortunio y la inaudita perversidad de Boves, ya esto se sabía y se comentaba en los corredores de la casa, en los cuales reinaba un extraño movimiento. Entrada y salida de oficiales, órdenes secretas, sonrisas diabólicas en unos, caras de espanto en otros. Todo lo advirtió Tinjacá y tembló de piés á cabeza. ¡La hora de la matanza había llegado!

Los distinguidos patriotas Peña y Espejo, que estaban bailando.—desaparecieron sin saberse cómo de las manos de sus verdugos,

cuando dentro de la misma sala uno de los oficiales tenía ocultas debajo de la chaqueta las cuerdas para amarrarlos. Al día siguiente, descubierto el doctor Espejo en su escondite, fue fusilado en la plaza pública.

El indio concibió al punto la idea de fugarse con el perro, su fiel é inseparable compañero, pero lo detuvo la consideración de que Nevado lo comprometía, porque á pesar de la mucha gente y gran animación que había en la casa, sería muy notable su salida acompañado del perro, el cual estaba encadenado en el interior de la casa por orden expresa de Boves.

¿Qué hacer en momentos tan críticos? Empezaban ya á oírse en labios de la soldadesca los nombres de los patriotas asesinados aquella misma noche, y multitud de partidas armadas cruzaban descaradamente las calles en busca de víctimas. Tinjacá corrió al interior de la casa, y so pretexto de que iba á partir pan para darle al perro, pidió en la cocina un cuchillo del servicio. Seguidamente se dirigió al lugar donde estaba el perro, que se hallaba inquieto y gruñendo de cuando en cuando por el ruido inusitado que llegaba á sus oídos. Con suma rapidez se allegó á él, lo acarició con más extremos que nunca y disimuladamente le cortó el collar de cuero de donde pendía la cadena, dejándolo unido apenas por un hilo, de suerte que Nevado con poco esfuerzo se viese libre; y repitiéndole sus extremadas caricias, hasta dejarlo sosegado, se alejó de allí, escurriéndose por entre la mucha gente que llenaba la casa.

Al verse en la calle, consultó la dirección del viento y se alejó de aquella mansión diabólica. Más de una vez se detuvo y vaciló. El paso que daba podía costarle la vida. Tenía muy presentes las palabras de Boves cuando cayó prisionero en La Puerta. Huir solo era menos expuesto, pero no podía resignarse á abandonar el perro, por el cual sentía un cariño entrañable, un cariño que rayaba en culto, á que se unía el orgullo de ser el único guardián, el único responsable de aquel animal que era para Bolívar una joya de gran valor. El pobre indio de los páramos veía en Nevado el talismán de su fortuna: á él debía su posición al lado del Libertador, y el cariño sincero que éste le profesaba. Abandonarlo, era sacrificar su carrera, su porvenir, era sacrificarlo todo.

La música del baile aún llegaba vagamente á sus oídos. Era necesario detenerse un momento y esperar. Por fortuna la calle en aquel paraje estaba solitaria, á la inversa de los alrededores de la casa del *Zuizo*, donde hervía el concurso de soldados y curiosos.

Cesó la música, y repentinamente en los grupos de militares y otras personas que llenaban los corredores y pórtico de la casa se notó un movimiento simultáneo de sorpresa y de terror.

—¡Se ha soltado el perro! exclamaron muchas voces.

Efectivamente, Nevado atravesaba como una flecha los corredores de la casa, y rompiendo por el apiñado grupo que obstruía la puerta, derribando á unos y haciendo tambalear á otros se lanzó á la calle, atronando con sus latidos todo el vecindario. Ya fuera, se detuvo algunos instantes, volviendo á todas partes la cabeza, con la nariz hinchada, en alto las velludas orejas y batiendo su hermosísima cola, que á la luz que despedían las ventanas del *Zuizo* semejaba un gran plumaje, blanco, muy blanco como la nieve de los Andes.

Oyóse un silbido lejano que pasó inadvertido para los presentes, pero no para el perro, que partió, como tocado por un resorte eléctrico, desapareciendo á la vista de los circunstantes, á tiempo que el mismo Boves salía á la puerta y lo llamaba con instancia. Cuando éste se

convenció, por el examen de la cadena, que la fuga del perro era premeditada, se colmó en su ánimo la medida del odio y de la venganza.

Allá, es oscura bocacalle, el indio postrodo en tierra, sujetó rápidamente al perro por el cuello con una correa que se quitó del cinto, y rasgando una tira de la falda de su camisa, empezó á amordazarle, ingrata operación que el inteligente animal soportó dócilmente, aunque manifestando su contrariedad y sufrimiento con lastimeros quejidos.

Hecho esto, el indio tomó un rumbo opuesto para desorientar á los que saliesen á perseguirlos, que naturalmente seguirían la dirección que el perro había tomado en la calle. Ora avanzando cautelosamente, ora retrocediendo al sentir los pasos de alguna escolta, con mil rodeos y angustias caminaba en la dirección de los Corrales, para tomar allí la vía de Barquisimeto.

De pronto, á la mitad de una cuadra, sintió pasos acelerados que venían á su encuentro. Retroceder era imposible. Los pasos se acercaban más y más, hasta que sus ojos espantados vieron dibujarse entre las sombras un bulto informe. Era, por fortuna, una persona inofensiva, un padre que pasó de largo por la acera opuesta, llamado, sin duda para auxiliar algún herido, según creyó. Tinjacá. Pero no, aquel aparente religioso, como después se supo, era el bravo Escalona, que en hábito de fraile, se escapaba también de la matanza.

La situación del indio, que caminó toda aquella noche sin descanso, era doblemente crítica, porque el perro era demasiado conocido en las villas y lugares por donde había pasado Libertador, lo que le obligaba á una marcha sumamente penosa por parajes extraviados; pero si Nevado era para él una amenaza constante y causa de mil zozobras por los campos y vecindarios que recorría, todos enemigos, en cambio era también un compañero fiel y cariñoso que velaba su sueño y sabía esgrimir sus poderosas garras y agudos colmillos para defenderle en cualquier lance personal.

Al cabo de algunos días logró incorporarse á la gente de Rodríguez, el jefe patriota de la guarnición de San Carlos, llamado por Escalona cuando supo la aproximación de Boves. Sabido es que Rodríguez llegó á los alrededores de Valencia con su tropa, que no pasaba de cien hombres, y tuvo que replegarse, porque el ejército sitiador le impidió la entrada. Unido, pues, á este puñado de valientes, corrió la suerte de ellos, atravesando lugares llenos de guerrillas enemigas, ora combatiendo día y noche, ora percibiendo de necesidades en las selvas y desiertos, hasta que lograron, al fin, incorporarse todos, esto es, cuarenta ó cincuenta que sobrevivieron, al no menos heroico ejército de Urdaneta, que alcanzaron en el Tocuyo, para emprender todos juntos aquella célebre retirada que salvó del pavoroso naufragio de 1814 la emigración y las reliquias de la Patria.

A su paso por Mucuchies, Urdaneta dejó de retaguardia en este lugar trescientos hombres al mando de Linares, y con el resto de sus tropas ocupó á Mérida. El valor temerario de Linares lo obligó á combatir con Calzada, que los seguía y que casi inesperadamente descendió del páramo de Timotes y los atacó con todo su ejército en la propia villa de Mucuchies.

Tinjacá y Nevado, como era natural, estaban allí con la fuerza de Linares en su tierra nativa, y se vieron envueltos en aquel combate heroico, que fué desastroso para los patriotas. El pronto auxilio despachado de

Mérida al mando de Rangel y Páez, que volaron con un cuerpo de caballería al socorro de Linares, llegó tarde, pues se encontraron con los primeros derrotados una legua antes de llegar á la villa.

El pánico y la consternación se adueñaron de Mérida, cuyo vecindario vino á aumentar la gran emigración de familias que venían desde el centro de la República al amparo de Urdaneta, quien continuó su marcha hacia la Nueva Granada.

¿Qué había sido de Tinjacá y de Nevado? Tratándose del perro del Libertador, Urdaneta y su oficialidad averiguaron inmediatamente con los derrotados por su paradero, pero nadie dió razón y se temió que hubiese caído otra vez en manos de los españoles. Pero esto no era cierto, porque sabedor Calzada de que el perro se hallaba en el combate de Mucuchies, hizo las más escrupulosas pesquisas para descubrirlo, allanando al intento la casa y hacienda del señor Pino, su primitivo dueño; pero todo fue en vano: Tinjacá y Nevado no se volvieron á ver. Parecía que se los había tragado la tierra.

Meses despues, cuando Bolívar y Urdaneta se vieron en Pamplona por primera vez después de estos desastres, aquél supo con tristeza toda la historia del perro, y admirando la fidelidad y valentía del indio, exclamó con entera seguridad.

—¿Sabe usted, Urdaneta, que abrigó una esperanza?

—Espero conocerla, general.

—Pues creo que mi perro vive y que lo hallaré cuando atravesemos de nuevo los páramos de los Andes para libertar á Venezuela.

No era la primera vez que Bolívar hablaba en tono profético.

* *

Han transcurrido seis años. Por lo alto de los páramos de Mérida marchan con dirección á Trujillo varios batallones del ejército patriota; y nuevamente se detiene frente á la casa de Moconoque un considerable número de jinetes. Es Bolívar y su brillante Estado Mayor.

—Llamad en esta casa, dijo el Libertador á uno de sus edecanes.

El estrecho camino apenas podía contener á los jefes y oficiales que habían hecho alto en aquel sitio.

La casa estaba cerrada, y sólo después de fuertes y repetidos golpes crujieron los cerrojos de la puerta, y apareció en el umbral una india anciana, trémula y vacilante, que era la casera, la cual miró con ojos asombrados á la brillante comitiva.

—¿Vive todavía aquí D. Vicente Pino ó alguno de su familia? le preguntó Bolívar.

—No, señor. Todos emigraron para la Nueva Granada, hace algunos años.

—¿Puede usted, entonces, informarme algo sobre el paradero del perro Nevado y el indio Tinjacá, después del combate de Mucuchies?

—He oído contar muchas veces la historia del indio y del perro, pero ni aquí han vuelto ni nadie sabe que ha sido de ellos.

Cuando Bolívar y su Estado Mayor continuaron la marcha, la india, deslumbrada todavía por el brillo y bazarria de tantos jefes y oficiales, volvió á correr los cerrojos de la puerta, y se entró á comentar el suceso con los otros habitantes de la casa.

—¡Jesús credo! les dijo, esto es para confundir á cualquiera. Otra vez el perro; otra vez la misma pregunta. Si pasan los españoles, averiguan por el perro, y si pasan los pa-



Estudio de A. Pérez Mujica

triotas, la misma cosa. ¡Ese animal debe valer mucho dinero!

Pero no solamente en Moconoque, sino en la villa de Mucuchíes, á cada paso de tropas eran interrogados los vecinos sobre el perro, cuyo desaparecimiento estaba envuelto en el misterio. Bolívar también averiguó allí por Nevado y su guardián sin resultado alguno, y con esto perdió la esperanza que había abrigado de hallarlo á su paso por los páramos de Mérida.

Al día siguiente emprendieron la gran ascensión del páramo de Timotes. Pronto pasaron el límite de las últimas viviendas humanas y entraron en la soledad temible, donde la marcha es lenta y silenciosa, ora cortando la falda de un cerro, ora subiendo por algún plano rápidamente inclinado, con harta fatiga de las bestias de silla. Ya hemos dicho que el silencio es allí completo, y absoluta la desnudez del suelo. Hasta la menuda granímea y la reluciente espelia, que constituyen la única vegetación de estas elevadas regiones, desaparecen en aquella espantosa soledad de varias leguas.

Los caracteres más alegres y festivos allí se apocan y entristecen. Una fuerza oculta nos

obliga á callar, rindiendo así culto al dios fabuloso, que según los aborígenes, vivía de pie sobre el risco más empinado de los Andes, con la frente inclinada sobre el pecho y el dedo índice apoyado en los labios: era el dios de la meditación y del silencio.

El Estado Mayor de Bolívar marchaba con una lentitud imponente. Sólo se oían las pisadas y fuertes resoplidos de los caballos acezantes. El panorama, en lo general uniforme, ofrecía sin embargo rápidos cambios, debido al viento helado que sopla en aquellas cumbres, el cual tan pronto acumula las nieblas en torno del viajero, envolviéndolo por completo, como las aleja, ensanchándole el horizonte, para dejarle ver aquí y allá riscos y peñones atrevidos, que asoman sus cabezas monstruosas por entre las nubes de un modo tan caprichoso como fantástico.

Los hilos de agua que vienen de lo alto, acrecidos por las lluvias y los deshielos, forman zanjones profundos que cortan el camino de trecho en trecho. Abismado cada cual en sus propios pensamientos caminaban todos, cuando de repente se oyó un grito de guerra.

—¡Viva la Patria! ¡Viva Bolívar!
Grito inesperado que rompió el silencio au-

gusto del Gran Páramo y que, por un fenómeno propio de la comarca, fue repetido al punto por bocas misteriosas que se abrieron en el fondo de los valles y cañadas, al conjuro del dios Eco; de suerte que las voces *Patria* y *Bolívar* fueron retumbando de cerro en cerro hasta morir débilmente en lontananza como el vago rumor de un trueno.

Antes de que el eco se extinguiese, Bolívar vió salir de uno de aquellos zanjones un personaje extraño, que parecía estar allí asechándole el paso y que corrió hacia él con la ligereza de un gamo. Una larga y oscura manta rayada de colores muy vivos cubría casi todo el cuerpo de aquel hombre, que tomaron por un loco en vista del modo tan brusco é inusitado con que se presentaba.

—¿No me conoce ya S. E? dijo dirigiéndose al Libertador con el sombrero en la mano.

—¡Tinjacá! exclamó Bolívar lleno de asombro.

—Siempre á sus órdenes, mi general. Ayer supe en mi retiro del páramo que S. E. pasaba.....

—¿Y el perro? ¿Donde está Nevado? le preguntó Bolívar sin dejarlo proseguir.

—Está por aquí mismo con una persona de confianza, pero no lo traje porque todavía dudaba, y quise ver antes por mis propios ojos si era verdad que S. E. iba con el ejército.

—Pues ve á traérmelo en el acto.

—No hay necesidad. El vendrá solo, le contestó el indio á tiempo que hacía un movimiento para llamarlo, pero al instante Bolívar lo detuvo, diciéndole;

—¡Espera! que yo lo llamaré.

Y con la excitación de su alegría, que era indescriptible como la sorpresa de sus tenientes, zafóse un guante y llevándose á los labios sus dedos acalambrados por el frío, lanzó al viento aquel silbido extraño, cuasi salvaje, que en otro tiempo había aprendido del indio, el mismo que oyó por primera vez en la helada villa de Mucuchíes y que más tarde salvó á Nevado en la noche tétrica de Valencia. El eco se encargó de repetir y prolongar el silbido, que fue á extinguirse como un débil lamento en el confín lejano.

Entre tanto, Tinjacá sonreía de contento, los jefes y oficiales esperaban sorprendidos el desenlace de aquella inesperada escena; y Bolívar, pálido de gozo, rasgaba la niebla con sus miradas de águila.

Un grito unánime se escapó de todos los pechos.

—¡El perro! ¡el perro!.....

Sobre el borde de un barranco próximo había aparecido Nevado, el mismo Nevado, más hermoso y altivo que nunca, batiendo al aire su abundosa cola, que semejaba un plumaje blanco, muy blanco como los copos de nieve. Momentos después, la cabeza del perro desaparecía bajo los pliegues de la capa del Libertador, que se inclinó desde su caballo para recibirlo en sus brazos.

Si con el Estado Mayor hubiese ido la banda marcial, él habría ordenado que en aquel mismo sitio, sobre una de las cumbres más elevadas de los Andes, resonasen los clarines y tambores en alegres dianas por el hallazgo de su perro.

A partir de esta fecha, Nevado siguió á Bolívar por todas partes, ora jadeando detrás de su caballo en las ciudades y campamentos, ora dentro de un cesto, cargado por una mula, á través de largas distancias y en las marchas forzadas. El estuvo echado junto á la Piedra Histórica de Santana de Trujillo en la célebre entrevista de Bolívar con Morillo, provocando las miradas curiosas y la admiración

de los oficiales españoles que conocían su historia; y durante el Armisticio, visitó el extinguido Virreinato de Santafé y durmió algunas siestas en la mansión de sus virreyes, sobre las ricas alfombras del palacio capitolino de San Carlos, en Bogotá.

Atresando Bolívar con sus edecanes por un hato de los Llanos, salieron de un caney multitud de perros de todos tamaños, y se arrojaron sobre los caballos, ladrándole con tanta algarabía y obstinación, que los oficiales iban ya á valerse de las espadas para liberarse de aquel tormento, cuando les llegó el remedio, porque en oyendo Nevado, que venía un poco atrás adormitado dentro del cesto, los descompasados aullidos de aquella jauría, se botó al suelo de un salto, con espanto de la bestia que lo cargaba, y á todo correr y dando descomunales ladridos, arremetió de lleno contra la ruidosa tropa de podencos, los cuales huyeron al punto poseídos de terror.

—¡Bravo, bravo! ¡Lo has hecho muy bien, Nevado! exclamaron los oficiales, agradecidos al potente animal que les quitaba de encima aquella insupportable molestia, á lo que agregó Bolívar, riéndose de la derrota de los galgos:

—Esos pobres perros jamás habían visto un gigante de su especie.

* * *

El 24 de junio de 1821, en la célebre llanura de Carabobo, enardecido el perro en medio de la batalla, se lanzó como una fiera sobre los caballos españoles, no obstante su edad de nueve años que empezaba á privarle de rapidez en la carrera y hacerle más fatigosas las marchas sorprendentes de su periclitado amo. En vano se le llamó repetidas veces. Ni él ni Tinjacá, que lo seguía, volvieron á presentarse á los ojos de Bolívar ni de su Estado Mayor.

Ya habían sonado en el glorioso campo las dianas del triunfo y sólo se oían á lo lejos las descargas de fusilería que daba el Valencey en su heroica retirada. Bolívar, vuelto en sí del frenético entusiasmo de la victoria, pregunta de nuevo por su perro, en momentos en que recorría el campo, cuando se presenta un Ayudante y le dice:

—Tengo la pena de informar á S. E. que Tinjacá, el indio de su servicio, está gravemente herido.

—¿Y el perro? le preguntó al punto.

—El perro.....dijo titubeando el Ayudante, el perro también está herido.

Bolívar puso al galope su fogoso caballo de batalla en la dirección indicada.

Un cirujano hacía la primera cura al pobre indio, quien al divisar al Libertador hizo un gran esfuerzo para incorporarse, diciéndole con voz torpe y extremada:

—¡Ah, mi general, nos han matado el perro!.....

Bolívar miró en torno con la rapidez del rayo y descubrió allí mismo, á pocos pasos de Tinjacá, el cuerpo exánime de su querido perro, atravesado de un lanzazo. El espeso vellón de su lomo blanco, muy blanco como la nieve de los Andes, estaba tinto en sangre roja, muy roja como las banderas y divisas que yacían trilladas en la inmortal llanura.

Contempló en silencio el tristísimo cuadro, irracional como una estatua, y recien de pronto las riendas de su caballo con un movimiento de doloroso despecho, se alejó velozmente de aquel sitio. En sus ojos de fuego había brillado una lágrima, una lágrima de pesar profundo.

El hermoso perro Nevado era digno de aquella lágrima.

TULLIO FEBRES CORDERO.

UNA PÁGINA DE HISTORIA

Acaba de aparecer un libro que, sin duda, hará algún ruido. Es, en efecto, su autor el primer Presidente de la tercera República Francesa, y se trata en él de todo ese doloroso periodo de nuestra historia que va desde la guerra de 1870 hasta la liberación del territorio. Son los *Recuerdos de M. Thiers*.

Ya, en el año pasado, pudimos hacer conocer algunos capitulos de aquellos trágicos recuerdos: eran los relatos conmovedores de las entrevistas con Bismarck, en Versalles, para la conclusión de la paz. El volumen que contiene aquellas páginas dramáticas fue impreso por los piadosos cuidados de Mlle. Dosne, la cuñada de M. Thiers. Pero no se habían impreso sino muy contados ejemplares, destinados á amigos muy fieles y que no fueron puestos á la venta. Ahora va á procederse en otra forma y á darse integros al público los *Recuerdos de M. Thiers*.

Antes de circular, he pensado que sería interesante hablar de ellos y he pedido permiso á Mlle. Dosne para dar á conocer algunos extractos. Me ha autorizado para publicar la página inédita de historia que va á leerse.

* * *

Se trata del viaje que en el otoño de 1870 hizo M. Thiers á Rusia, con el objeto de interceder cerca del Czar en favor de la Francia vencida.

Después de cuatro días y cuatro noches de ferrocarril, M. Thiers llega á la frontera rusa. En la estación de Varsovia lo espera una inmensa muchedumbre; á su paso, todo el mundo se descubre. En su simpatía por la Francia soterrada, es la primera vez, quizás, que se unen rusos y polacos. El anciano va extenuado de fatiga y se le quiere retener; pero él no lo consiente ni por una hora. Parte inmediatamente, y, destrozado, medio muerto, desembarca en San Petersburgo el 27 de septiembre en la mañana.

El embajador de Francia, M. de Gabriac, lo espera en la estación, y le ruega, de parte del canciller imperial, el príncipe Gortschakoff, que tome algún descanso.

—«Decid al príncipe, le contesta M. Thiers, que estaré con él hoy en el mediodía, á las dos.»

A la hora indicada se presenta en casa del canciller que habita un pabellón de Czarskoie-Selo, separado apenas del emperador por una puerta.

La discusión comienza inmediatamente y M. Thiers expone el objeto de su dolorosa misión.

«Ante todo, refirió él, paso á la cuestión que en Rusia preocupaba á todo el mundo: la cuestión de la República. El príncipe Gortschakoff, á quien le agrada exhibirse exento de prejuicios, me confesó que la República no le causaba ningún temor y que él conocía excelentes repúblicas.»

—«Sí, le dije, es hoy una república (los Estados Unidos) vuestra mejor amiga; y quizá en el porvenir haya dos en vuestros afectos: á lo menos, así lo deseo yo.»

—«Yo lo deseo también, me dijo, sonriendo, el príncipe; pero de lo que aquí

se trata es de saber si entre vosotros la República es alguna cosa de seriedad y si podéis asegurar que se sostendrá largo tiempo!»

Palabras que al cabo de treinta y tres años tienen un sabor singular!

Sin embargo, acerca del objeto mismo de su propósito, la intervención de la Rusia, M. Thiers encontró al canciller cortesmente inflexible. En vano lo urge, lo conjura, le suplica...

—«Que vuestro soberano hable por nosotros con tal insistencia que parezca significar, de su parte, el deseo de ser oído....»

—«Cómo! ¡Amenazas? exclamó el príncipe. Eso no lo hará el emperador. Cuando se amenaza, es preciso estar listo para pegar!....»

Entonces, viendo su causa perdida, M. Thiers juega la última carta, y esa carta ofrece hoy un valor extraordinario: propone la celebración de una alianza franco-rusa!....

—«Dije, escribe textualmente—y sus palabras toman con el tiempo un relieve memorable—dije que llevaba plenos poderes para proponer la alianza; que nos quedaban en el presente y en el porvenir bastante fuerzas y riquezas para hacer de nosotros un aliado que no se encontraría dos veces, sobre todo, un aliado contra la Alemania, próxima á ser formidable.»

—«Esa alianza se nos ha propuesto siempre, me contestó Gortschakoff: el general Fleury hablaba sin cesar de ella y nunca la hemos visto venir.»

Pero, en fin, os creo: yo sé que sois hombre de palabra; sin embargo, no es ahora el momento de firmarla. Más tarde nos ocuparemos de unir la Francia y la Rusia: por el momento ocupémonos de sacarla del mal paso en que se halla.»

Y el príncipe Gortschakoff envió á M. Thiers cerca del Czar Alejandro II.

* * *

El emperador recibió al anciano estadista en el Palacio de Invierno. Lo acogió con deferencia, pero con frialdad.

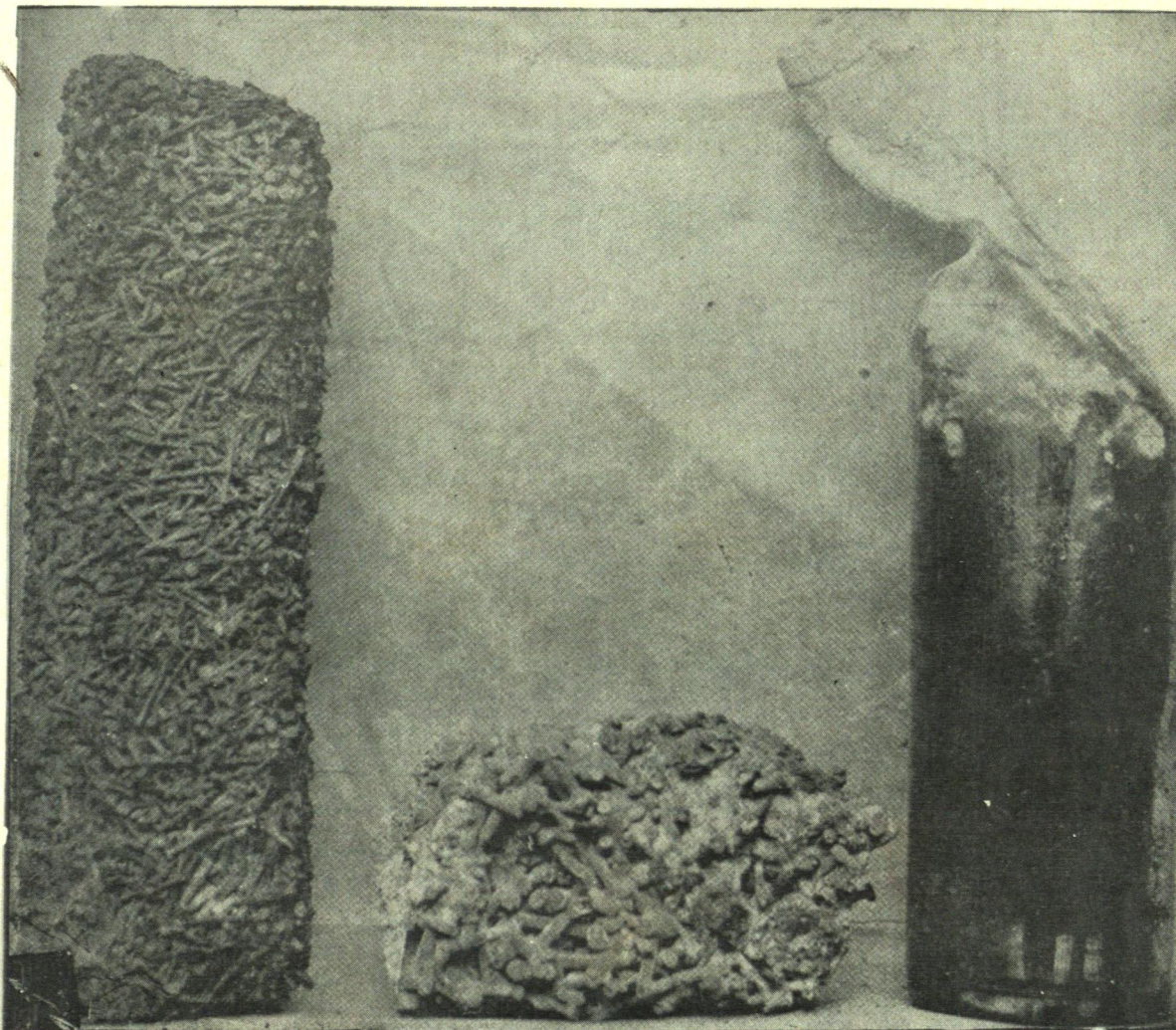
—«Ah! monsieur Thiers, fueron sus primeras palabras, si se nos hubiese oído, si se hubiese oído lo que vos mismo deciais, ahora no asistiríamos á la espantosa guerra que azota y desgarrá á la Europa!»

La conversación fue, por lo demás, como una repetición de la sostenida con el canciller. En ella se trató también, como con el príncipe Gortschakoff, de la cuestión de la República.

—«En cuanto á lo que me concierne, declaró el Czar, no tengo objeción que hacer á la forma republicana: ello no importa sino á la Francia. Temo solamente que los hombres del desorden y sobre todo de la inestabilidad ofrezcan poca garantía para tratar con un gobierno.»

Largamente abogó M. Thiers por la causa de la Francia. Buscando en su corazón y en su cerebro todo cuanto pudiera tocar al cerebro y al corazón del emperador, le habló con una elocuencia conmovedora, le demostró los peligros que iba á hacer correr á la Europa la ambición ya sin límites de la Prusia, y lo abjuró á que no dejase mutilar ni anonadar á la Francia.

En suma, también le propuso á él una alianza con esa Francia entonces venci-



MARTINICA : Objetos quemados por la lava del volcán de Saint-Pierre. — (Véase Sección Nuestros Grabados)

da y desmantelada, pero que pronto se reincorporaría de sus ruinas y de sus cenizas.

«Su Majestad, refiere M. Thiers en sus recuerdos, después de haberme oído, gravemente, me interrumpió con emoción.»

—«Yo sé, monsieur Thiers, cuán serio es para la Europa y para mi Imperio la creación de una potencia tal como la describís. Bien quisiera yo adquirir una alianza como la de la Francia, alianza de paz y no de guerra y de conquista (y el emperador recalcó sobre estas palabras); indicadme la manera de ayudaros y me consagraré á ello con toda mi voluntad. En ese sentido creed que ya me he dejado oír. Volveré á hacerlo, pero, en fin, no puedo ir ni á la guerra, ni á amenazas que conducirían á la guerra, porque, antes que todo, me debo á mi país...»

«El emperador, agrega M. Thiers, estaba visiblemente conmovido al pronunciar aquellas palabras y yo comprendí que habíamos llegado á un límite del cual no se debía pasar. Me retiré.»

El anciano estadista no debía volver á ver al Czar Alejandro, pero, antes de abandonar á San Petersburgo, en donde, desgraciadamente, había encontrado escritas sobre todas las puertas las palabras del poeta: *lasciate ogni speranza*, debía

hacer una doble visita memorable y conmovedora.

El domingo 2 de octubre era recibido en Czarskoie-Selo por el Czarevitch—el futuro emperador Alejandro III—y la Czarina—la futura emperatriz Maria—Teodorowa, la madre de Nicolás II.

«Era, dice M. Thiers hablando del Czarevitch, un bello y arrogante mancebo inteligente, y resuelto. Le hablé con toda confianza. Cuando le dije que á mis instancias se oponía el temor de la guerra, me contestó orgullosamente:

—«La guerra! querría saber quién osaría hacérsola! En cuanto á mí, no vacilaría en hacerle entender nuestra opinión á la Prusia, y estoy seguro de que, sin necesidad de declararle la guerra, la obligaría á andarse con tiento.»

Más conmovedora aún fue la entrevista con la Czarina. La dulce y encantadora princesa era una danesa, y al ver á aquel anciano que vería á suplicar á la Europa por su patria, se acordaba de los mismos dolorosos pasos dados cuatro años antes por su padre, cuando Dinamarca gemía bajo la presión prusiana. Con lágrimas en la voz, le agradeció á M. Thiers los esfuerzos que había hecho entonces por su país, y aquella hija de los vencidos del Norte dijo al enviado de los vencidos del Oeste toda la participación ardiente que tomaba en las desdi-

chas de la Francia, y todos los votos que su corazón hacía por la grande herida.

«Me dejó, dice M. Thiers, una impresión indeleble de bondad y de encanto.»

Y cuando, dos días después, abandonó definitivamente la Rusia, agobiado por el desencanto, era hacia ella, hacia la princesa danesa, adonde se dirigía su pensamiento melancólico y su gratitud dolorosa....

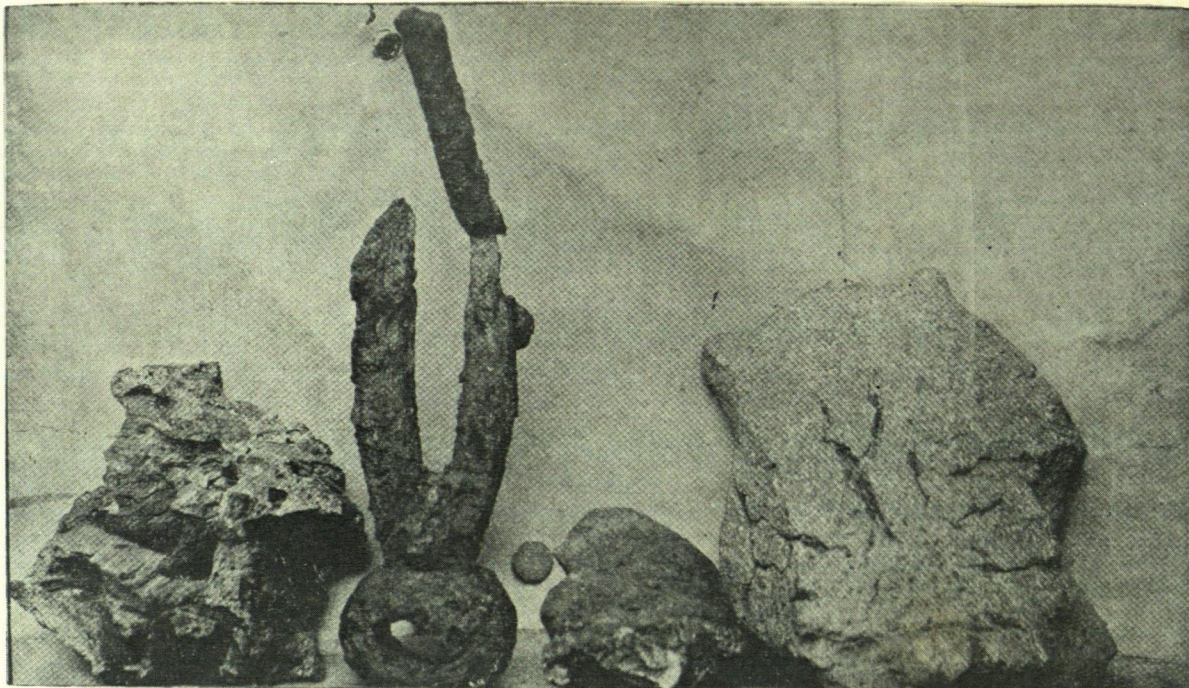
.....
STÉPHANE LAUZANNE.

SOLITARIA

—
Vivir entre los vivos
que tienen muerta el alma,
que sienten y no sienten,
que ven y no ven nada,
ni sufren,
ni piensan,
ni lloran,
ni cantan,

es vivir la vida muda de esos cuerpos
que alumbran el espacio y errantes vagan
por noches infinitas
de luna enferma, pálida
sin conocer del amor ni una caricia,
sin conocer del amor ni una mirada,
ni un suspiro,
ni una lágrima....

RAUL PIÑERES



MARTINICA: Objetos quemados por la lava del volcán de Saint-Pierre. — (Véase Sección Nuestros Grabados)

ORDENES Y CONTRAORDENES

—

Hablando Juan Pablo Richter de la singular versatilidad que muestran los padres, en los consejos, preceptos y ejemplos dados á sus hijos, á fin de dirigir su conducta, recuerda un personaje muy popular de las farsas de su tiempo: un arlequin que se presentaba en la escena con voluminoso haz de papeles bajo cada brazo.—¿Qué llevas allí?, le preguntaba otro, señalando el bulto de la derecha.—Ordenes, contestaba gravemente el arlequin.—¿Y allí?, secundaba el curioso, indicando el bulto de la izquierda.—Contraórdenes, replicaba el arlequin con no menor gravedad.

No sé por qué, me parece oír con extraordinaria frecuencia la voz campanuda con que me figuro que había de lanzar el actor sus dos elocuentes palabras; y así ha llegado á adquirir para mí el arlequin de Juan Pablo el valor de símbolo permanente de las constantes oscilaciones de este péndulo que es nuestro espíritu. Ordenes y contraórdenes. Hoy sí, mañana no. Así van de un extremo á otro nuestras ideas, nuestras opiniones, y, lo que es peor, nuestros sentimientos y nuestros actos.

Leyendo, hace pocos días, un artículo muy agudo, como todos los que escribe el autor de los *Menus Propos* de *Le Temps* de Paris, tuve delante todo el tiempo á mi arlequin. Y no porque el escritor se contradijera; sino porque desliza una opinión sobre crítica histórica, que lanza el péndulo consabido, con gentil empuje, á lo más alto del arco, en dirección opuesta á su anterior trayectoria.

El redactor de *Le Temps* habla de las conversaciones, casi todas impertinentes, insustanciales y sobre todo apasionadas, que provoca la guerra actual. Con este motivo, enojado á lo que pa-

rece, y un tanto cargado por los insulsos propósitos que oye en torno suyo, condensa su mal humor en estas dos afirmaciones, que se suceden, como dos disparos de revólver: «Sólo la historia está en aptitud de pronunciar juicios.» «Los contemporáneos no alcanzan sino impresiones vagas.»

Estoy á mil leguas de proponerme defender á los contemporáneos. Amanezco muchos días con la convicción de que el mayor número de los mortales, si algo oye ó si algo ve, lo oye confusamente y lo ve de través. No, no me fio de sus impresiones, las unas por vagas, las otras por falsas. Pero ya que vamos á echar por la ventana el testimonio de los coetáneos, el punto de apoyo más sólido ¡ay! y la suprema aspiración hasta ahora de los historiadores, bueno será que consideremos lo que hemos de encontrar en el otro extremo del arco, hacia donde es impulsada nuestra mente.

La historia es el juez definitivo. Es un gran nombre éste de la historia. Llena la boca y la imaginación. Es un vocablo, como esos que atribuye Aristófanos á Esquilo, que parece montado á caballo. Pero esa historia juez ¿quién ha de escribirla? ¿Los contemporáneos? No. Los contemporáneos, según hemos convenido, no alcanzan sino impresiones vagas. ¿Los venideros? Ya un poeta lo había ordenado así:

*Ai posteri
L'ardua sentenza.*

Y Wagner y consortes nos han enseñado á apelar de la crítica del día á la crítica del porvenir. Pero no involucremos. El arte es el arte, y la historia, la historia.

Ahora bien, á mí, que desconfío cuanto es posible del testimonio de los coetáneos, se me ocurre preguntar: ¿Será que la impresión pierde su vaguedad á medida que aumenta la distancia? No haría mal papel, y tendría aire verdade-

ramente científico, una ley como ésta: «La vaguedad de la impresión disminuye en razón directa del cuadrado de la distancia.»

Por eso, sin duda, el profesor, que me examinó, ahora años, de historia de la filosofía quiso facilitarme la tarea, preguntándome lo que se me alcanzaba de la filosofía de los persas. Si hubiera conocido esta nueva ley, no pára hasta la filosofía de los euro-africanos.

Pero el autor del artículo que tanto me ha interesado podría quejarse, con razón, de estos mis escarceos, haciéndome notar que él precisa las condiciones del testimonio que los venideros, *posteri* del poeta, han de considerar fidedigno. La historia sentencia, con verdadero conocimiento de causa, «gracias á tal ó cual papel de archivo, olvidado en una gaveta por el hombre que habría tenido más interés en suprimirlo.»

Ciertamente esta regla demuestra gran sagacidad; es de la mejor psicología. Si ese olvidadizo tenía interés en suprimir el papel olvidado, sin duda lo contenido en el papel era absolutamente cierto y absolutamente en disfavor suyo. Mas ¿cómo saber, ¡hados piadosos!... si el papel quedó olvidado, y si lo fue por el que tenía más interés en hacerlo trizas ó reducirlo á humo? Tendremos que transigir; y aceptar los documentos de los archivos, aunque de propósito hayan sido confiados á esas venerables necrópolis. Esta es la tesis de los archiveros.

Iba á quedar tranquilo ante esta feliz solución, cuando me ha asaltado otra duda terrible. ¿Cuáles serán los documentos más auténticos, los coetáneos ó los formados cien, mil ó diez mil años después de los sucesos que narran ó de que dan indicio? Aplicando la ley anterior, deben ser los segundos; puesto que los documentos de la época estudiada han tenido que ser obra de los contem-



MARTINICA: Objetos quemados por la lava del volcán de Saint Pierre.—(Véase Sección Nuestros Grabados)

poráneos, y éstos han sido descartados desde luego, merced á lo vago de sus impresiones.

Conclusión: no hay más historia que la prehistoria. Esta es la orden del día. Hasta la próxima contraorden.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

1904.

EL LIBRO ACTUAL

FUERZA ENEMIGA

Tal es el título del romance al cual los miembros de la Academia Goncourt, han discernido, por la primera vez, el premio de cinco mil francos. Más adelante se verá el análisis.

Del romance desprendemos algunas páginas que ofrecemos á la curiosidad de nuestros lectores, y en las cuales M. Nau se ha esmerado en traducir con toda verdad, las impresiones de un infeliz, recluido en un asilo de locos:

Veo que se abren las pesadas hojas de la puerta que da fácil entrada á un *gentleman*, á quien no reconozco á primera vista; á un *gentleman* muy sonreído; que vestía traje de etiqueta, pero en el que Dios me perdone! había una falsa nota, sin embargo. Este elegante mundano tenía las piernas embutidas hasta las rodillas en unas botas á la ginebra, calzadas con espuelas; botas monstruosas, que formaban cómico conjunto con el chaleco blanco, el frac que llamaman cola de pato, y el sombrero «*claque*» que llevaba en la mano el visitante, como si ofreciera un ramo de flores.

A fe que cualquiera tomaría á este personaje por un amo ó director de Circo, dispuesto á presentar un caba-



MARTINICA: Objetos quemados por la lava del volcán de Saint-Pierre.—(Véase Sección Nuestros Grabados)

lito adiestrado, *en libertad*. «El claque» estaría en ese caso, muy demás, quizá; pero *ahí está el quid*.

A pesar de la excesiva gracia del recién venido, con su gestecitos *coquetones* y sus saludos de una civilidad japonesa, (de fuerza era que yo me considerara en presencia del doctor Bid'homme,) cuando... el «mundano» brincó sobre la mesa, y se sentó á sus anchas; montó los pies sobre un sillón, y placíase en darse golpecitos en las pantorrillas

fornadas en duro cuero, con un imperceptible fuetecito. No obstante estos ligeros defectillos que ofendían la sacrosanta *investidura*, la cultura de frases de mi Bid'homme, triunfaria gloriosamente de la profesional afabilidad de cierto director del Protocolo, muy célebre, de las Antillas francesas en Pondichery, y de Zuydcoote en la isla Borbón.—Señor Almirante: (ha de saberse que ni en la marina mercante he podido pasar del grado de pasajero); señor



VAGANDO. — Cuadro de John Collier

Almirante: yo soy el afortunado Embajador encargado de anunciaros la próxima llegada de mi excelente amo y señor, Froin I, rey de este establecimiento y sus dependencias. Entrará en vuestros salones á las seis de la tarde; y si antes no ha venido á presentaros sus respetos, es porque una... picrocolalgia del *calcaneum* izquierdo (??) lo imposibilitaba de caminar de otro modo que no fuera cojeando. Permittedme retirarme para ir á anunciar á otras dignidades, que serán honradas, como vos, con una inmediata visita de nuestro suzerano.

Salió *corriendito*, positivamente, chasqueando el fuetecillo y haciendo crujir las botas. Ya no tengo la más ligera duda, dice el Amable. Bid'homme, como Chophard, es, desde algunos puntos de vista, el émulo del profeta Juan Jouillon. En buenas manos estamos nosotros, pobres «botados» de Vassetot! (1)

Verdaderamente, el peligroso alienista no se había engañado cuando desempeñó el cometido diplomático del que absolutamente los habían encargado, porque diez minutos después de su retirada pseudo-ecuestre, Leonardo tumbaba mi puerta. Mírame con aire de complici-

dad protectora; estira los labios como para soplar sobre una taza de caldo muy caliente; extiende los brazos y ancha las manos, como si fuera á darme una serie de calmantes pasos magnéticos; y más bien silbado que hablado, dice durísimo.

«Pfúüüüt! Ahí tenemos ya nuestro grande hombre!»

Y en el acto desapareció, comenzando una inclinación que, de seguro, no llegó á su perfecto término, sino del otro lado de la puerta.

Pero, en menos de un abrir y cerrar de ojos, vinose á mí un hombre grande y gordo, de fisonomía franca y bonachona, como de sesenta años, de paternales pero francas maneras: es el doctor Froin; lo reconozco.

Habla con la misma voz, el mismo acento que el gracioso Bid'homme; pero más dulce, más simpático. Leonardo tenía razón.—Señor Veuly. He sabido esta mañana, con placer, que estábais mejor. He deplorado no haber podido venir desde que tuve tan grata nueva; pero hoy me ha sido imposible hacer mis visitas, hasta ahora. He tenido una crisis aguda de reumatismo, que me ha molido la pierna y el pie izquierdo toda la mañana y parte de la tarde. Todavía me arrastro con dolor; pero me siento más aliviado.

En efecto, cojea. Le acerco la silla de brazos, en la cual se sienta haciendo un gesto de sufrimiento:

—Yo me prometo que esa mortificación pasará ya muy pronto.

Y agregue maquinalmente:

—¿Reumatismo? ¡Ah! M. Bid'homme me había hablado de una extraña enfermedad, de nombre incomprensible, como si dijéramos: picrocolalgia, ó un disparate semejante. No me pareció que el doctor Froin se sorprendiera:

—¡Oh! M. Bid'homme, M. Bid'homme!... Un poco más, y hubiérame dicho algo que oportunamente reservó. Por mi parte, no supe imitar ó tener su discreción, y dije de la manera más fría, estas palabras:

—M. Bid'homme es un loco, y un loco más peligroso de lo que vos os imagináis, probablemente.

—Tenéis razón de decirme lo que pensáis; pero no os dejéis llevar de las apariencias. M. Bid'homme es muy, muy excéntrico, muy raro, pero es todo un... Al decir así, el doctor Froin tuvo un temblorcito que no me pareció causado por un dolor reumático, pero que á mí no se me escapó. Mas, *incontinenti*, y con absoluto reposo, dijo con el aire más sencillo é ingenuo del mundo:

—No olvidéis que mi *colega*, y acentuó: mi *cofrade* el doctor Bid'homme, está llamado, como yo, á prestaros sus servicios, y desde luego, debéis confiar completamente en su experiencia. Al doctor Bid'homme le gusta sorprender á las personas que trata, y esto es... por excelentes motivos... que yo comprendo. Su porte y palabras los determina una táctica que es suya, y eso es todo «lo que hay en el agaje,» como dicen. Así, no os engaños. Mas, por el momento, no es del médico adjunto de quien se trata, sino de vos.

A lo que veo, me parece que no habéis vuelto á sentir... otros ataques nerviosos.

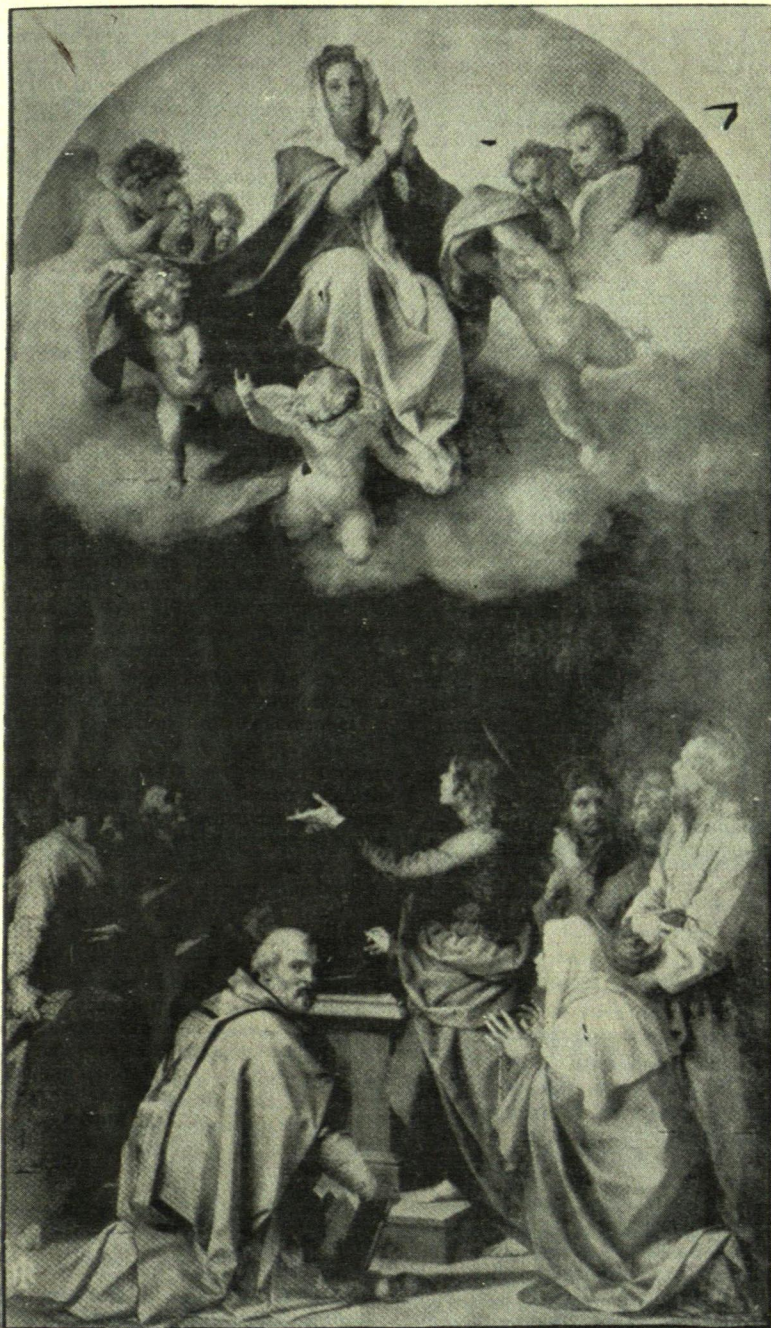
—No, Doctor. Y como á mí me gusta llamar las cosas por sus nombres, vos me permitiréis os diga, que creo haber sufrido un ataque de locura, ó de delirio extremo, como querráis; pero os aseguro, que, de una ú otro, no me quedan ya ni vestigios.

Me ve el doctor Froin con la mayor atención; y eso me hace creer que yo también he empleado una táctica, que más ó menos, me ha salido bien.

La fisonomía del médico expresa claramente cierta inquietud, cierta contrariedad de hombre de bien, al cual atormenta un caso de conciencia; y yo adivino perfectamente que él se dice en su interior:

—Todo cabe en lo posible... ¡Si yo me hubiera engañado! ¡Si este paciente, recluso entre cerrojos y bajo la inspección y gobierno de un guardián, sólo ha tenido desórdenes mentales momentáneos!... Si sólo estamos en presencia de un caso de delirio extremo prontamente curado, ¿con qué derecho retendría yo aquí á un hombre tan sano de su espíritu, como yo mismo? Ha hablado sin rodeos de un ataque de locura posible; y un loco *razonando*, habría temido dar pie para complicar su situación, con sólo pronunciar la palabra *locura*. ¿Qué hago? ¿Qué haré?... Pero... y si se convierte en un hombre peligroso, fuéra ya de mi estable-

(1) Vassetot, es manicomio ó reclusión especial de enajenados, no distante de París.



LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN.—Cuadro de Andrea del Sarto

nerle la chaqueta de fuerza; á este ridículo enajenado, hacer temblar á todo el mundo aquí, portarse como un tirano, gritar, echar ternos é injuriar á mucha gente cuyo primer deber sería *ducharlo* con chorros niagarenos, aunque se reventara, lo que por otra parte, no sería de mucho dolor para la especie humana! ¡Bid'homme! ¡Ah! á ése sí. Lo abomino! entre otras cosas, porque ese sér es un peligro continuo para los «enfermos,» á quienes no sabe tratar absolutamente, y puede, si, matarlos por su imbécil maldad. ¿No os decidiríais, Doctor, á encerrar á ese fastidioso lunático, ó lo que sería más caritativo, despacharlo al lado de su familia en el Franco-Condado, siempre que la familia consienta en hacerse cargo de semejante demoniaco, y mantenerlo amarrado veinticuatro horas al día?

¡Ah! ¿Qué he dicho? El doctor Froín muda de aspecto, y alza con triste gesto los hombros. Todo lo veo, y lo comprendo todo. Su convicción se ha acentuado desde este momento: yo soy un demente, un monómano, atacado por el delirio de la persecución. Todas mis ideas, todas mis preocupaciones, todas mis iras se reconcentran en Bid'homme. Me aferro en que está loco; y nunca admitiría que no persiga—con un odio feroz—á los enfermos puestos á su cuidado, el primero yo!

Sus vagos temores respecto del médico adjunto, son quizá hasta desvanecidos con mi animosidad y persistente saña. Y aun llegará á suponerse el doctor, que mi locura habrá sugestionado á aquel hombre.

Entristecido y como delirante, trato de volver por mi mismo, de salvarme en su concepto, y dejarle buena opinión de mi estado moral y de mis quebrantos físicos. Pero, ¿cómo hacer? ¿Qué palabras emplearé que produzcan buen efecto? ¿No me convendría más, y me distinguiría yo como muy *hábil*, si le confieso todo lo que pienso, por muy mal que lo haga? ¡Manos á la obra!... *Grito lo menos recio* que puedo, y digole:

—Doctor: No me condenéis así, con un ademán! Yo sé lo que os imagináis: me creéis víctima de una idea fija, persistente! No me digais que no, porque estoy completamente seguro. Mas, no es así, mi Doctor. Para que veais que no sufro de la menor divagación, apresúrome á agregar, á lo que con *tanta violencia* decía hace un minuto, que, no obstante el horror que siento para vuestro cofrade Bid'homme; que no obstante considerarlo como un hombre peligroso para vuestros enfermos, como un hombre nefasto, yo puedo fácilmente desprender mi pensamiento de ese individuo, y aseguraros que he pensado hoy en mil cosas, y mil, á las cuales él era totalmente extraño; ó más claro: no entraba en ellas para nada. ¿Queréis que os hable de mi despertar, aquí, en este cuarto, esta mañana? ¿Queréis que os refiera cuánto ha discurrido mi cabeza, haciéndoos distinguir con toda lucidez, las ideas concebidas entonces, de las que podían resentirse de la influencia de mis perturbaciones mentales, ya en vía de definitiva curación? ¿Queréis aseguraros que no soy ni solapado, ni rencoroso ó vengativo, como lo son la mayor parte de los enajenados? ¡Pues bien! Hace poco me dijisteis que uno de mis parientes ven-

cimiento? Hay, y se han visto, casos tan extraordinarios!... Estoy seguro que he leído en él, muy bien, (y más seguro aún cuando dijo, sin preámbulo ninguno y como si hubiera *hablado* lo que se contentó con pensar solamente:

—....Además, uno de *sus*... excusadme! Uno de *vuestros* parientes vendrá el lunes, pasado mañana. Vos y yo conversaremos con él; y puede muy bien suceder, ¿por qué nó?, puede muy bien suceder, que vuestra estada aquí dure *un poco* menos de lo que yo me imaginaba.... ¿Ya no os sentís tan colérico ó angustiado? ¿Ya no gozáis en concebir violentas antipatías contra nadie, contra Leonardo ó contra mí, por ejemplo? Bien veis que os hablo como á un hombre curado, como á un hombre que nunca ha tenido otra enfermedad que ligeras y transitorias perturba-

ciones nerviosas, las que ya, por fortuna, están vencidas y no volverán jamás. Notad, en fin, que os hablo como á un hombre que no necesita, para lo sucesivo, ni remedios ni especiales atenciones!....

—¿No? Nada contra el celador Leonardo, contra mí ú otros individuos?

—¡Contra vos, Doctor! ¿Cómo podría yo no quererlos, cuando me tratáis con tanta bondad? ¿Contra el infeliz Leonardo, que hace cuanto puede porque yo no me incomode, y lo tome todo, lo mejor posible?... ¿Contra otra gente? ¡Ah! «¡Eso es harina de otro costal!» Debo confesaros que no puedo tolerar ese medicastro de Bid'homme. Sí es verdad que siento por él la compasión que inspira su triste estado; pero me exaspero cuando veo á ese miserable loco á quien tendría yo el derecho de po-

dria el lunes. No lo nombrásteis, temiéndolo quizá que hubiera en mí una explosión de cólera. Tócame á mí nombrarlo ahora: es Roffieux, el mismo mismísimo que me trajo aquí, pero contra el cual no abrigo,—puedo jurarlo,—ni la más remota intención de hacerle mal. No tendré la hipocresía de decirlo que lo quiero sobre mi corazón; pero si salgo de Vassetot, ningún mal se le aparejaría por mi voluntad ó por mi causa, os lo prometo. Haré, lo que un hombre de bien debe hacer en ese caso: me alejaré cuanto más pueda de él; y aunque muy disgustado de su persona, y muy poco deseoso, á la vez, de recaer bajo su férula, no le asaltaré, estoy cierto, ni lejano propósito de jugarle una mala pasada.

Produjeron mis palabras alguna impresión en el doctor Froin; pero quedábale, me parece, una duda: ¡los locos son tan disimulados! Mas la impresión se acentúa á medida que él va pesando los términos de mi defensa; veo que mueve imperceptiblemente la cabeza, y que á sus labios asoma una sonrisa bondadosa, que quiere contener, pero que reprime muy mal. Levántase del asiento con suma dificultad, me da un apretón de manos, y dice:

—Vamos, pues, vamos. Decididamente, todo me parece en el mejor pie, y lo pasado no habrá sido cosa mayor. Puede creerse que habéis ido á veranear, y ahí quedará todo. Comed bien, paseaos en los jardines, sin fatiga ó cansancio,—con Leonardo ó sin él, (yo se lo indicaré), y leed asuntos alegres y divertidos. Algo de Alfonso Allais, Shoomard, Courtelline, Franc-Nohain, y algunas versiones de Mark-Twain, de las que os enviaré algunas esta tarde. Acostaos temprano, no os levantéis muy de mañana, y el veraneo no se prolongará ya mucho.

¡Y fue éste el momento que escogió,—yo no sé qué oculto enemigo *agazapado dentro de mí*, ni desde cuándo,—para templarme y retorcerme los nervios; para forzarme á manifestar un furor que no experimento, que no quiero experimentar; para hacer que gima, que baile y entre en convulsiones, como los dos *endemoniados* del departamento aquél, de los ladrillos oscuros!

Había hablado yo con cabal sinceridad; había dicho todo lo que pensaba, sin quitar ni poner nada; y, ahora, *ya no es más verdad, eso*. Odio á Bid'homme y á Roffieux! Tengo ansias de hacerlos *desangrar* por todas las venas; de *despanzurrarlos* con mis propias manos, y, todo esto lo digo con todas sus letras y sus puntos.... ¡Y cuando menos quiero gritar; y cuando menos quiero odiar y detestar, grazno y aúllo más terriblemente que nunca!

.... Más que convencido estoy que me asedia un sér hostil, horrible; un sér cruel que se ha *instalado* en mí; un sér espantoso que me tortura, y me impele y fuerza á bramar y retorcerme como poseído del demonio....

Aprovecho de un instante de aparente calma para lanzar un grito de súplica conmovedora, y digo:

—¡Doctor! ¡Doctor! ¡Socorredme! ¡Salvadme! Yo estoy *habitado por dentro, como fruta dañada y gusanosa!*

JUAN ANTONIO NAU.

DE MI CARTERA

(LIBRO INÉDITO)

CORRECCIÓN

V



ERMINADO ya el estudio de la concordancia, vengamos á la revisión de otras leyes que, para el uso, colocación y variaciones de las diversas partes de la oración gramatical, son necesarias al discurso correcto; y en atención al orden más lógico, empezemos por el estudio de los pronombres y de los artículos.

En un trabajo de crítica objetiva publicado en *La Restauración Liberal* fecha 11 de julio último, he leído la siguiente lección:

«Por qué, cuando varias personas convidan á un enterramiento dicen generalmente: «y esperan que usted se sirva acompañarles, siendo así que LO GRAMATICAL es acompañarlos? Aprendí en Santa María con el profundo hablista doctor Luis Sanjojo, que *le* y *lo* pueden usarse indistintamente en el acusativo singular, y que dá lo mismo decir *se sirva acompañarlo* ó *acompañarles* pero que NUNCA se pueden usar ambas formas para el plural, puesto que *les* corresponde al dativo plural, y *los* al acusativo del mismo número, que es el que debe emplearse SIEMPRE en tal caso.»

—VICENTE PIMENTEL.

No sé qué texto de gramática se usaba entonces en el colegio de Santa María, pero á juzgar por lo que ahí dice, no era el de Bello ni tampoco el de Salvá, los dos más eminentes gramáticos del mundo hispano. La doctrina sustentada en ese párrafo es la novísima de la Real Academia Española, 'cuyas inconsecuencias en el estudio de esta materia y la chocante disparidad que estamos palpando entre sus preceptos y la práctica de los más célebres autores antiguos y contemporáneos, demuestran, una vez sobre ciento, cuán temerario, perjudicial y absurdo es dictar leyes gramaticales sin más fundamento que la voluntad ó el gusto de quien las concibe y promulga. Esas arbitrariedades ocasionan perjuicios tanto más deplorables cuanto mayor es el prestigio del maestro que las perpetra; y de ello tenemos una prueba muy elocuente en el susodicho párrafo, donde se ve claramente que su autor, precisado á buscar un criterio de autoridad á qué atenerse en medio de tantas opiniones diversas, no se contenta con poner su crédito y su fe en la Academia, sino que pareciéndole incontrovertible lo que ella dice, por ser ella quien es, declara incorrecto el uso general, alegando que *lo gramatical* es lo preceptuado en la gramática de los inmortales. Exactamente lo mismo ocurre en *El Castellano en Venezuela*. (*) y á uno y á otro es necesario

(*) Teóricamente, ya se sabe; porque lo que es en la práctica, el señor Julio Calcaño dice indistintamente *les* y *los* en acusativo.

advertir,—ilustrando la advertencia con razones incontestables,—que cuando la analogía y los principios fundamentales de igual jerarquía, no concurren á la autorización de una regla, es absolutamente indispensable recurrir á la observación del uso universal cuyo dictamen no puede ser sometido al veto de nadie; y que, esto supuesto, la Real Academia extralimita sus facultades en el asunto de que se trata. El uso más docto dice hoy *los* y *les* indistintamente en el acusativo, como lo dejaremos plenamente comprobado; y esto es, por tanto, *lo gramatical*.

Examinemos la cuestión tan largamente cuanto lo consienta la índole de este libracó.

El pronombre de tercera persona él, para el género femenino *ella* y para el neutro *ello*, tiene sus casos oblicuos *le*, *la*, *lo*. *Le* expresa la relación del verbo con un objeto del género masculino; *la* indica la misma relación con un objeto de nombre femenino; *lo* señala la relación del verbo con un neutro, el cual puede ser toda una proposición, un infinitivo ó algo indeterminado cuyo nombre se calla. *Le* es correlativo de *este*, de *ese* y de *aquel*; *la* es correlativa de *esta*, de *esa* y de *aquella*; *lo* es correlativo de *esto*, de *eso* y de *aquello*; y estas tres formas del pronombre de tercera persona, guardan estrecha analogía con las tres del artículo definido *el*, *la*, *lo*. Quitadas las dos primeras letras de *ella*, queda la forma abreviada femenina *la* tanto para el pronombre como para el artículo; haciendo lo mismo con *ello* queda la forma abreviada neutra *lo*, y úsese como pronombre ó como artículo, esta forma es neutra siempre y carece de plural. La forma *los*, así para el artículo como para el pronombre, no es plural de *lo* sino de *el*, y antiguamente era *elos*, así: *el*, *ela*, *elos*, *elas*.

Le es forma oblicua de *el*; *lo* es forma oblicua de *ello*. En atención á esta doctrina, el Diccionario de la lengua castellana por una sociedad de literatos, dice:

«LO. Caso oblicuo del pronombre ÉL con perjuicio de la claridad y con desprecio de la ley gramatical que pide LE. Artículo neutro que solo se usa con los nombres adjetivos sustantivados, como *lo bueno*, *lo malo* etc.»

La declinación, pues, rigurosamente analógica, en los casos de que se trata, es así:

Singular	
Nominativo:	<i>El — Ella — Ello</i>
Acusativo:	<i>Le — La — Lo</i>
Dativo:	<i>Le — La — Le</i>
Plural	
Nominativo:	<i>Ellos — Ellas</i>
Acusativo:	<i>Les y los— Las</i>
Dativo:	<i>Les — Las</i>

Ejemplos: A él le acompañé y le devolví su libro; á ella la aconsejé y la hablé de su conducta. A ellos les ó los encontré en la calle y les ofrecí mi coche; á ellas las vi en el teatro y las di flores. *Lo* bueno y *lo* bello es *lo* que todos buscamos y *lo* que no alcanzamos nunca; acaso no tenemos una idea precisa de *lo* que necesitamos para ser felices, y por eso no lo somos. *Este*, *ese*, *aquel* es el libro: *le* compraré; *esta*, *esa*, *aquella* es la casa: *la* alquilaré; *esto*, *eso*, *aquello* es lo útil: *lo* recomiendo á todos



EN LA POSADA DEL CONVENTO.—Cuadro de A. Korsuchin

Hé ahí lo estrictamente gramatical, por ajustarse á la más filosófica analogía castellana. Pero como sucede que el uso, despótico dueño y señor del habla, anduvo siempre en este punto por caminos opuestos á la analogía; y como la gramática práctica, digámoslo así, no ha de enseñar lo que *debiera ser* sino lo que realmente *es*, los tratadistas, entre ellos la Real Academia, se vieron precisados á fundar su doctrina, antes que en la postergada analogía, en el uso que gozara de más prestigio entre los buenos hablitas. De aquí las enseñanzas de Salvá y de Bello, los dos más sagaces observadores del uso general; y de aquí también que conforme á la práctica de hoy día, la declinación de que se trata sea así:

Acusativo masculino: *Le ó lo; los ó les.*

Dativo: *Le, les.*

Acusativo femenino: *La, las.*

Dativo: *Le ó la; les ó las.*

Ejemplos: Yo *lo* ví ó *le* ví á él; *los* ví ó *les* ví á ellos. Yo *la* ví á ella; *las* ví á ellas. *Le* dí un libro á él; *les* dí un libro á ellos. *Le* dí ó *la* dí un libro á ella; *les* dí ó *las* dí un libro á ellas.

Esta declinación de uso constante entre los más esclarecidos ingenios del siglo de oro, es hoy corriente y universal; y de los tiempos de Bello para acá se ha venido acentuando y afianzando de modo muy notable, como puede comprobarlo cualquiera y como lo veremos más adelante.

Veamos ahora el criterio de la Academia Española. Hubo un tiempo en que todos ó casi todos los escritores de nota dijeron *le* en el acusativo de género mas-

culino, y *lo* en el neutro; la Academia legisló entonces conforme á lo establecido por el uso general, aprovechando la ocasión para defender la analogía, y afirmó que, aunque los clásicos habían empleado indistintamente el *le* y el *lo* en el acusativo singular masculino, debido á que en aquellos tiempos «el uso no se había declarado todavía de una manera positiva», lo correcto y definitivo era que *lo* no se refiriera nunca sino al neutro. (*Le* ví y *le* conocí—á un hombre.—*Le* compré y *le* lei—refiriéndome á un libro.—*Lo* sé, *lo* entiendo—neutro.)

Años después reapareció el uso indistinto que los clásicos habían autorizado contra los dictados de la analogía; y apesar de las protestas con que fue recibido por parte de los puristas, se generalizó y se impuso de tal modo que la Real Academia se creyó obligada á corregir su Gramática acatando con sumisión muy honrosa la voluntad del soberano. Ahora bien: cuando el uso dijo indistintamente *le* y *lo* en el acusativo singular masculino, siguió también en el acusativo plural el ejemplo de los clásicos diciendo indistintamente *les* y *los*; y sin embargo la Academia se rebela por lo que hace al plural y afirma lo contrario. ¿Es lógico eso? ¿Basada en qué principios declara en la página 283 de su Gramática que «emplear la forma *les* en acusativo es reprehensible incorrección? ¿Incorrección por qué? ¿Reprehensible ante quién? ¿No es *les* una forma estrictamente gramatical, puesto que además de conformarse con la más rigurosa analogía, goza de la autoridad que el uso universal de todos los tiempos *le* ha comunicado? ¿No es

peregrina aberración legislar por propia cuenta con detrimento de la analogía y sin atención al uso general? ¿Será que la ilustre Corporación juzga que la forma *les* en acusativo, aunque indicada por la analogía, no ha tenido ni tiene uso autorizado entre los escritores de primer orden? En contestación á esta última pregunta me sería fácil llenar varias columnas de EL COJO ILUSTRADO con ejemplos elocuentísimos que prueban lo contrario; pero será suficiente recordar que don Andrés Bello, apoyado en muchos ejemplos de Cervantes, por no citar más que á uno de entre los clásicos, y de Martínez de la Rosa, Gil de Zárate, Moratín y Jovellanos, contradice la arbitrariedad de la Academia así:

«En la tercera persona masculina de plural, la forma regular (*) del acusativo es *los*; pero la *les* ocurre con tanta frecuencia en escritores célebres de todos los tiempos que sería demasiada severidad condenarla.» (*Gramática*.)

Sesenta años hace que nuestro eminente humanista publicó esa observación; durante muchos más la Academia viene sosteniendo lo contrario: veamos por quién se ha decidido el uso en el lapso transcurrido hasta el día de hoy. Por lo que hace á Venezuela, el hecho á que se refiere el señor Pimentel cuando cita la frase «y esperan que usted se sirva acompañarles», constituye una prueba palmaria de que tal es el uso general; pero como este podría atribuirse al común de

(*) Regular: conforme á la regla académica.

las gentes, y ser tachado de indocto, interroguemos á los escritores capaces de caracterizar el uso ilustre.

«Ciertamente que un gran número de reclutables no lee, pero la propaganda *les* alcanza.» «El doctor Gil Fortoul y el ilustre López Méndez á quienes en Europa había comunicado el pensamiento, lo aprobaron con calor, y en documentos que *les* honran ofrecieron secundarlo activa y generosamente.»—CÉSAR ZUMETA. (*La ley del cabestro.*)

«..... sino que un designio misterioso, incontrastable y divino *les* había situado allí (á ciertos escritores) para llenar una misión y cumplir un deber.»—ELOY G. GONZÁLEZ. (*Los desarraigados.*)

«En Valera suscribió una bellísima y patriótica Proclama dirigida á los trujillanos, en la cual *les* invitaba á colaborar en la obra de la Restauración política del País.»—EMILIO CONSTANTINO GUERRERO. (*Campaña Heroica.*)

«Escritores estos que debieran observar una conducta más respetuosa, discreta y comedida con el país que tanto *les* aplaude, que compra sus libros y los lee con entusiasmo.»—GONZALO PICÓN FEBRES. (*Notas y Opiniones.*)

«Con lo que no pretendemos desdeñar el fino ingenio que derrochan allí Juan R. Jiménez, Angel Guerra, Manuel Machado etc. Es antes bien el deseo cariñoso de *verles* pronto cultivando otras flores en el rico suelo español.» GIL FORTOUL.—(*Estudio premiado en el último certamen de EL COJO ILUSTRADO.*)

Fácil me sería agregar muchas otras firmas que gozan de tanta autoridad como esas con que acabo de honrar mis cuartillas, pero temeroso de abusar sin necesidad de la paciencia del lector, he de contentarme con poner, á manera de broche, un ejemplo académicamente autorizado. Lo copio de *El Castellano en Venezuela*:

«¿Qué idea tendrán ellos de lo que es escribir bien, de lo que es propio y castizo en materia de lenguaje, cuando los presuntuosos no alcanzan á expresarse como conviene para que todos *les* entiendan?» «Cuanto al plural, lo tienen indudablemente, conforme á las reglas gramaticales, ya se *les* considere como sustantivos, ya como adjetivos.» JULIO CALCAÑO.

Oigamos ahora la voz de la España literaria actual fijándonos en las cumbres:

«Dióse la preferencia á los heridos; mas aunque se trató de evitarles toda molestia, fue imposible levantarles de donde estaban, sin mortificarles.» «Don Alfonso consiguió que Marcial fuese también trasladado, en atención á que su mucha edad le agravaba considerablemente, y á mí me hizo el encargo de acompañarles como paje ó enfermero, ordenándome que no me apartase ni un instante de su lado, hasta que no *les* dejase en Cádiz ó en Vejer.» BENITO PÉREZ GALDÓS.—(*Trafalgar.*)

Bueno es advertir que el ejemplar de donde he copiado esas líneas, dice en la portada: «Nueva edición *esmeradamente corregida.*» Siga hablando España por boca de sus literatos más ilustres de hoy día:

«No quiero insistir en comparartes: solo diré con toda gravedad y limpieza de frase que la musa de Campoamor ignora aberraciones en que la de Verlaine se ha complacido.» EMILIA PARDO BAZÁN.—(*Campoamor y la mujer.*)

«Lo hemos dicho, era muy tímido: no se atrevía á cerrar el paso á los transeúntes, ni siquiera *les* saltaba de costado.» JOSÉ ECHEGARAY.—(*Chinitas. Cuento.*)

¿Son verdaderos y grandes literatos los autores citados? ¿Habrá la necesidad de seguir copiando ejemplos hasta formar un calendario? Lo dejo al lector; pero como remate, como dignísimo remate, véase este último ejemplo, después del cual no sería justo citar ninguno más, ya que en él se contiene indiscutiblemente la suma autoridad de la actual corrección castellana. Lo copio de un celebrísimo estudio crítico acerca de Calderón:

«Su hermano D. José y su amigo Vera Tassis cuidaron de lo restante, siguiéndoles ciegamente Aponte y Keil.»

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.
Secretario Perpetuo de la Real Academia Española.

Después de tales pruebas, no me negará el señor Pimentel el derecho de expresar que serían sumamente ridículos los escrúpulos del vulgo, si este tuviera reparo en expresarse—trátese ó no de enterramientos—como se expresan los grandes autores en obras *esmeradamente corregidas* y en disertaciones justamente laureadas, y como se sigue expresando todo el mundo literario hispano.

Esto no quiere decir—ya lo expliqué—que el tal acusativo sea siempre *les* y nunca *los*; sino que el uso actual, conservando el autorizado por los clásicos, emplea indistintamente el *les* y el *los* en el caso acusativo, como en el ejemplo siguiente:

«Insuperables dificultades avasallan las fuerzas de aquellos infelices peregrinos, antes jamás expuestos á tan duras fatigas: póstralos el cansancio, el mortífero vaho de las lagunas *los* envuelve en sus letales miasmas, agótanse al par las provisiones, y la fiebre y el hambre, como airados fantasmas, *los* acosan, amenazándoles con espantosa muerte.» «La horca *los* espera.» «La muerte *les* espera.» EDUARDO BLANCO.—(*Venezuela Heroica.*)

Quiere decir también, y lo dejo comprobado hasta la evidencia que contra lo que todos tenemos derecho á exigir, la Real Academia nos ha dado una Gramática diametralmente opuesta á la verdad científica é histórica de nuestra lengua y al uso actual de los más doctos, entre quienes se cuentan los mismos académicos.

Es cosa fuera de duda que el tesoro de nuestra lengua, harto pobre de pronombres personales, posesivos y relativos, ganará mucho el día en que el uso se fije definitivamente y diga *los* en el acusativo masculino y *les* en el dativo de ambos géneros; aparte las ventajas de la uniformidad, ganaremos en perspicuidad y en elegancia; pero aun suponiendo que la Academia se haya adelantado á su tiempo en pos de estos resultados, todavía su regla adolece de un gravísimo error. Dice así:

«Por último se establece como regla SIN EXCEPCIÓN, que *les* marque el dativo del plural, lo mismo para un género que para

otro, quedando *los, las* para el acusativo.» (*Gramática.*)

¡Así es como se habla ex-cátedra para enseñar dos inexactitudes en una sola regla arbitraria!

¡Sin excepción! Por eso en el párrafo de *La Restauración Liberal* figura aquel *nunca* y aquel *siempre* que subrayé por haberme parecido sumamente extraños; y por eso no faltará quien censure este pasaje de Pérez Galdós:

«Los marineros muertos eran arrojados con menos ceremonia: la Ordenanza manda que *se les* envuelva en el coi..... A algunos *se les* amartajó como está mandado.»

Y este otro de Picón Febres:

«La verdad domina en los cuadros del escritor venezolano, y cuando *se les* mira palpitantes en la realidad sensible, *se les* encuentra exactos á los que están allá en las páginas del libro.»

Y este, por último, de Pedro-Emilio Coll, citado en capítulo anterior con otro motivo:

«Para iniciar al salvaje en los misterios del pudor *se les* ha vestido con traje á la europea.»

Y acaso no sea posible hallar entre los buenos escritores ni un solo ejemplo de forma contraria á la de los tres citados, porque tal es la forma gramatical en las construcciones impersonales cuasi-reflexas. He ahí, pues, una excepción reconocida por todos los gramáticos, sancionada por el uso de todos los tiempos, y negada únicamente por la Academia sin ningún fundamento. Salvá la explica así, después de aceptar la forma *los* para el acusativo:

«Exceptúase el caso en que este afijo se halla precedido de la reduplicación *se* en las oraciones de sentido pasivo, porque entonces TODOS usan *le* para el singular y *les* en el plural: *Se les* (no *los*) *acusa*; *A este salón se le* (no *lo*) *ha destinado para dar audiencia.*» (*Gramática.*)

Y don Andrés Bello, después de explicar que en tales oraciones se usa *les* y nunca *los*, con este ejemplo: «*Se les* admira (á los grandes hombres) *no se los* admira», agrega:

«Es práctica modernísima y que choca mucho *se los admira*. Ha nacido de asimilar nuestra locución á la francesa *on les admire* que es esencialmente diversa. *Se les ahorca*, dice Salvá en el prólogo de su Diccionario de la lengua castellana, sin embargo de que este autor mira á *los* como la terminación propia del acusativo masculino de plural de él.» (*Gramática.*)

Legislar en materias de lenguaje, no es someter la práctica general al criterio del legislador; es, por lo contrario, consignar con toda fidelidad en la ley escrita, lo que el uso consuetudinario tiene consuetudinariamente establecido. Pecó el criterio oficial de la Academia contra este principio indiscutible, y de ahí que hasta los mismos académicos vivan desautorizando sus dictados.

Continuemos el estudio de los pronombres y de los artículos.



Construcción de una vía férrea sobre el hielo, en el Lago Baikal



Desembarco de tropas japonesas en Chemulpo



El General Kuropatkin y el Almirante Makharoff

DECADENCIA (1)

(Para EL COJO ILUSTRADO.)

Aquella vieja nobleza de Francia que miraba desdeñosamente ayer por sobre el pavés de sus armas á las nuevas aristocracias sin blason y sin historia, también sabe de genuflexiones y sonrisas de pacto; también cede y se pone al nivel de las intrusas, ó se inclina aún más y pone á precio su heráldica. . . .

Así al menos se desprende de las tremendas y repetidas acusaciones que, para regocijo de esponjadas burguesías formulan contra la nobleza, en libros, en dramas, en revistas y en crónicas lapidarias, los escritores contemporáneos.

Ya se sospechaba de la vieja sociedad, cerrada, limitada, circunscripta al *faubourg*; ya se le había sorprendido mirando, escudriñando desde las torres de sus castillos de provincia el dorado horizonte de Judea. ¡Descubrimiento doloroso y horrible! Antes de encanallarse la aristocracia antigua ha debido perecer bajo los carcomidos muros de sus palacios, bajo sus simbólicos plafones, bajo sus gobelinos, bajo los históricos cuarteles, prestigio y ornato de sus escudos. . . . Falta tan grande de valor moral, indigna de majestáticas descendencias, da—según el intelectualismo bravío—sobrado derecho para el flagelo.

Acrecido el celo atáxico por hervores crecientes de partidatismo y secta, extrémase hasta el punto de proclamar por lícito todo atre-

(1) Con el presente título ha llevado á la escena de Vaudeville Mr. Albert Guinon un drama desolador, de crítica implacable y un tanto odiosa contra los nobles que se venden y los israelitas que los compran. Prescindiendo de su argumento, me valgo de su título para desenvolver mis ideas á propósito de estos problemas ya planteados con menos acritud por otros autores franceses.—N. del A.

vimiento, venciendo todo escúpulo y entrando de lleno en el análisis de esa sociedad que temerosa de la ruina contemporiza y acepta la alianza de la adinerada judería. Ese mismo celo exáltase aún más al tocar el registro semítico y conviértese en odio implacable, provocador de pasiones y despertador de enconos. Pero la paciente mesnada no protesta; su fuerza está en el fondo de su silencio. Mientras más la amenazan y maldicen más profundo es su mutismo y más piedad acaso inspire al universo.

Sórdido y sin pudor el judaísmo, habituado ya á la fusta de los intelectuales inclementes, sufre á su vez con resignación de sin igual falsía, aquella agresión que enderezada á la nobleza le toca de rechazo; y en ocasiones de tan malísima manera, que dejando ilesa á la aliada lo hiere á él, no ya superficialmente en su fortuna, sino muy hondamente en su decoro y muy profundamente en el sagrado de su honor.

Tal, en la discutida obra de Guinon, el honor de un joven hebreo que compra las deudas de un duque, valor de la mano de la hija, se pone á prueba cruelmente: se le avergüenza en un salón, se le crucifica al salir de él; se le despoja de sus derechos de señor; se le hace entrar, en fin, una noche al cuarto donde su mujer está en brazos de un amante, y no para hacer que cobre en sangre su deshonra, sino para empujarlo y verlo cómo cae de rodillas á los piés de la esposa indigna, llorando como un niño, llorando y rogándole que vuelva al hogar, al palacio de los suyos, al seno de la familia que no sabe ni sabrá jamás de su traición.

A semejanza de esta escena de estigma son las historias y las sátiras todas que se zurcen en París á propósito del semitismo reinante en la Banca, en la Bolsa, en las Minas, en donde quiera que el oro iriza y paramenta la embozzada ola de los negocios.

Al judío no se odia en Francia por el delito de ser rico: se le odia porque es un dominador silencioso, egoísta, falso, pacientísimo, tenacísimo, capaz de todas las humillaciones para llegar al fin que se propone. A su aspecto de hombre sombrío, con su nariz infalsificable y sus diminutos ojos de desconfiado, se deba acaso que la literatura francesa con ser la más flexible y adaptable al regocijo, no acierte á darle aspecto cómico sino de ridiculidad trágica en toda ocasión.

Siempre salió de ella mal trecho el triste hebreo y tal vez si merezca su desgracia.

Porque el judío no tiene más que un talento: el del tráfico. El judío no es inventor, el judío no es sabio, no es artista, no es poeta. ¡No puede ser poeta quien cree que el amor es una mercancía con la cual se puede especular! Y sobre todo eso, para emparentar con cierta gente y contrapesar su distinción, al judío le

falta una virtud: el ingenio; arte de almas finas que no se adquiere con el hábito ni se compra con el oro mejor templado, como no se adquiere ni se compra el garbo, ni el *chic*, ni el tacto social, ni el *brummelismo*; ni el aire cyranesco, revelador de aventuras y heroísmos. Esto le falta á esa raza y se ajusta en cambio á la nobleza.

Ya un autor francés de irreprochable mundanismo refería en uno de sus libros cómo la nobleza verdadera se vengaba de alianzas que le impusiera el judaísmo con frases afiladas que éste, en su azoramiento, no sabía devolver. De esta suerte una marquesa de luminosa estirpe á quien preguntaron á sabiendas, si su yerno, que acababa de presentarse en el salón, era el arrendador de sus tierras, exclamó con ingenua y melosa voz de colegiala:—«A mis tierras por viejas hay que abonarlas de tiempo en tiempo con estiércol nuevo.»

Pero no es bajo ese estiércol que germina siempre la decadencia de la aristocracia.

Desde esos antiguos nobles arruinados que cuelgan sus armas heridas por la herrumbre en descoloridas panoplias, y se enorgullecen de los apolillados pergaminos que duermen su vejez de siglos en oscuros armarios, y de la tradición de sus mayores que no transigían ni admitían mezcolanzas con familias en cuya heráldica faltasen magnas y gloriosísimas proezas, hasta estotra nobleza nuevecita del imperio napoleónico, con ducados y condados que provocaron sonrisas cortantes en el histórico *faubourg*, cuando el *faubourg* aún estaba incontaminado, todos ó casi todos, con singularísimas excepciones, han hecho ya antesala en los Ministerios, en solicitud de una firma, de un privilegio, de una pretensión cualquiera.

No se va á los bailes del Eliseo, pero se va al Ayuntamiento á exigir en nombre del abolengo, del pergamino y de la corona, lo que acaso no se conceda por sus méritos á un simple ciudadano. *Tout le monde veut quelque chose n'importe qui*—dice en *Les Affaires* un valiente personaje de Mirbeau, refiriéndose á las aristocracias que abominan de la República y se sirven de ella para alcanzar favores que no se conceden al pueblo.

Singular manera esta de ejercer *l'égalité!*

Todo ese noble mundo, todo ese foldelizado, perfumado y blasonado mundo que quiere cualquier cosa, lo obtiene al punto con solo tender su ducal mano enguantada á quien lo pida. Se atiende al título, se da el obligado *coup de chapeau* al escudo cuando se cierra la portezuela y parte el coche del marqués, del conde, del barón; se siente regocijo en servirlo, en pronunciar el nombre titulado y sonoro. . . . Especialmente los ujieres, estos ujieres, cuyos abuelos fueron de aquellos que echaron abajo la Bastilla, son los primeros que se atolondran y atropellan al ver entrar un noble en las oficinas del Estado; porque en el fondo, toda esa gente, toda es monárquica. Padece de nostalgia de penachos, de libreas, de ceremonias espléndidas con tricornos y gorgueras principescas, con fajas y espadines y reverencias y diademas y marchas reales y carrozas de oro y nácar á la puerta de los palacios.

Y eso lo sabe la nobleza y se aprovecha de ello haciéndose respetar por los de abajo y favorecer por los de arriba. Es una institución que goza aún de privilegios de fascinación en plena democracia. Una buena parte de la burguesía la odia, porque no sabe llevar como ella el regio traje de ceremonia; pero otra buena parte, la formidable, la ambiciosa, la absorbente, aquella en donde señorean los reyes de la especulación y del negocio le pertenece por entero. La aristocracia hace su genuflexión, su reverencia sonriendo irónicamente, y condicionalmente acepta la mano de oro que se le tiende, porque necesita sostener su rango, su fastuosidad, sus desprendimientos señoriles; las carreras, los *vernissages*, los bazares de caridad, los concursos hípicas, las exposiciones, los bailes, los trenes lujosos, la servidumbre, en fin. . . .

Signo de decadencia será todo eso; pero fuerza es convenir en que la decadencia le viene á maravilla á la nobleza; como le viene admirablemente á un poeta romántico la palidez, las ojeras y los cabellos ensortijados. Y aun no estando en lo cierto, convengamos, en justicia, que el mal no es exclusivo de la aristocracia. Herida del mismo mal está esa sociedad intitulada y holgada que, por hallarse en la cúspide de la fortuna gasta más orgullo, más vanidad y más pretensiones que la misma nobleza.

Y debajo de esa sociedad, debajo de su opulencia, debajo de su cursilería «exhibicionista,» hay otra sociedad de oropel, de quiero y no puedo, preterida de la suerte, que sin medio para sostener el lujo que ostenta, vive de trampa y de mentira resuelta siempre á toda audacia para satisfacer vicios, caprichos y placeres á costa de todo el mundo.

Mucho más digna, muchísimo más merecedora de censura es la decadencia de estos seres ajenos á la gran disciplina de la realidad, que la de esa aristocracia flagelada, cuyo señorío, cuya belleza, cuyo esplendor deslumbran todavía á la República, halagando de paso sus oídos con las sonoridades de sus nombres mezclados á las relaciones de su historia.

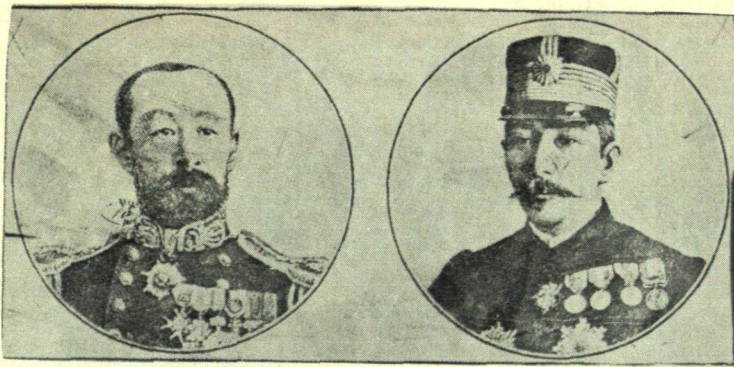
MIGUEL-EDUARDO PARDO.

EL REY BEBE

(Versión de EL COJO ILUSTRADO)

Tengo á la vista un excelente grabado de Hrüeger, que reproduce con exactitud completa, la obra maestra de Jordaens, *El Rey bebe*, con que se enorgullece nuestro Louvre.

Véanse reunidos al rededor de una mesa, una porción de alegres Flamencos, que celebran la Epifanía, ó sea, la fiesta de Reyes. En aquel momento la Haba ha designado al monarca. (1) Es este un viejo de barbas blancas, sentado en enorme sillón, y coronado, por supuesto. Con el vaso en la mano y encendida la mira-



El Almirante japonés Togo y el Mariscal Conde de Nozou

da por las libaciones precedentes, impera con una filosofía sin inquietudes; y tan feliz se encuentra, que evidentemente está diciendo:

—Si en vez de ser un rey de la Haba, fuera yo un rey consagrado, este licor divino del Rheingan en que rebosa mi copa, no sería más dulce á mi paladar ni más férvido á mi corazón.

En torno á tan sabio soberano, estalla la alegría. Todo el mundo grita, canta, y especialmente, apura la copa. Hacia arriba, vése á un joven copero que escancia un hilo de oro líquido, á un segundo viejo cuya fisonomía tiene toda la apariencia de un ramillete de peonías. Otro compadre, con gorrete de payaso, ofrece su copa á una hermosa Flamenca, rubia como la cerveza. Otro joven, que acaba de empinarse una buena dosis en jarro de estaño, grita á todo pulmón: «*El rey bebe!*» Una muchacha, á la que parece que el vino le ha trastornado un tanto la cabeza, estira su vaso y lanza á los espectadores una mirada picarezca. ¡Felices gentes! ¡Felices! Sus alegrías no tienen término, porque la saciedad no ha hallado el camino de su festín. Y como aún han hambre, y aún han sed, la sirvienta que trae un nuevo plato, (que nos parece llegar á oler,) será muy bien acogida.

He visto en mi juventud, en nuestros campos normandos, cuadros vivos, de carne y hueso, exactamente iguales á aquella bella composición artística. La sidra hacía las veces del Rheingan; y si por lo común, había en los rostros menos contento y más malicia, no obstante eso, la fiesta conservaba siempre ese carácter de sencillez de otros tiempos, que tanto la hace amable; conservaba ese cierto derroche de glotonería, no exento de místico perfume.

Por pesada que fuese la galleta; por brutal que se manifestase el deseo por el cuello de las dama-juanas, había un minuto de recogimiento un tanto tímido, cuando, de repente, tocaban á la puerta manos suaves, y voces infantiles, gangosas, monótonas, cantaban, de noche:

Je suis d'un pays étrange
Venu dan ces lieux
Pour vous faire la demande
De la part à Dieu. (1)

Llevaban aquellos pequeñitos peregrinos, farolillos puestos en el extremo de sus bastones; eran sus rostros coloraditos, y tenían las manecitas frías como granizos. En esto, se levantaba el Rey de la haba; y personalmente, aunque con tambaleante paso, les llevaba él mismo la parte de la Providencia, esto es, la parte de los Magos.

**

Ahora, ¿por qué tal haba en esos pasteles mágicos?

Bien sorprendidos habrían quedado aquellos buenos Normandos, si se les hubiera dicho, que con aquello celebraban un misterio, en el que parecían confundirse todas las antiguas religiones de los hombres.—¡Cómo se habrían extrañado al saber, que ellos ponían una haba en su mazapán, porque el inmemorial Egipto había considerado,—con sacro respeto,—las manchitas negras que salpican los pétalos de la flor de la haba, como emblemas de la Muerte; y había creído que, acaso, las almas de los difuntos se refugiaban en las cáscaras del Nelumbo! No tenían ni idea remota que la haba de su manjar, se había iniciado en los Grandes Misterios de Eleusis. No sabían que Pitágoras la había prohibido á sus discípulos, como si fuera algo así como hostia que encerrase un misterio divino; ni en fin, que Aristóteles había expuesto la positiva razón, indudablemente, de por qué se esconde ese grano en el pastel de la fiesta de los Reyes, cuando dice que en su tiempo, en muchas ciudades, disponía un uso arcaico que la haba sirviera como papeleta de votos en la elección de los más eminentes magistrados de la ciudad.

No puedo menos, que decir, que me agradan esas tendencias de la gente de campo, sobre manera; y me lo explico en el hecho constante de que no destruyen lo que no comprenden. No ponen nada de su cuenta para sustituir las tradiciones oscuras; y es así como, inconscientes y sencillos, transmiten á través de los siglos los antiguos símbolos, y estrechan los hombres de hoy con los que fueron de otras épocas.

HUGUES LE ROUX.

(1) *Roi de la fête*, rey de la haba. Es la persona á quien le toca, ó á quien le cae la haba, que se esconde, generalmente, en un pastel hecho de almendras piladas y azúcar, y de los cuales se hacen muchos y se distribuyen entre las familias, para regocijos domésticos. Es diversión muy simpática.

(1) Somos de tierra extranjera
Venidos con grande urgencia,
A pedir de esta manera
La parte de la Providencia.



ANTE EL MISTERIO



RUBEN DARIO

A ROOSEVELT



oy á ver si consigo restablecer la fisonomía interna de aquella mujer que tanta influencia ha ejercido en mi vida—nos dijo Germán, arrellanándose en la

butaca—. Acabábamos de cenar. Nuestra cena había sido lúgubre, porque fuera la lluvia se fundía en humedades lacrimosas con la tierra, y dentro parece como que espesaba la atmósfera, al modo de un gas muy acre. Latinos del Mediterráneo, no acertábamos á ver en la lluvia sino la condensación visible del llanto universal, del viejo y eterno luto humano...

—Por lo pronto, yo quiero dejar dicho que no conozco nada tan complicado como las almas sencillas. ¿Paradoja? Si Pascal resucitara, pero ¿cómo? ¡completamente vivo, respirando y de pie entre nosotros, con sus grandes ojos, sondeadores del Misterio, abiertos de par en par ante la vida! yo creo empresa fácil, á la medida de un patán, engañarlo en todo, digo que en todo, cuantas veces nos viniera en antojo. No penséis lo mismo del patán. A ese no lo engaña sino el Cielo á lo sumo, algunas veces, cuando no quiere ayudar al esplendor de la cosecha y se manifiesta en iras...

Hizo nuestro amigo una sabia pausa, que llenó el silencio de pensamientos, y prosiguió:

—La superficie moral del hombre superior es toda en extensión, la del hombre ordinario es toda en hondura. Victor Hugo es un vasto continente; Juan de las Viñas, una sima. Son pozos, son cisternas, os digo, las almas de esos hombres inferiores... Una mujer de mundo emplea menos remilgos en entregarse que una lugareña. Un viajero de las inmensidades morales no tiene gusto ni tiempo que dedicar á los fétidos escondrijos de la ciudad. Preguntadle por los tremendos coeficientes del álgebra vital, y seguramente escucharéis una respuesta; pero creed que no se le ocurrirá inquirir los secretos que guardan vuestros bolsillos. Y así, con una luz en mitad de la frente y deslumbrados por la misma claridad que proyectan, son más propicias víctimas del dolo, de la traición y de la falacia que todos los demás seres de la fauna humana, con los que no tienen, por lo demás, otra analogía que la de las apariencias anatómicas.

Otro silencio, otra pausa y el rápido galopar de nuestras interrogaciones imprecisas hacia el verbo que, como una llave, abre los secretos del pensamiento...

—Conocí á aquella mujer hace trece años, casi día por día, en una calle cualquiera de una ciudad sin par en el mundo, fuera de España, y cuyo nombre no hace al caso... La mujer era sana y fuerte y tenía un dulce mirar en línea recta, completamente azul, que era, en

la vida de relación que yo le propuse, como un contrato firmado con estampilla imperial, de inmortales desposorios. Ya barruntaréis que hablo de la madre de mi hija, la glácil criatura blonda y rosa que con sus encantos me hizo tantas veces creer un jardín la vida... Aquella mujer, cuya sola fortuna dotal era la amplia mirada color de cielo, llegó á inspirarme una amistad serena, amable y misericordiosa. La asocié á mi vida, vida triste de eterno expatriado y de lamentable extemporáneo, y la asocié á mi alma. Yo quise ser, y lo fui, para mi compañera, como un hombre de cristal, como un sér hecho todo de transparencias, hialino, igual que la linfa de un lago en una visión de ensueño. Mi mujer me fue opaca. ¡Ah, ese suplicio inenarrable, casi fantástico, de compartir el tálamo, y el yantar, y las penas, y los goces de la vida, con una esfinge, yo lo he sufrido todos los días, todos los minutos del día, durante una eternidad de trece años! Me había unido á una mujer de piedra. ¿Comprendéis al fin? Y cuando, loco de curiosidad y de impotencia, hurgaba á la esfinge, con la rudeza de mi gran dolor sentido, por ver si de sus flancos brotaba al fin sangre, ¡ah, no!, la mujer seca, seca é impenetrable, no respondía á mis interrogaciones desesperadas con un latido más de su corazón, con una palpitación más de su carne, sino con una guturación sibilina... como eso como lo que era, como una esfinge de la antigüedad plantada en un desierto africano mejor que en la apolina Delos...

Calló el narrador, callamos todos. La lluvia se oía como un lamento, y á pesar del gran foco de luz que ardía en el techo, la obscuridad, una obscuridad que no puede mentarse sin que al punto nos asalten ideas de matanza, de inanidad y de tedio, iba invadiéndonos por momentos. El gato negro de Edgardo Poe lanzó su maullido, mensajero de desastres... Sin trémolos, impersonalmente, la voz continuó:

—Me fué opaca la mujer. Nunca supe nada de lo que pasaba en su cuerpo, de piel para adentro... Yo conocía sus ojos, sus bellos ojos creadores del azul, y su nariz, cuyas transparentes aletas palpaban al recuerdo de las gomas y de las flores, y su boca, rosado asilo de la doblez y el fraude, y su vientre, hermosa bóveda de donde el vivir surgía, y sus pies, blancos y azoradizos como dos alas de paloma ¡pero no conocía su alma! ¡Que no se me hubiera mostrado una vez siquiera, para adorarla, quizás, toda la vida!... Pero ahora pienso (y esto lo dijo ya Germán de pie y riendo, riendo como no se oye reír sino en los manicmios en ciertos días de agitación atmosférica), ahora pienso que aquella mujer, así como hay ciegos, como hay paralíticos y tullidos, carecía de alma; que era el animal puramente plástico, todo instintos. Era, sí, también, y si queréis, un ofrecimiento, una promesa de hogar y de nido; pero todo baluartes y aspilleras y defensas... ¡cosa más sencilla que una vivienda, que un habitáculo humano! Sólo que, ¿cómo hablar de una casa cuyo interior es impenetrable? Por eso dije al principio que no conozco nada tan complicado como las almas sencillas. Y quiero añadir ahora que ni tan hermético tampoco.

ALEJANDRO SAWA.

Es con voz de la Biblia, ó verso de Walt Whitman,
Que habría que llegar hasta tí, Cazador!
Primitivo y moderno, sencillo y complicado,
Con un algo de Washington y cuatro de Nemrod!

Eres los Estados Unidos,
Eres el futuro invasor
De la América ingenua que tiene sangre indígena,
Que aún reza á Jesucristo y aún habla en español!

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
Eres culto, eres hábil; te opones á Tolstoy.
Y domando caballos, ó asesinando tigres,
Eres un Alejandro Nabucodonosor,
(Eres un Profesor de Energía
Como dicen los Locos de Hoy).

Crees que la vida es incendio,
Que el progreso es erupción;
Que en donde pones la bala
El porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
Que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis se oye como el rugir del león.
Ya Hugo á Grant lo dijo: Las estrellas son vuestras.
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol
Y la estrella chilena se levanta.....) Sois ricos.
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón:
Y alumbrando el camino de la fácil conquista
La Libertad levanta su antorcha en New York.

Mas la América nuestra que tenía poetas
Desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
Que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco
Que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
Que consultó los astros, que conoció la Atlántida
Cuyo nombre nos llega resonando en Platón.
Que desde los remotos momentos de su vida
Vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
La América del grande Moctezuma, del Inca,
La América fragante de Cristóbal Colón,
La América Católica, la América Española,
La América en que dijo el noble Guatemoc:
"Yo no estoy en un lecho de rosas;" esa América
Que tiembla de huracanes y que vive de amor;
Hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive,
Y sueña. Y ama y vibra; y es la Hija del Sol.
Tened cuidado. Vive la América Española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaria, Roosevelt, ser por Dios mismo,
El Riflero terrible y el fuerte Cazador,
Para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: Dios!

Málaga, 1904.



JARDIN GALANTE

Esta noche los jardines
tienen plata y seda, en una
luz de fiesta; los violines
se han prendado de la luna.

Hay una voz: «Trovadores,
en esta fiesta de amor,
se van á rifar las flores
de estos dos labios en flor.»

Y de la sombra ha surgido
una novia alegre y loca,
que trae un beso escondido
en la rosa de su boca.

... Yerra en la doliente brisa
un fresco olor de reseda.
se va á rifar su sonrisa...
Bajo la negra arboleda
se va á rifar su sonrisa.

Dicen que por sus antojos
hay alguien que mata estrellas;
yo he preferido sus ojos
á la carne de cien bellas;

pero tiene sus mejillas
incendiadas como soles,
á las luces amarillas
de los rizados faroles;

—yo amo carne de azucenas,
carne de nardos, más bien
que carne de sol; mis penas
son penas blancas también;—

y como la luna está
tan blanca sobre la vida,
mi alma tranquila se va
por la vereda dormida...

Los senderos son de plata,
están despiertas las fuentes...
—La nostálgica sonata
de los violines dolientes,

y las risas y los ojos
y algún beso... todo queda
allá lejos, en los rojos
incendios de la arboleda.—

Mi frente se ha serenado
al sentir sólo esta lumbre
de plata, que me ha inundado
de bien y de mansedumbre;

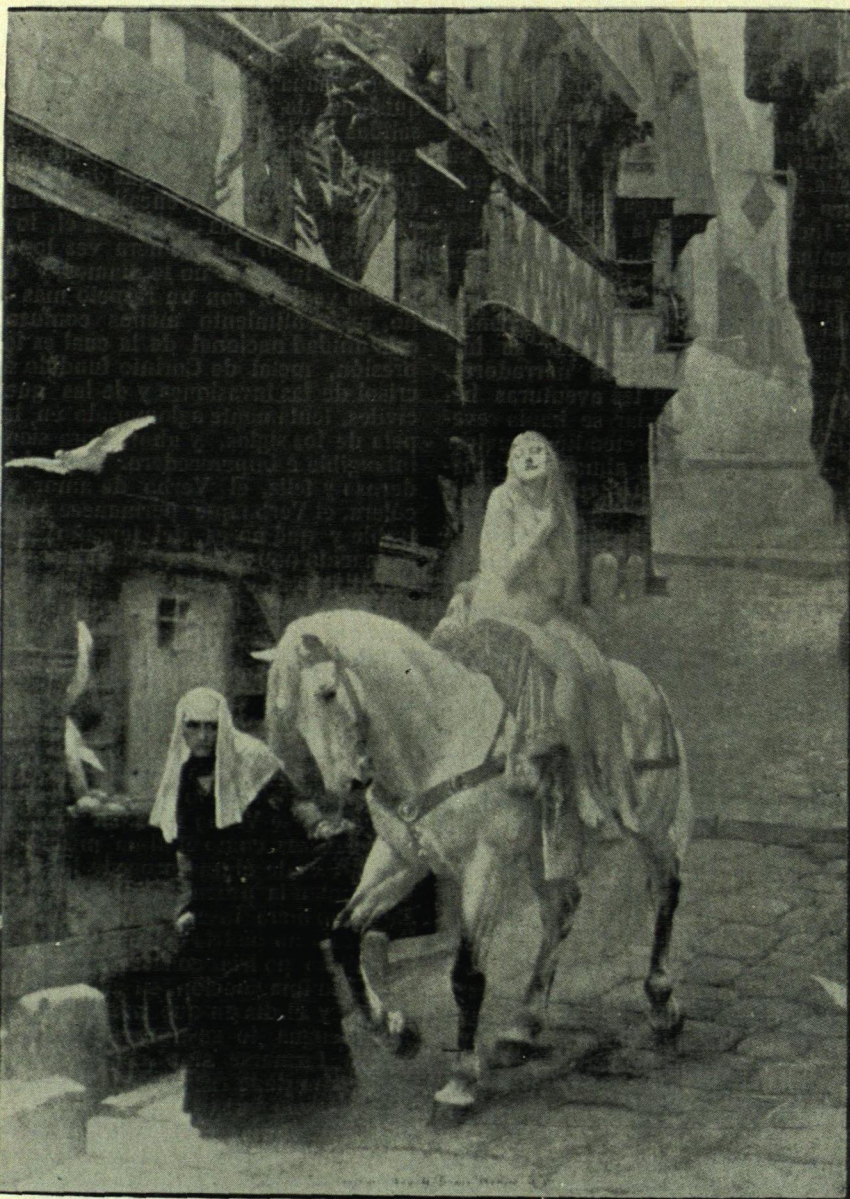
pues se creyera que el cielo
deja llover un frescor
de paz, un tibio consuelo
de luz de estrella y de flor....

En esta divina calma
de las sendas, he sentido
que despertaba en mi alma
algún recuerdo dormido....

... Yo soñaba... y ya moría
la luna triste y de oro...
De algún trovador sería
el beso alegre y sonoro....

Hubo rostros amarillos
por la sombra del jardín...
Sólo, á la luna, un violín
lloraba sus estribillos
en la fiesta del jardín.

JUAN R. JIMÉNEZ.



Lady Godiva sale á caballo por la ciudad.—Cuadro, de Jules Lefebvre

DE LA PRENSA UNIVERSAL

EN LA ACADEMIA FRANCESA

M. Federico Masson ha sido electo por la Academia francesa para ocupar el sillón vacante por la muerte de M. Gaston Paris. En la sesión en que fue recibido, pronunció un discurso notabilísimo por la solidez de su esencia como por la belleza de su forma, y del cual extractamos los párrafos siguientes:

«Hablada, la lengua de un pueblo es su vida misma; escrita, es su inmortalidad. Es preciso rodear esa lengua de un respeto religioso, proteger sus formas, custodiar su genio: ese culto debe confiarse á los escritores, que son los mejor instruidos en él, á los hombres que por su talento y por su carácter, están colocados por encima de los accidentes del éxito, á fin de que opongan una sólida barrera á los entusiasmos momentáneos, á los gustos vulgares, á las modas extrañas, y mantengan firme-

mente la tradición nacional.» «M. Gaston Paris representaba entre vosotros la tradición misma de la lengua: os aportaba constantemente su historia; instruido de todas las modificaciones que habían sufrido las palabras en el correr de los siglos, poseía como extraída, para ofrecéroslo, su preciosa esencia. Por el estudio de la lengua, fue un jefe de escuela; por la actividad que desplegó para restaurar sus monumentos originales, por la profundidad y la seguridad de su crítica, por la madurez de sus conclusiones, se constituyó maestro en una ciencia nueva, y, simultáneamente, por la influencia que han ejercido su palabra y sus escritos, hizo renacer para la Francia la gloria integral de una literatura que los franceses parecían ignorar.» «Cerca de un padre cuya vida en ese punto estuvo hecha de trabajo y cuyo trabajo fue su único solaz, crecido dentro de aquella biblioteca que le proponía sin cesar el enigma de sus anaqueles, ofreciendo á su creciente curiosidad el testimonio ina-

gotable de la experiencia secular, M. Gaston Paris fue educado para amar los libros como debe amarse para ser correspondido por ellos. Adquirió, con su diario manejo, el dón de saber ponerlos á su servicio, esa especie de instinto que, en la hora oportuna, hace abrirlos por la página que se desea, para encontrar y compulsar el dato que se necesita.» «No es el único servicio que vuestro eminente colega hizo á la nación: inclinado sobre la epopeya, había determinado su génesis, había restablecido sus facies, había reconstituido su desarrollo. En las de los juglares había discernido los acentos, las formas, las palabras mismas de que se habian servido los primitivos narradores, testigos y actores en las aventuras heroicas; el alma popular se había revelado allí ante él, y pretendió penetrar aún más en ella. Esa alma fue arrullada por cantares y relatos que la tradición ha transmitido de edad en edad, y que, en su secular fragilidad, traen á nuestros oídos el eco lejano de las voces ancestrales. Esos cantos desaparecían poco á poco de las memorias olvidadizas y desdeñosas, proscritos por los insípidos refranes que el prestigio de la gran ciudad paramenta de agudeza y de celebridad: era tiempo de recogerlos, si no se quería que perecieran para siempre. M. Gaston Paris se consagró á ello, con el ardor y el método que ponía en todo. Bajo su mano directriz, el folklore llegó á ser un nuevo ramo de estudio. De cabaña en cabaña, peregrinos cuya vocación había inspirado, fueron interrogando, sugiriendo, oyendo á los ancianos, sobre todo á los solitarios, á los que, por obligación ó por desidia, condenados á vivir en presencia de sí mismos, les gusta oír su propia voz y que, pobres de suficiente ingenio para inventar las palabras que amarian, evocan las que oyeron en su infancia, las cuales se estreman y resucitan en sus memorias adormecidas, en cadencias familiares. También la palabra, el vocablo, posee una belleza que le pertenece, y nadie supo comprenderla mejor que vuestro colega: el vocablo tiene un encanto y una música, que nos seduce y nos conmueve; nos cautiva por sus asonancias; nos arrastra cuando, sabiamente gobernado, suena en los periodos, flama como una bandera, ó escandece como una chispa; presenta una fisonomía suya; es feo ó hermoso, espiritual ó idiota, grandioso ó mezquino, raro ó vulgar; gusta ó repugna, no por lo que representa, sino por la combinación de las sílabas que lo forman; puede no tener sentido y seguir, sin embargo, siendo útil al lenguaje, necesario á la elocuencia, indispensable á la poesía. ¿Por qué? Porque la palabra tiene un alma; porque la casualidad no es la que ha juntado los sonidos; porque, misteriosamente, tan distante y tan próximo á la par, es carne de nuestra carne y vestido secular del pensamiento. Una palabra, pronunciada por nuestros abuelos, y que á nuestros ojos no ofrece imagen alguna, evoca, empero, en nosotros algo familiar, como la suavidad inarticulada de voces queridas para siempre extintas. Ese Verbo, cuya alma latente sentimos confusamente, M. Paris nos enseñó á amar lo más, á gustar oírlo y á pronunciarlo con un placer más vivo. Con él hemos errado por las selvas célticas y, para

beber el Verbo, nos hemos inclinado sobre las fuentes escondidas bajo grutas silenciosas; con él, hemos exhumado de los palacios sepultos y de los anfiteatros desmoronados, vestigios de la grandeza romana; con él, lo hemos reconquistado de las turbas nómades, que salidas de inciertas Germanias, hicieron rodar sus carretes sobre nuestro suelo, de piratas aventureros que de brumosas Escandias vinieron á encallar sus barcos en nuestras costas; gracias á él, lo hemos oído por la primera vez los que desde la infancia no le oíamos, y de él nos ha venido, con un respeto más tierno, un sentimiento menos confuso de esta unidad nacional de la cual es la expresión, metal de Corinto fundido en el crisol de las invasiones y de las guerras civiles, lentamente aglomerado en la copela de los siglos, y ahora para siempre intangible é imperecedero. El Verbo poderoso y feliz, el Verbo de amor y de cólera, el Verbo que permanece impenetrable y que no es del terruño, que no ha nacido nativo, como dicen las gentes sencillas; el Verbo con el cual, como con su leche, han amamantado las nodrizas del país de Francia á los recién nacidos; el Verbo dos veces sacro, porque es la palabra de nuestros padres para nosotros viviente y será nuestra palabra viviente para nuestros nietos; el Verbo que como una antorcha divina hemos recibido de las generaciones pasadas para entregarlo á las futuras generaciones, ese Verbo flota por sobre nuestras cabezas como el alma misma de la Patria; es de él que procede la unidad, es él quien la procura y la realiza; y es de tal manera inseparable de la nación, que ésta no podría existir sin él, porque sin él no podría conservar su mentalidad, su imaginación, su alegría, su espíritu, y el día en que pereciera, en que otra lengua lo sustituyese, ésta no lograría formarse sino con las virtudes esenciales de la raza y con las formas de su inteligencia.»

A este brillante discurso contestó M. Brunetière, y de él son los párrafos siguientes: «En la galería de vuestras obras me atrae otra figura irresistible, que no me permite hacerla esperar, porque si ello no es del agrado de los reyes, lo es mucho menos, del de los emperadores! Sois el historiador de Napoleón, no el Napoleón de la leyenda, no el de la historia oficial, menos aún el de los panfletos que se dicen liberales: vuestro Napoleón no es el mío, quizá tampoco el vuestro, pero es el verdadero Napoleón.» «Habéis escrito también todo un volumen sobre *Josefina de Beauharnais*: ¿no le podría servir de introducción la página que vais á oír? La criolla es una naturaleza aparte, que tiene de Europa la inteligencia, de los trópicos la violencia ilógica de sus pasiones, de la India la indiferencia apática con la cual sufre igualmente el bien y el mal. Naturaleza llena de gracia, por lo demás, pero peligrosa como un niño sin vigilancia. Como el niño, esa mujer quiere tenerlo todo inmediatamente; como el niño, pondría fuego á la casa para cocer un huevo. En su vida muelle no piensa en nada: piensa en todo cuando está apasionada. Tiene algo de la perfidia de los negros de que se ha visto rodeada en la cuna; pero es tan cándida como ellos, sabe siempre querer la misma cosa con una creciente intensidad de deseo y sabe

ingeniarse para conseguirlo. Es una página del *Contrato de matrimonio*. Muchas otras de igual naturaleza me sería fácil citarlas, tomadas de libros clásicos que respiran el mismo sentimiento de la historia en la cual queréis que se oigan «gritos de amor y rugidos de dolor.» «Gracias á vos, ya sabemos cómo se ha formado Napoleón. Primero nos habéis mostrado en él la profundidad de la huella nativa, y habéis puesto á la luz el rasgo original de ella, distintivo y persistente. Ya no se nos podrá hablar más de Sigismando Malatesta, ni de Cas-truccio Castracani. El hijo de los Bonapartes y de los Ramolino, el discípulo de Autun y de Brienne es corso; es de «una sociedad en la que la idea de familia es superior á cualquiera otra concepción social y gubernamental, tan arraigada en él, que en ella encuentro todas sus leyes, que es la base de todas sus empresas, y la justificación de todas sus aventuras.» De esa sociedad ha salido Napoleón, más que ninguno de sus hermanos y hermanas. «Soberanía del jefe de la familia, solidaridad entera de los miembros de la familia; toda idea de justicia, toda noción del bien general, subordinadas al interés ó al provecho de la familia:» ese el primer fondo, la base cuasi física, el relieve original de ese carácter de niño. A él vendrán á agregarse otros rasgos más tarde, y lo cubrirán por completo, pero no lo modificarán. La experiencia de la vida, el estudio, la reflexión personal producirán su efecto habitual, que es adaptar la juventud al «medio,» plegarla á las circunstancias, obligarla al empleo de medios que crea propios para «resultar.» Creatura de Robespierre el joven, su orgullo no impedirá al vencedor en Tolón hacer la corte á Barras, á Fréron. Será, puesto que es preciso, «el general Vendimiario.» Sus preocupaciones se desentienden de los asuntos de su isla. En los «papeles» de él que habéis publicado, señor, con el título de *Napoleón desconocido* y que son un testimonio de su prodigiosa labor, —son la conquista de Italia!—vemos su espíritu abrirse á nuevas ideas y anunciarse ya su genio. Pero, siempre y en donde quiera, vémosle no solamente «llevar,» sino, si me es permitida la osadía de la expresión, «arrastrar» á su familia en pos de sí.» «¿Qué sentimientos experimenta por los suyos, por su madre, por su hermano cual, por su hermana tal?» No lo sabe, apenas lo sabría, pero todos en conjunto son la «familia.» «He enviado á la familia sesenta mil francos, asignados, plata. . . . No le falta nada,» escribe al día siguiente de Vendimiario; y días más tarde: «es posible que haga venir la familia á Paris. . . .» Y mientras llega la familia, recomiendo José á Barras para Cónsul, á Luciano lo hace nombrar comisario de guerra, á Luis lo llama á su lado como edecán, á Gerónimo lo coloca en el colegio de Juilly. Más luego, casará á sus hermanas. Casará también, cuando sea la oportunidad, á los cuñados de sus hermanas. Es su deber, tal como él lo concibe, si es que ya no es un placer que un Bonaparte «resulte.» El interés de la familia, la fortuna de la familia, el progreso de la familia, es su obligación primordial! No lo es menos respetar sus prejuicios, sus prevenciones y sus antipatías; y, sin duda, hé aquí por qué, el 9 de ventoso

del año IV, ni madre, ni hermanas, ni hermanos, ni nadie de la «familia» se encuentra en París. Es porque, efectivamente, ese día, el general en jefe del ejército del Interior, nombrado comandante en jefe del ejército de Italia, ha provocado el reproche de los Bonaparte, casándose con María Josefa Rosa de Tascher de la Pagerie, vizcondesa de Beauharnais.» «En vuestros libros sobre ella, sobre Josefina emperatriz y reina, sobre Josefina repudiada, se ve con qué pasión fogosa, exigente y ávida, el joven general del ejército de Italia, entre dos victorias, de nombre sonoro y retumbante, ha amado á la criolla indolente, que se aburría un poco de ser amada de aquella manera; se ve al ciudadano Primer Cónsul, en las reuniones oficiales del Luxemburgo, ó en la intimidad de la Malmaison, asociando á su fortuna, á sus honores, á su gloria, á sus proyectos de reconciliación de la nueva y de la antigua Francia, á la que todavía no es sino la generala Bonaparte, pero á quien más tarde, Emperatriz, rodeará de un lujo, de un aparato, de un esplendor,—y de una complacencia,—en los que las prescripciones de la etiqueta dejarán pasar algunas trazas del antiguo amor. Y, cuando de ese amor, el amo de la Europa y del mundo crea que no subsiste sino el recuerdo ó el hábito, cuando comience á pensar en el divorcio, cuando solicite ya al heredero que ha de afianzar su alianza sobre el trono, sois vos, señor, quien nos habéis dicho «los combates que riñeron su política y su pasión y cuán poderosa fue ésta, puesto que contuvo á aquella durante tres años.» Los que pretenden saberlo todo en historia, pretenderán también que á este respecto no les habéis enseñado nada? Se equivocan. Les habéis enseñado que Napoleón fue un hombre y que, antes de inmovilizarse en la rigidez del bronce ó en la frialdad del mármol, ese hombre fue de carne. Es lo que generalmente no se nos refiere en las historias.»

LA COREA

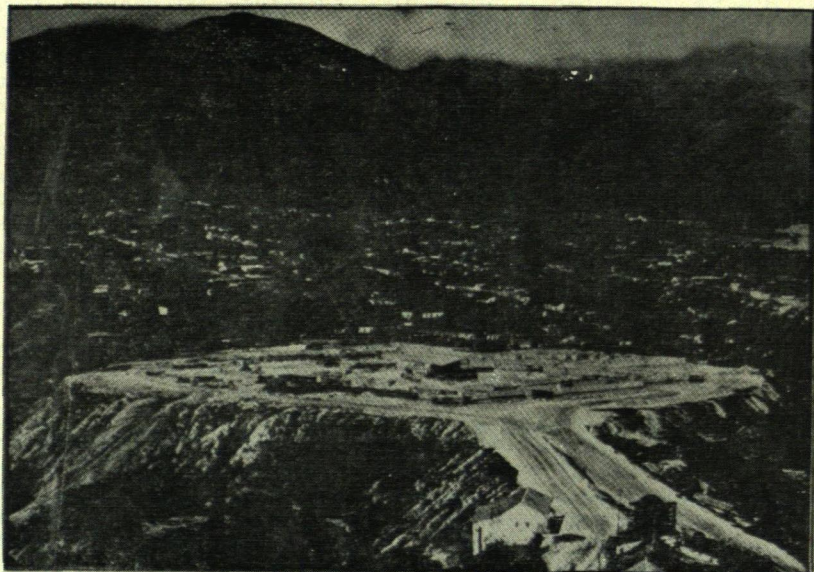
Su Gobierno.—Costumbres.—Tradiciones

(Traducción de El Cojo ILUSTRADO)

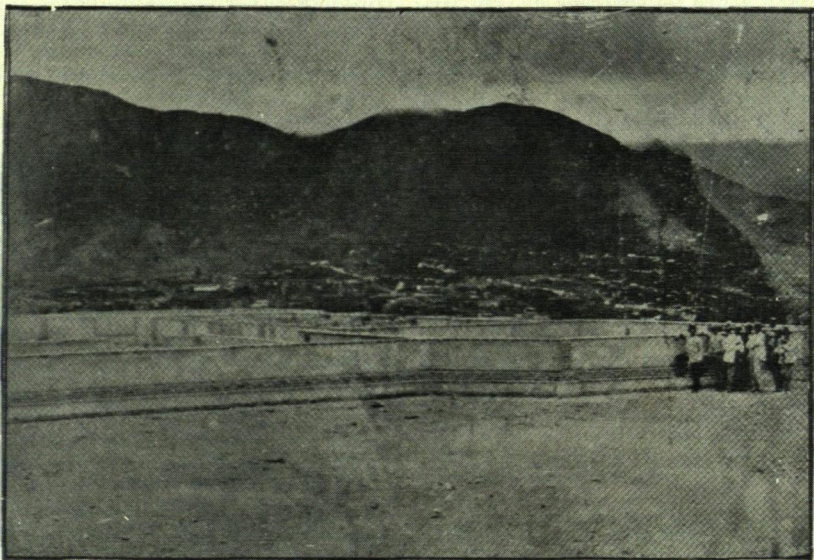
La península de Corea,—como todas las demás,—ha tenido la fortuna de que, temprano, y mucho, la visitara una alta y conveniente civilización.

En la Historia, encontramos á los Coreanos independientes, muchos siglos antes de Jesucristo. A lo que parece, llegaron á su apogeo hacia el siglo décimo tercero de nuestra Era, y hoy están en decadencia.

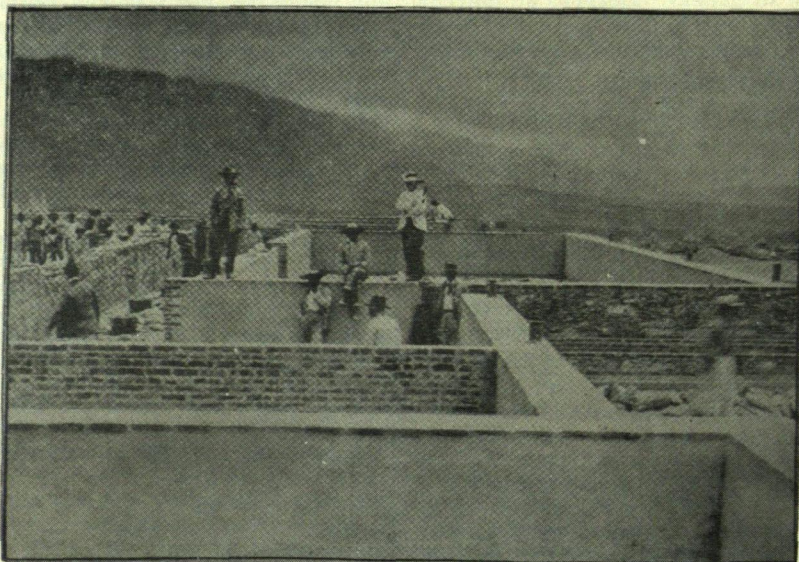
La lengua escrita, esto es, la lengua oficial del reino, es la lengua china. La que se habla, la popular, es una lengua alfabética en la que, el genio que la caracteriza, presenta singulares afinidades con el genio de nuestros idiomas occidentales; y hasta en la que, sin mucho esfuerzo, podríamos hallar curiosas analogías con ciertos dialectos de la India. Esta lengua, además de que se habla, se escribe muy bien; pero un literato no la emplearía con placer porque la desdeña, ni más ni menos que como nuestros latinistas desdeñan el viejo francés.



ACADEMIA MILITAR: Vista General



ACADEMIA MILITAR: Vista tomada del ángulo Suroeste hacia el Norte



ACADEMIA MILITAR: Vista tomada del ángulo Suroeste hacia el Este

Pero en desquite ó revancha, las mujeres escriben el coreano y lo enseñan á sus hijos, de donde resulta que se ha mantenido, y se mantendrá, vivaz. Contemos, además, que la literatura nacional,—que generalmente la forma el romance, la leyenda,—es obra de infelices, de desheredados, que adopta la lengua popular; porque dirige al pueblo su crítica contra el personal gubernativo.

En la Corea, la poesía es una de las grandes ocupaciones de la nobleza, y aun del pueblo. Puede afirmarse, que dos amigos coreanos que por la tarde se encuentren de paseo, al salir el astro de la noche, (la luna es la suprema inspiradora), no dejarán de invitarse mutuamente á hacer la descripción de tal ó cual bonito aspecto de paisaje; pero, por de contado, con ingeniosas alusiones á la amistad. Los árboles, el agua, una niebla que flote, ó un pedazo de alba nube que acompañe á la luna, son casi siempre los motivos electos y preferidos para la composición. Muy frecuentemente después de un banquete, el anfitrión, (que está como en acecho de hallar un placer con qué regalar á sus comensales), al divisar los indecisos rayos de la luna sobre los árboles de su jardín, apaga bruscamente las luces de las mesas, y es esto, para todos, un intenso motivo y un placer muy vivo, de tener en el espectáculo que así se presenta á sus ojos, el mejor elemento para un poema delicado y cordial.

Todo está sujeto á simbolismo, y hasta en el estilo epistolar, la imagen ingeniosa tiene preferencia. Una mujer escribía á su marido, que estaba en el Japón:

«Los dos sauces que plantaste en nuestro jardín antes de hacer tu viaje, crecen cada día más bellos, y sus ramas lloran hacia Oriente.»

Los dos sauces son las dos hijitas del viajero, y el Oriente, es el Japón.

Es seguro que tan marcada tendencia á la poesía, indica costumbres muy dulces. Y en efecto; los coreanos son dados á la ternura, á la civilidad y al respeto de los padres y de los ancianos. Mas, como á lo que parece, no siempre fue esto así, un curioso relato explica la transformación de las costumbres.

Corría el año de 1.061 antes de Jesucristo. Quejábase el rey—legislador Ki-Tja, con amargura, del espíritu turbulento de su pueblo. Después de muchas y vanas tentativas para hacer que triunfaran en las relaciones de los hombres, la dulzura y cortesía, se valió de un artificio. Hélo aquí: hizo obligatorio llevar en la calle, anchos sombreros de porcelana de un metro de diámetro, más ó menos; no sin dejar de decir, que maldeciría y castigaría con penas severísimas, á todo el que, con cualquier pretexto, rompiera su porcelana. Y fue el efecto de tal medida, maravilloso; pues el temor de romper su sombrero, hizo de cada coreano un ejemplar vivo de consumada prudencia. Acabáronse las riñas y pendencias; y se adquirió al fin una cultura exterior, que en breve se transformó en hábito y necesidad.

La leyenda simboliza de modo delicioso, la fuerte disciplina de la raza, establecida sobre prácticas y ritos muy materiales. Más que todo, muestra la turbulencia y la ligereza del tipo Amarillo, que sabe salvarse por sí mismo al im-

ponerse el yugo y obligarse á la prudencia. *Sombrero de porcelana*, estudios penosos, interminables fórmulas de educación, han creado en Corea una lengua *sui generis*, que vive en los dominios de la conocida y usual. *Sombrero de porcelana*, las leyes austeras del matrimonio, las sólidas é indisputables gerarquías, y en fin, esa lengua china, patrimonio abrumador de siglos que ensanchan todos los días el arsenal de sus voces, es formidable aparejo en el que se abate el pensamiento, como un caballo bajo ponderosos arneses.

Todos conocemos las reglas del estudio. De rodillas delante del maestro, el joven coreano oye con respeto la lección, ó la recita. Y si entra en su casa, continúa en ella trabajando bajo la severa autoridad paternal. Comienzan los estudios desde los seis años; y de examen en examen van prolongándose hasta los veintidos ó veintitres. De rodillas escucha al maestro. No es hiperbólico decir de rodillas. Jamás el hijo habla á sus padres sino arrodillado, y nunca fuma delante de ellos. Les profesa el respeto más absoluto, y emplea una cortesía esmerada y exquisita. Aun viejo el hijo, conserva la costumbre de llevar sus progenitores al dormitorio, los ayuda á acostarse, y está siempre cuidadoso de que la temperatura de la pieza esté buena y de que nada les falte.

La instrucción de la mujer es más sencilla. Se le enseña sobre todo el arte de agradar, y la costumbre de someterse. Porque el ideal que en ella se cultiva, es el de que sea casta, dulce y poética.

«LA MUJER ES UNA FLOR»

Y como tal, se adorna y engalana, se perfuma embriagadoramente; y enjuagándose la boca con una solución de tinta de China con almizcle, logra conservar fresco el aliento, y los dientes con un suave viso azul. A los siete años la separan de sus hermanos y entra en el gineceo de donde no ha de salir más sino el día de su matrimonio. Casada, no debe ver ningún hombre extraño.

El matrimonio lo deciden los padres; y es la noche de la boda, cuando saben los futuros esposos si la elección hecha por sus padres, es también la de ellos. El motivo más socorrido de los romances coreanos, es la descripción del amor que vence los más terribles obstáculos. Por ejemplo: el joven descubre á una adorable chicuela que se columpia entre los árboles de un jardín. De repente se ve aparecer sobre el alto de la pared, la cara del joven; de súbito igualmente se oculta, para *incontinenti*, volver á aparecer, y tal escena se repite una vez y muchas más. Los jovencitos se aman. El enamorado quiere una amante, y recurre á todos los medios para alcanzar su propósito.

Pero esto es en el romance; fuera de él, en la práctica, el joven confía en su madre, á quien suplica le escoja una esposa dulce y bella. Por su parte la muchacha, curiosa, encarga á una sirvienta le haga conocer su futuro marido y señor.

Semejantes severas costumbres, se justifican en la importancia que se acuerda al matrimonio. Todo joven debe casarse, y casarse pronto; y cuéntase tanto más en el acierto de la madre en esta materia de encontrar una esposa amable, cuanto que la mujer no aporta dote ni

capital ninguno. Por lo general, en Corea, el hombre ama á su mujer.

La ceremonia del matrimonio se efectúa en la casa de la muchacha, delante de un altar adornado en rojo vivo, en el que, además un ganso ó ánsar entre dos cirios, significa la fidelidad conyugal. Los desposados se ofrecen mutuamente de beber, tras lo cual el joven conduce á la casa donde él vive, á su mujer. Las actas del matrimonio,—que se entregan á la mujer,—están cercadas y apretadas por un hilo, y llevan una aguja clavada en el papel, con el fin de simbolizar el poder del matrimonio, en la unión de dos cosas tan indispensablemente unidas como la aguja y el hilo.

El hogar está organizado de modo gerárquico. La nuera vive en la casa de sus suegros, como que la autoridad, en sus diversas facetas, sigue la escala de la edad. La mujer no puede casarse dos veces; y si los hijos son herederos de su padre, éste puede, por testamento, disponer de su fortuna.

Si la autoridad del padre es absoluta, en cambio, trabaja para los suyos, y su responsabilidad moral es inmensa. A cualquiera edad que sea, un hijo está pronto siempre á sufrir los castigos legales impuestos á su padre; y á los setenta años, no es pasible el anciano de ninguna pena criminal, ni tampoco de castigo fuerte ó doloroso.

En principio: lo que es el padre en el hogar, lo es el mandarin en el pueblo ó la ciudad, el gobernador en la provincia y en el reino el rey. El rey gobierna con ministros, y delega el poder civil á los gobernadores y mandarines, y la acción militar á los generales. Los grados en la milicia son numerosos. Los mandarines superiores civiles, usan un racional (1) con dos cigüeñas, y los inferiores, un racional negro y una cigüeña. Este emblema lo reemplazan los mandarines militares, por dos cigüeñas ó por un tigre. Además de los gobernadores, que son mandarines en el más alto grado, hay asimismo emisarios reales nombrados directamente por el rey, los cuales recorren el país, disfrazados, ó por lo menos, en trajes desconocidos.

Los ministros llevan vestidos negros ó rojos, y dos cigüeñas, como los mandarines. El rey y la reina los usan colorados, y el rey lleva el dragón de oro en el pecho, la espalda y los hombros.

Hoy, todos los coreanos andan vestidos de cotonada blanca; y para ellos el luto se significa vistiendo ropa de cañamazo amarillo, no lavado. La muerte del padre, de la madre ó del rey, impone un luto de tres años; siendo de observarse que en la quincena que precede á la inhumación del rey, hay ayuno completo de carne, y que otro igual se observa en el nacimiento de un príncipe.

A las relaciones de familia pueden contarse otras de amistad, que ellos se empeñan en hacer sólidas y desinteresadas. Así se ve que el coreano se encarga de buscar y asegurar la subsistencia á la mujer de su amigo difunto;—y que no rompe un amigo con otro, sino por mo-

[1] No nos parece demás recordar, que se llama *rational*, un pedazo de tela cuadrada que lleva sobre el pecho, el sumo sacerdote de ciertos puntos de Oriente.

tivos muy graves, y eso, cuando hay reincidencia hasta por la tercera vez, ó más.

La credulidad es muy viva en todas las clases de la población. El sabio más positivista está creyendo todavía, en los tres hombres que nacieron de la tierra, en la isla de Tjyei-Tjyon (Quelpaert), los cuales poblaron la isla con tres mujeres que llegaron inesperadamente en un buque.

El mar ha arrojado sobre la costa de Corea una piedra cubierta de inscripciones: pero de donde se quedó no se puede remover, porque sobrevendría en el acto una inundación enorme. Si de alguna manera se pudiera sacar impresos sobre una hoja de papel los caracteres del idioma viejo-chino de aquella piedra, se curarían todas las enfermedades. Si se come un potaje en que el cogote de tigre y el cobre rojo se mezclen con unas plantas raras, llega á poseerse las fuerzas del elefante. Como se comprenderá, el gobierno ha prohibido ese plato, porque unos hombres demasiado fuertes amenazan la seguridad pública.

Quizá no deje de ser interesante comparar las preocupaciones de los coreanos, con las de los europeos. Un espejo roto significa desgracia, lo mismo que el canto del grillo. La golondrina anuncia fortuna, cuando la nidada se logra. Ver una araña por la tarde, es indicio de la visita de un amigo, tal así como la urraca chillando en nuestra puerta, por la mañana, es presagio de buena nueva. El crujir de un mueble, ó tener la punta de un cuchillo en dirección á nosotros, son cosas nefastas; pero nada es más peligroso que verse interceptado en su camino por una mujer. Indudablemente que una mujer, á quien su mala estrella llevara á interrumpir ó cortar la marcha de unos soldados que fueran de viaje, sufriría la pena de muerte.

El espejo roto, el grillo, las golondrinas, los cuchillos, la araña de la tarde y la mañana, la urraca y el cuervo, la primer mujer que atravesase nuestra dirección el día de año nuevo, todo eso, idéntico en el sentido, ó invertido á nuestro modo, lo tenemos los europeos entre nuestras supersticiones. Todavía más; para el coreano como para nosotros, los sueños deben interpretarse contrarios á la realidad.

Al tratarse de animales, la preferencia del país, es para los pájaros. El Cuervo, verdaderamente rey intelectual, reúne en su sabiduría y piedad filial, todas las admiraciones. A la cigüeña la adoran por su piedad filial también, y por su dulzura. El ganso es emblema de constancia y de amor. Hay en Corea una leyenda que habla de libros en los que unos anacoretas enseñaban el arte de conversar con las golondrinas y los cuervos; pero dice asimismo que un mandarin malvado, por celos, quemó esos libros. Naturalmente que el tigre tiene sus heroicos relatos, en que esforzados y corajudos montañeses, con la lanza en ristre, atacan y matan la fiera. Al oso lo adiestran en los confines de la Siberia, y viene á desempeñar importantes servicios. Al perro lo desprecian, y comen su carne.

* *

Tienen los coreanos una sociedad muy semejante, en el total, á nuestra sociedad

de fines de la edad media; pero, ciertas bienaventuradas reformas, facilitadas por el ensanche de la industria, atenúan el poder oligárquico que en ella prevalecía, y dan un poco de vida á las clases medias y al pueblo. Agreguemos, por otra parte, los *templos de Confucio*, que se abren á nuevas ciencias y enseñanzas.

Todo el mundo sabe que estos *templos de Confucio* son Academias ó Institutos muy complejos, en los que las Letras, la Moral, la Religión, tienen su parte. En cada ciudad existe un *templo*; pero el más bello, el que entre todos se distingue, es el templo de Han-Yang. En sus espaciosísimos salones se reunían, no hace mucho, más de dos mil filósofos.

Separados del mundo vivían allí, *aclarando ó iluminando las leyes naturales*, y haciendo solemnes oraciones.—en primavera y otoño.—en el *templo* propiamente dicho, ó capilla de Khoung-Tseu. Entre aquella masa de hombres, encontraba el Gobierno aptitudes y caracteres muy propios para las delicadas funciones públicas;—y como la nobleza es la única clase social que en esos Institutos se admite, forzosamente tiene que sufrir ahí, los exámenes definitivos.

Aunque ya muy decaída esta Academia de su esplendor antiguo, concérvase no obstante como un objeto de entusiasmo para los coreanos. Y esto bien se comprende: ven en aquel centro la flor de su civilización, lo que han hecho más alto y desinteresado, santuario de su filosofía y bellas letras.

Un ejército bastante considerable defiende las fronteras, al norte de Corea. Ese ejército se levanta con enganches voluntarios; pero hay algo así como una casta militar, en la que todos son soldados, de padres á hijos. La autoridad militar en Corea, así como en China, está subordinada á la autoridad civil.

Terminemos ya, y digamos, que la capital de Corea presenta un grande espectáculo de animación en los momentos diarios en que se ven henchidas las calles por el pueblo trabajador, por los palanquines herméticamente cerrados de las mujeres coreanas que van á hacer visitas; por los conductores de algunos altos funcionarios, por los vendedores ambulantes, por los titiriteros, en fin, por los muchachos. Docientas mil almas mezclan en aquella capital su actividad al trabajo, al placer, al estudio y al amor; y no porque no tenga la amplitud del drama de París, ó de otras grandes metrópolis, deja de ser el drama de Séoul, uno de los más complejos y notables que diariamente ofrezca á los cielos, nuestra pobre humanidad.

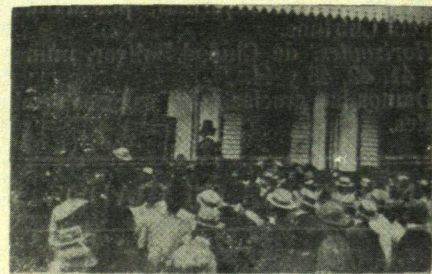
J. H. ROSNY.

SUETOS EDITORIALES

"HORIZONTES"

Esta importante Revista mensual, órgano del Centro Científico-Literario de Ciudad Bolívar, ha vuelto á aparecer en el estadio de la prensa nacional.

Al congratularnos con sus inteligentes Directores, les expresamos nuestro reconocimiento por las honoríficas frases que consagra á EL COJO ILUSTRADO, en su edición del 1º de enero último.



GENERAL RAFAEL REYES

Circulaba ya el número pasado de esta Revista, cuando el telégrafo anunció que el Excmo. señor General Rafael Reyes, elegido Presidente de la vecina República de Colombia, y en viaje de Europa á Bogotá, había arribado á las playas de Venezuela, con ánimo de visitar á Caracas y celebrar una entrevista con el señor General Cipriano Castro, Presidente de la República.

Desembarcó, en efecto, el señor General Reyes en el puerto de La Guaira, en donde fue recibido dignamente y agasajado por las autoridades y los habitantes de la localidad. De allí se trasladó el General al balneario de Macuto, en donde se alojó en la residencia del Excmo. señor Herboso, Ministro Plenipotenciario de la República de Chile.

Cuando el señor General Castro, que se hallaba ausente de la capital, regresó á ella, el señor General Reyes subió á Caracas. (La vista que encabeza estas líneas es una « instantánea » tomada en la estación del ferrocarril de La Guaira, en el momento de la llegada).

Aquí, como en los lugares de Venezuela que visitó por breves momentos el Presidente futuro de Colombia, fue objeto de todas las atenciones y homenajes que le son debidos á su alta dignidad pública, á su notoriedad política en el Continente, y á las escogidas prendas de cultura y de carácter que le distinguen.

La anunciada entrevista de los dos Jefes de Estado se efectuó en el Palacio de Miraflores y ya los más autorizados informes de la prensa y de los círculos políticos y sociales, permiten la seguridad de que la referida conferencia será provechosa á la paz de ambas naciones, á la tradicional cordialidad de sus relaciones políticas y á la prosperidad y tranquilidad de sus respectivos intereses, en el interior y en el exterior.

El señor General Reyes se trasladó luego, por el ferrocarril de Venezuela, á la capital del Estado Carabobo, que lo recibió con entusiastas demostraciones; y de allí se dirigió á Puerto Cabello, para continuar viaje á su destino.

Nuestros votos son por una feliz travesía y por la ventura personal del ilustre estadista y militar.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

El Divorcio.—Tesis que para optar al grado de Doctor en Ciencias Políticas presenta el bachiller José Antonio Bueno.

Los Abscesos Artificiales en el tratamiento de algunas formas de pulmonía atípica. Tesis de doctorado del bachiller J. I. Lares Ruiz.

Ofrenda del Gobierno del Distrito Federal en el 94º aniversario del 19 de Abril de 1810.

De la imparcialidad de los Jueces. Te-

sis de doctorado del bachiller Francisco Borjas.

Mi voto á las Reformas, por Manuel García Chirinos.

Horizontes, de Ciudad Bolívar, números 41, 42, 43 y 44.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

El Embustero

CUADRO DE W. LÖWITH

Desde que la observación y los estudios psicológicos han venido poniendo á la luz los fenómenos anímicos, ha cobrado un nuevo interés esta faz de la naturaleza humana y han ganado en el veredicto de los críticos estas obras, como la que reproducimos, por la confirmación que ellas acreditan de la exactitud, del cuidado y de la fineza de observación y traslación á la tela, que el artista ha puesto en ellas. Realmente, pudiera servir el cuadro de ilustración al estudio *Psicología de la mente*, que en uno de nuestros números pasados publicamos.

Del volcán Saint-Pierre

Las fotografías que publicamos son las de una multitud de objetos que para el señor doctor Soucy trajo de las ruinas de Martinica el señor A. Thour, miembro de la Sociedad Geográfica de París y explorador del Pilcomayo y del Gran Chaco Boreal (Bolivia) y quien estuvo recientemente en esta capital.

Eran objetos de uso vario, que en el momento de la catástrofe, bajo la acción de los fenómenos volcánicos, sufrieron singulares deformaciones, como puede fácilmente observarse por nuestras fotografías.

Durante y después de esa catástrofe, el aire se calentó á tal punto, que el vidrio entró en deliquescencia. En esa circunstancia y bajo la acción de su propio peso, el cuello de la botella que se ve en el grabado, se dobló y se hundió, replegándose sobre sí mismo;—igual cosa ocurrió con la copa, cuyas paredes aparecen deformadas, la dulcera y dos frasquitos de tocador, reblandecidos al extremo de no conservar ninguno de aquellos objetos su forma primitiva.

El plato sufrió la misma acción del calor, pero aunque no se deformó,—acaso por hallarse su centro de gravedad en el fondo,—quedó totalmente cubierto de un color tornasol, comunicado por ciertos gases arrastrados en las nubes ardientes, en el momento de la erupción.

Los bloques de clavos soldados fueron desprendidos de una masa que había conservado la forma del barril que los contenía.

El señor Thour ha traído también ejemplares de piedrecitas blancas, livianas, ó sean *lapillis*, caídos en abundancia en la ciudad y sus alrededores durante la erupción; y una piedra de color gris, resquebrajada, que es un pedazo de bomba incandescente de las proyectadas á millares por el volcán y que al enfriarse en el suelo se contrajeron.

La pequeña roca de forma cónica fue tomada en una de las numerosas aberturas del volcán.

Es todo cuanto ha quedado, esparcido en un gran desierto cubierto de escombros, de cenizas y de ruinas, de una ciudad de 30.000 almas: la víspera de la catástrofe, todos se creían seguros, á pesar de la lluvia de cenizas, los ruidos subterráneos, los temblores de tierra, la erupción de lodo caliente y el desprendimiento de vapores volcánicos, que formaban nubes encima del cráter, acompañadas de innumerables descargas eléctricas, luminosas, de intenso brillo: todos creyeron que podrían huir en el momento oportuno, ante la lava invasora, porque sabían que esta no se derrama sino con una velocidad moderada. Pero esa lava, á su

primer contacto con el aire, se solidificó en la chimenea misma del volcán, á causa de la escasa fusibilidad de las materias que la contenían; y produjo, por su lenta y constante aglomeración, la obstrucción del cráter y las curiosas formaciones y deformaciones de la cúpula. Esa acumulación de vapores y de gases en la chimenea, su temperatura y su tensión, determinaron la explosión de la cúpula y la ruptura de la pared que dominaba á Saint Pierre: de allí partieron las nubes ardientes, de vapores cálidos, cargadas de materias pesadas, que rodaron desde las faldas de la montaña sobre la ciudad, con una velocidad increíble.

El Exorcismo

CUADRO DE H. HORWITZ

La leyenda y el arte han revestido de formas seductoras y delicadas, tomadas de la fantasía popular sublimada por el genio, la más fuerte acaso y la primordial de las preocupaciones y creencias de los cultos politeístas.

Todas las naciones que han poseído esos cultos, han creído en las personificaciones del Bien y del Mal, en ángeles, hadas, genios benéficos de una parte, y de la otra, demonios, trasgos, espíritus malignos.

Y en la lucha entre los abismos y los cielos, en el debate de agonía y de soberbia entre Satán y el Maestro, los pueblos han ocurrido á fórmulas y procedimientos prestigiosos para ahuyentar de las almas poseídas y de los aires infestados las legiones de enemigos.

Y se ha hecho uso de olores, fumigaciones, música, ceremonias, nombres pávidos ó nombres sagrados, palabras y conjuros de espanto ó de encantamiento, exortos y amuletos.

Vagando

CUADRO DE JOHN COLLIER

Viénesse á la memoria la poderosa é intensa descripción de *Canáan*: la tarde, que hace á la naturaleza taciturna, solemne y silenciosa; la sombra que de los cielos á los suelos baja; las lejanas montañas disipándose en la inundación azulosa y amarillenta del crepúsculo; la selva llenándose de la vaga oscuridad y de los ruidos de la noche campestre, rayada por el vuelo fosforescente de las luciérnagas. Y la figura indescriptible de María, cansada, aterrada, medio loca de llorar, de desesperar y de huir, por riscos y hondonadas, por valles y por praderas, de huir de la casa virtuosísima, honrada y leal bajo cuyo techo el hijo de los señores, demasiado alto en situación social, se halló también demasiado generoso para cortar del rosal del honor y la castidad la flor del alma de María...

El Minotauro

CUADRO DE A. HOFFMANN

El Minotauro es un monstruo de la fábula, mitad hombre, mitad toro. Nació de la unión de Pasífae con uno de aquellos animales.

Fue encerrado, en Creta, en un laberinto construido por Dédalo y en el que se alimentaba con carne humana.

Después de haber vencido á los atenienses, Minos les había impuesto la obligación de enviar cada año á Creta siete jóvenes de cada sexo, para que sirviesen de alimento al monstruo. Ya por tres veces había sido pagado el tributo, cuando Teseo formó el designio de librar de él á su patria:—Ariadna, hija de Minos, facilitó la empresa del héroe, dándole un ovillo de hilo por medio del cual pudo guiarse y salir del laberinto, después de haber dado muerte al Minotauro.

Lady Godiva

Refiérese que cierto gobernador inglés extorsionaba y oprimía á sus súbditos, con diarios é insostenibles impuestos y tributos y con esa característica rudeza, privilegio de la áspera aristocracia británica, nacida para el mando y el dominio.

La esposa del tiranuelo era una sencilla y vir-

tuosísima dama, Lady Godiva, ejemplar perfecto de la esposa y mujer del hogar inglés, llena de dulzura y de piedad, de abnegación y de puritana conformidad. Hasta ella llegaron las agonías y las súplicas de las pobres víctimas del pillaje de su esposo; y movida á misericordia, á su vez imploró, del duro mandón, clemencia para tanto infeliz. El compatriota de Cromwell la prometió, á condición de que la casta y pudorosa lady atravesase á pleno día la ciudad, á caballo y desnuda; condición que fue sometida por ella al conocimiento de los peticionarios, rogándoles que el día y la hora en que ella se hallaba dispuesta á cumplirla, toda la población se encerrase en sus casas, á fin de que no la viesen.

Cuéntase que solamente un zapatero osó asomarse cuando pasaba la dama, y quedó ciego al instante.

El rey bebe

CUADRO DE JORDAENS

Remítimos al lector al artículo que en este mismo número publicamos, de Hugues Le Roux, y que sirve de ilustración á este cuadro.

Guerra ruso-japonesa

Ilustramos las informaciones que el telégrafo trasmite diariamente á nuestros lectores, con la reproducción de algunas vistas de aspectos y personajes pertenecientes á los actuales sucesos de la guerra ruso-japonesa:—la construcción de una vía férrea sobre el hielo, en el lago Baikal; el desembarco de los japoneses en Chemulpo; y los retratos de los almirantes, del ruso Makharoff, muerto recientemente á bordo del acorazado *Petrovowlosky*, y del japonés Togo; del General Kuropatkine, jefe del ejército de tierra del Imperio Moscovita, y del Mariscal Conde de Nozou, de igual mando y categoría en el ejército del Mikado.

Academia Militar

No hace mucho publicamos las reproducciones de los planos y diseños premiados por el Jurado correspondiente, y adoptados por el Gobierno de la República, para la construcción del edificio en que ha de establecerse y funcionar nuestra Academia Militar.

Hoy nos complacemos en ofrecer nuevas vistas de aquella obra, comenzada apenas tres meses atrás y ya en estado de notables progresos, como podrá apreciarse por estas vistas.

Los trabajos, como ya lo hemos dicho, se ejecutan bajo la inmediata dirección personal de los ingenieros doctores Alejandro Chataing y J. M. Rosales Bosque, autores del proyecto de edificio premiado.



¿Por qué se tocan las campanas cuando ocurre un fallecimiento?

En todos los países cristianos existe la costumbre de doblar cuando alguien muere, y se consideraría impío el faltar á práctica tan religiosa. Sin embargo, el origen de esta costumbre es bárbaro y pagano.

Hace muchos siglos, en varios países de Europa era costumbre tocar campanas mientras se estaba enterrando á un difunto, sin más objeto que el de asustar á los espíritus diabólicos que se suponía habitaban el aire é impedir que se acercasen al cadáver y penetrasen con él bajo tierra. De este modo el muerto quedaba libre de molestias en su viaje al otro mundo. De esta costumbre se deriva la que hoy se observa, por más que ni las familias de los que mueren, ni probablemente muchos de los curas que ordenan al campanero dar los toques reglamentarios, conocen este origen.

Una anécdota rusa

LA HISTORIA DEL CONDADO DE TOLSTOY

A los admiradores de la sencillez del conde Tolstoi les gustará conocer la historia del fundador de su familia, contemporáneo de Pedro el Grande y guardia de una de las puertas interiores del palacio de este emperador.

Un día que, fiel al cumplimiento de su deber, se hallaba firme en su puesto, aproximóse á él un noble diciéndole que deseaba pasar. El guardia le contestó que era imposible, pues el emperador había dado orden de que nadie pasase á verle aquella tarde.

—Pero yo soy príncipe—dijo el noble.

—Sin embargo, señor—replicó el soldado,—no podéis entrar.

Para un noble ruso, semejante contestación en boca de un plebeyo no puede tolerarse, y el príncipe cruzó la cara del guardia con su látigo.

—Pegadme, alteza—gimió el otro,—pero no por eso os permitiré el paso.

El emperador, que desde sus habitaciones oía voces y ruido, salió á ver qué era ello, refiriéndose el noble con mal gesto. Pedro el Grande escuchó en silencio; luego, volviéndose al guardia, le dijo:

—Tolstoi, habéis sido castigado por este caballero por obedecer mis órdenes; ahora, tomad mi bastón y dadle un palo en la espalda.

—Mire vuestra majestad—exclamó el noble, que este hombre es un simple soldado.

—Os equivocáis; yo le hago capitán—dijo el emperador.

—Pero yo soy oficial de vuestra corte.

—Y yo le nombro á él coronel de mi guardia imperial.

—Mi categoría, como vuestra majestad no ignora, es la de general.

—Entonces le haremos general, y así seréis apalado por un igual.

El noble recibió el castigo filosóficamente, y el joven soldado recibió al día siguiente el nombramiento de general y el título de conde.

La velocidad con que se mueve la sangre en nuestro aparato circulatorio

En nuestro cuerpo, la sangre se mueve con una velocidad variable en las diferentes partes del aparato circulatorio y está en relación directa con el diámetro de los tubos vasculares.

En la vena aorta la sangre recorre 400 milímetros por segundo; en la carótida 300, mientras que en la arteria metatarsiana la rapidez de la corriente no pasa de 56, y en las arteriolas, que sólo son apreciables con el microscopio, baja á 8. En los capilares la velocidad es sólo de 0,8 milímetros por segundo.

En general, las causas modificadoras en la velocidad de la sangre son las resistencias que ésta tiene que vencer en su recorrido.

La velocidad quizás la más mínima, la tiene la sangre al pasar por las venas microscópicas, donde sólo lleva una velocidad de 3 milímetros por segundo, mientras que esa velocidad llega á 200 metros, en idéntico espacio de tiempo, en las gruesas que abocan á la aurícula derecha.

El traje racional

Que los trajes con que actualmente nos vestimos no responden en manera alguna á los principios de la higiene, es cosa que, por sabida, casi merece callarse. Un traje racional sería el que en cualquier estación, en medio de cualquier temperatura, no permitiese más que una pérdida uniforme del calor del cuerpo, evitando al organismo los contrastes fisiológicos que implican la necesidad de mantener el calor interno constante, siendo variable la temperatura exterior y el estado higrométrico.

Partiendo de estas condiciones, se ha tratado de investigar cómo debería estar consti-

tuído un vestido ideal, y se ha llegado á conclusiones verdaderamente curiosas. Valiéndose de un busto de cobre rojo lleno de agua á 37° y en medio de una temperatura constante de 25°, M. Bergouie ha obtenido, entre el tiempo que el busto tardaba en enfriarse, según estuviera desnudo ó cubierto de un vestido determinado, razones que miden el valor del vestido como protector, ó sea el coeficiente de protección. Este coeficiente en diversos vestidos varía de 1 á 10.

Sería, pues, posible exponerse á diferencias de temperaturas que variasen hasta el décuplo de una temperatura dada tomada como unidad, contando con una serie de vestidos en conformidad con las diversas temperaturas exteriores. Se ha visto también que, en general, no son los tejidos más gruesos los que protegen mejor contra el frío; valen más las telas delgadas superpuestas, porque las capas de aire que se interponen entre ellas, en razón de ser malas conductoras de calor, impiden que éste se pierda. Por eso no hay mejor abrigo que una hoja de papel aplicada al cuerpo. Cuando se va de camino y se siente frío, un periódico colocado debajo del chaleco, alrededor del cuerpo, vale mucho más que el mejor gabán.

Un pueblo de parricidas piadosos

El explorador americano Mr. Bogoroz, que ha permanecido entre los chukchís, en el Noroeste de Siberia, desempeñando una misión científica por orden del Museo de Historia Natural de New-York, refiere curiosos detalles de los pueblos que ha visitado cerca de las desoladas regiones vecinas del mar Glacial. Entre otros hechos, da cuenta de la costumbre que tienen las tribus de los chukchís de matar á los ancianos de uno y otro sexo que no pueden trabajar, y que constituyen así una carga para sus familias.

Es verdad que la tierra es estéril, el clima inclemente y las hambres frecuentísimas. La miseria general es el estado habitual de la raza, y no excusa, hasta cierto punto, una costumbre que parece desde luego muy antigua, y que se venera como un rito religioso. Los pobres chukchís son pescadores en la costa y ganadores de renos en el interior; no son de temperamento sanguíneo, ni de un natural insensible; al contrario, Mr. Bogoroz los ha encontrado muy dulces y afectuosos en sus relaciones familiares y sociales. Pero por una aplicación imprevista é inconsciente de la ley de Malthus, cuando la despensa es pequeña, los comensales no pueden exceder de un número limitado, y las bocas inútiles se eliminan necesariamente.

Hasta aquí, nada de particular: los chinos, ciertas tribus de Oceanía, etc., tienen la misma costumbre de deshacerse de los que son para ellos una carga. Pero mientras que entre estos últimos la muerte de los niños ó de los viejos se considera como un sacrificio ó un castigo, ó cuando menos como estorbo, entre los chukchís son las mismas víctimas las que reclaman la muerte á gritos, las que exigen de sus hijos semejante cumplimiento como el de un deber filial. Un hijo que se negara á sepultar en el pecho de su anciano padre el puñal homicida, sería maldito por el autor de sus días, y sería señalado con execración por todos.

Revestido con sus ropas de fiesta, acurrucado sobre unas cuantas pieles de foca, el anciano desaparece, detrás de una cortina, de los ojos de los asistentes y de su propio hijo que le clava el arma. La víctima se acomoda el arma en su propio pecho y da el grito de aviso.

Cuando, por excepción, la mano del ejecutor tiembla ó se desvía el hierro, el padre lanza palabras semejantes á estas, que el mismo Mr. Bogoroz dice haber oído: «¿Por qué tiembla tu mano? ¿Por ventura no voy á un país donde no habrá hambre? Empieza y no tiembles.»

Jamás se descompone.—Desde Villa de Cura escribe á los señores Scott y Bowne el Dr. E. Velázquez.

«Tengo el gusto de participar á ustedes que he usado con frecuencia y con buen éxito la Emulsión de Scott, útil y eficaz medicamento que considero superior á las demás preparaciones de su clase, porque siempre permanece inalterable en las diversas temperaturas de diversos climas, y jamás la he visto fermentar ni descomponerse, así es que la soportan no sólo los estómagos delicados, sino también los ancianos y los niños.»

La Emulsión Legítima.

Millares de médicos han justificado con su autoridad que no existe nada mejor para robustecer y fortalecer el organismo que la preparación llamada EMULSION DE SCOTT, compuesta de aceite de hígado de bacalao en combinación con hipofosfitos de cal y de sosa, seguros por su experiencia que aquél nutre y fortifica á la vez que los hipofosfitos entonan el sistema nervioso, restaurándole las fuerzas y energía vital, para repeler principios antagónicos y recuperar la salud normal. Preparación de tan benéficos resultados terapéuticos es la legítima

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao é Hipofosfitos de Cal y de Sosa

que se despacha bajo la firma de los Sres. Scott & Bowne, Químicos de Nueva York. Medicamento el más importante y sin paralelo, es verdaderamente digno de ser recomendado como lo es por los Señores Médicos, como heroico regenerador de organismos debilitados y preventivo de muchas enfermedades, por cuanto á que purifica y enriquece la sangre.

SCOTT & BOWNE,
Químicos, New York.

De venta en las Boticas.

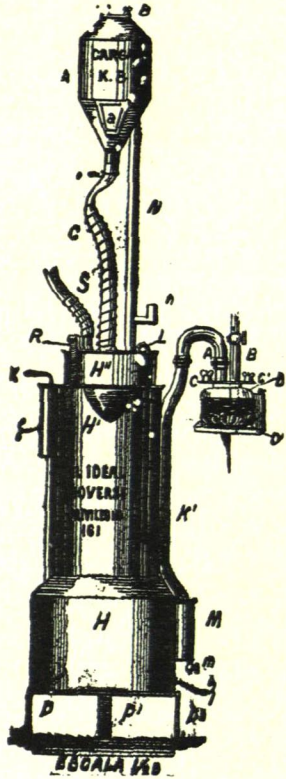
BRANDY PEDRO DOMECQ

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno
Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de primera a \$ 17 los kilos 100 netos—Pneumadores Bunsen, Hornillas, lámparas, laborinas y accesorios de todas clases, instalaciones completas. — EL IDEAL a caída de carburo en el agua—Privilegio N. 161.



Departamento Mármoles
Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacvaletie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Roversi—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldivia—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados
Carga de k 1 a k 50 — Valor: de \$ 10 a \$ 250



VINO NOURRY

YODOTÁNICO
à la vez

Depurativo y Fortificante.

**DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO**

El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagres, etc.

SE VENDE

EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS
PARIS

619

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Réhuse los productos similares
J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris



INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HERRO
El más poderoso Regenerador.

Contrastes y mentiras del lenguaje

El mariscal Fouché decía, con muchísima gracia, que las palabras se habían hecho para ocultar los pensamientos. Y la verdad es que dan ganas de creerlo; hay muchísimos ejemplos que pudieran citarse sin levantar los puntos de la pluma.

Un sabio danés, Cristóbal Nyrop, ha acometido esta empresa en una obra voluminosa, donde estudiando la vida de las palabras de diferentes idiomas, señala casos utilísimos e interesantes de ocultación de pensamiento y de idiotismos nacionales.

La mitad de nuestras ideas se vierten, en efecto, sobre frases hechas y clichés estereotipados. A lo mejor se llama señores a quienes no tienen nada de ello. Un alto funcionario destinado al presidio de Melilla, por la fuerza de la costumbre, empezó su salutación a los reclusos del presidio: *Caballeros.....*

¿ Puede saberse cuál es el misterioso poder que preside la fijación de ciertas metáforas? Los romanos decían *el hambre del oro*. Nosotros, más sutiles, nos lo bebemos y decimos *la sed del oro*. En Roma se hablaba *la lengua paterna*; nosotros, en todos los idiomas europeos modernos, hablamos *la lengua materna*. Los poetas latinos hablaron de la *madre patria*, y los germanos *del padre patria*. Los franceses dicen *eso es otro par de mangas* (*c'est une autre paire de manches*), y los ingleses *eso es otro par de zapatos* (*that is another pair of shoes*), cuando nosotros decimos *eso es harina de otro costal*. Los franceses llaman al gatillo del fusil *el perro del fusil* (*chien de fusil*), y los alemanes lo llaman *gallo* (*Hahn*).

Los españoles *nos encogemos de hombros* en señal de desdén, los franceses *los levantan*, y unos y otros hacemos el mismo movimiento llamándolo como mejor nos agrada.

Las locuciones adverbiales y los giros na-

cionales de cada idioma, son intraducibles palabra por palabra. Nadie podría entenderlos. Una traducción así, es, sin embargo, la cosa más divertida que puede concebirse, más que leer una novela del revés, ingenioso esparcimiento de algunas jóvenes inglesas, que proporciona un buen rato. De traducciones de este género pueden recordarse mil: *La condesa tiró del bolsillo de su secretario; el barco tiró la tinta, por echó el ancla, etc.*

Un hombre ingenio, sin malicia alguna, se quedaría á oscuras, como vulgarmente se dice, si diese á las palabras que puede oír durante un día el valor positivo y real que parecen tener. La subida de los francos, la baja de los cambios, la prueba de curso, el fin de fiesta, la filtración de una caja de comercio, serían para él cosas completamente

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias
Jaquica
Ciática.

CLIN Y COMAR — PARIS
 En todas las Farmacias.
 607

Trasno 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS FRECOGES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.

Conserva y conserva el cutis limpio y terso
 CLANDESINOS 25 St-Denis, 48

POSTALES

Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

JARABE AUBERGIER

TOS
CATARROS
BRONQUITIS
INFLUENZA
INSOMNIO

Empleado con mucho éxito en los Niños.

CLIN Y COMAR — PARIS
 EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIEMATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del *Higado*, del *Estómago*, del *Corazón*, *Gota*, *Reumatismos*, *Fiebras Palúdicas* y *Perniciosas*, la *Disenteria*, la *Grippe* ó *Influenza*, las enfermedades del *Cutis*, las *Lombrices* y todas las enfermedades ocasionadas por la *Bilis* y las *Lombrices*.

Rehíase todo antipático que no viene la Firma Paul GAGE
 Depósito General, Dr Paul GAGE Hijo, 1^{er} de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris
 y en todas las farmacias

EXLASE DEL DR GUILLIE ANTIEMATICO

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

ERGOTINA y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
 Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.
AMPOLLAS ESTERILIZADAS
 para Inyecciones Hipodérmicas

Medalla de ORO de la 3^a de Fia de Paris.
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Rue d'Aboukir. PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
 al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio mas eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** más recientes y antiguas **TOSES RECIENTES y ANTIGUAS** **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacaze, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL 25 LOS RES
JORET-HOMOLLE

CURA **LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONS DE LOS MENSTRUOS**

F^{ca} G. SEGUIN, PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

LES PLAQUES ET PAPIERS

JOUGLA

SIEMPRE SON INMEJORABLES

corresponde, quedando altamente satisfecho de sus servicios, etc., etc.»

Los entusiasmos de las leyes son más notables todavía. Un hombre es *mayor de edad* á los veintitrés años. ¡El tercio de su vida normal! Un hijo *natural* es todo lo contrario que quiere decirse. Un inquilino *desahuciado* es un hombre falto de salud social: de dinero.

No hablemos de los términos técnicos aplicados á las máquinas, porque la cosa sería para no acabar nunca: el caballo de vapor, no es tal caballo; el tiro de las calderas, no es tal tiro; ni el brazo de ciertas máquinas es tal brazo.

¿Hablamos mal? No por cierto. Hablamos bien, bastante bien para entendernos. Y á veces, cuando queremos rectificar un modo de decir, tenemos que rectificarnos á pesar nuestro, como en el caso del dentista que decía Fernández Bremón:

—¿Qué es un dentista?
 —Un hombre que come con los dientes de los demás.

—No, señor; protesto. Los demás comen con mis dientes (!.....!)

Las palabras se habrán hecho para expresar las ideas, pero á veces no lo parece. Aquí del ilustre «Figaro»: «Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden.»

Lo que tarda en renovarse la piel

La piel humana se renueva por completo en el término relativamente corto de cuatro meses. Cada cinco meses, el hombre tiene pestañas nuevas, y uñas nuevas en los dedos de las manos. Las uñas de los pies tardan más tiempo en renovarse: un año próximamente.

La córnea ó blanco del ojo se está renovando casi continuamente; el suave frotamiento de los párpados la mantiene clara y limpia.

Estas manifestaciones del poder restaurador del organismo humano podrán parecer maravillosas, pero resultan insignificantes si se comparan con las que algunos animales inferiores nos ofrecen.

Los cangrejos pueden renovar los miembros que se les cortan, y el caracol puede hacerse de nuevo gran parte de su propia cabeza. Es bien sabido que á los lagartos, si se les corta la cola, les crece otra; haciéndoles una incisión en el apéndice caudal, nace sobre ella otra cola, y el animal entonces se encuentra provisto de dos.

EXIJAN Vds.

Sobre cada PÍLDORA BLANCA las palabras: **DEHAUT A PARIS** impresas en negro.

Las **PÍLDORAS** Purgativas y Depurativas del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**

En las Boticas. No más Dosis.

Las manos **GOSTOSAS** puesto que son **las más activas.**

raras é incomprensibles y que no podría ni adivinar.

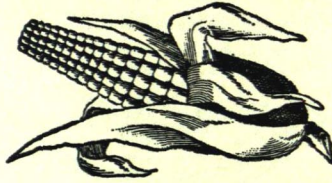
El tecnicismo científico sirve también para no expresar con suficiente claridad el pensamiento, á lo menos entre ciertas gentes de escasos alcances. Las enfermedades se dignifican en griego y si no se dignifican, parecen más interesantes. Un *cleptómano* es un enfermo elegante, pero si se le llamase *descaudero*, como realmente lo es, ya entraría en la categoría de delincuente.

La ocultación oficial de las ideas es verdaderamente deliciosa: «Por cuanto don Fulano de Tal, etcétera. Tengo á bien declararle cesante con el haber que por calificación le

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el **PILVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

MAIZ-ORIZA



CONDE H^{NOS.}

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y afoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,

Carlos Orta Ibarra.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la anemia

Embarazos y dentición

En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:

Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Extiánsse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

Por qué es blanca la espuma

Cualquiera que sea el color de un líquido, la espuma que en él se forma será siempre blanca. La espuma producida sobre una botella de la tinta más negra es blanca, y aún lo sería más si no estuviese teñida hasta cierto punto por partículas del líquido que mantiene en suspensión.

La causa de esta blancura se debe simplemente al gran número de superficies reflectoras formadas por la espuma, pues estas superficies, al reflejar la luz, producen en la vista la impresión de blanco.

Si recordamos que todos los cuerpos deben sus colores á los rayos de luz que no absorben y que cuando un cuerpo refleja la luz que recibe sin absorber ninguna, aparece perfectamente blanco, no puede extrañarnos

co; el mármol negro, cuando está reducido á polvo, pierde toda señal de su verdadero color.

El punto más frío del mundo

Las temperaturas más bajas se han atribuido siempre á Verchojansk, pequeña población del NE. de Siberia, donde se han registrado hasta $69^{\circ},8$ bajo cero!

Pero si ha de creerse al pintor ruso Borissow, éste *summum* debe pasar á la Nueva-Zembla, mucho más ártica que la población siberiana.

Borissow, en una excursión hecha en el estrecho de Matotchkin, qué separa á las dos islas de Nueva-Zembla, ha descubierto en una caja, otra conteniendo un termómetro de máxima y mínima, de un constructor aus-

triano, que marcaban $+15^{\circ}$ en uno y -70° en otro. Cifras que dan las temperaturas externas.

Los instrumentos hallados por el pintor se supone que han pertenecido al geólogo austriaco Haefer, que visitó el estrecho en 1872.

Varia

En los teatros japoneses no se aplaude á los actores, como hacemos nosotros. Los espectadores muestran su aprobación echando al escenario prendas de vestir, y al terminar la función van á recogerlas y entregan á cambio su valor en metálico al actor. Con este objeto hay tarifas fijas indicando el precio de cada prenda.

El rasgo más particular del comercio ruso es la gran abundancia de ferias. En la Rusia europea se celebran más de 2.170, en las que se venden mercancías por valor de mil millones de bolívares.

Los japoneses montan á caballo por el lado derecho, y cuando sacan un bote á tierra, lo primero que sacan del agua es la popa.

De sobremesa

Escena de familia:

—Te confieso, esposa mía, que desearía tener un hijo.

—Pues yo no.

—¿Por qué?

—Porque las viudas sin hijos se casan más fácilmente.

* * *

Entre amigos:

—¿Qué te decía ese embustero con quien hablabas hace poco?

—Me decía que eres todo un caballero.